

L. CASERO SÁNCHEZ.

Libro de
lectura
para
escuelas

Delicias históricas

OBRA PREMIADA
EN LA
EXPOSICIÓN
PROVINCIAL
DE SEGOVIA EN 1901.

IMP. DE SRI. ADELANTADO
SEGOVIA.

Apoldo Casero Sánchez

2/3788



R-14-

D

VELADAS HISTÓRICAS.

LIBRO DE LECTURA

para las escuelas de niños, niñas
y adultos,

por

Don Leopoldo Casero Sánchez

MAESTRO NORMAL



Obra premiada en la Exposición
provincial de Segovia de 1901.



SEGOVIA:]

Imp. de «El Adelantado» *

1902.

Leopoldo Casero Sánchez

c.1174111

5.79539

VELADAS HISTORICAS

LIBRO DE LAS FIBRAS

para las escuelas de niños, niñas
y adultos

por

Don Rafael Varona

MAESTRO NORMAL

Esta primera se la deposita
provincial & república de los

1890

Imp. de P. H. H. H. H.

1890

1890

A la Excm.

*Diputación provincial
de Segovia,*

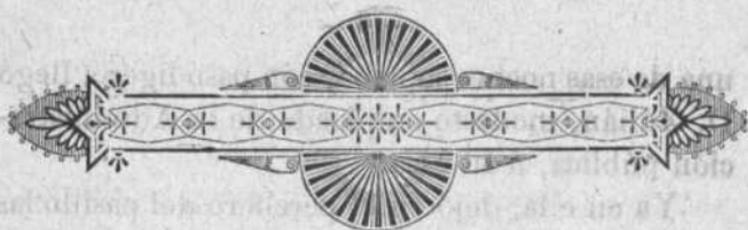
dedica el presente libro,

El Autor,

[Faint, mirrored bleed-through text from the reverse side of the page, including the words "Biblioteca Nacional de España" and "El Madrid"]



R. 104254



Velada preliminar.



El invierno habíase presentado con relativa crudeza.

Un frío intenso dejábase sentir por las calles de la ciudad, haciendo acelerar el paso á los que por necesidad tenían que discurrir por ellas.

El mes de diciembre había empezado, y, con él, las largas noches de la pesada estación, congregando á los habitantes en el confortable casino, en el cómodo gabinete dedicado á tertulia ó alrededor de la popular camilla, donde corrían las horas en medio de las ocupaciones propias de cada sitio.

Andando á impulso del helado viento que en

Agustado Larroche

una de esas noches soplabá, con paso ligero, llegó D. Julián, modesto empleado de la Administración pública, á su casa.

Ya en ella, dejó en el perchero del pasillo las prendas que en la calle habíanle preservado del frío y penetró en la habitación, donde estaba su adorable familia, dando las buenas noches al franquear la puerta, que daba acceso á una sencilla sala en la que se hallaban dos niños y una señora, joven aún, apesar de aparecer allí como la dueña de la casa.

Sorprendido D. Julián al no ser contestado por uno de sus dos hijos, que no eran otros que aquellas dos criaturas, al que veía embebido en la lectura de un libro, tomó asiento en el sitio vacío hasta entonces de la mesa y se expresó así:

—Muy preocupados se encuentran mis niños esta noche. Es seguro que las lecciones de mañana son algo difícilillas cuando absorben de tal manera vuestra atención, y tanto más me choca en Eduardo por ser pocos los asuntos que llegan á cautivar su espíritu hasta el punto de no haberse dado cuenta de mi aparición esta noche.

—En verdad, papá, que no me he apercebido de tu llegada, y creo que me perdonarás, pues es tan difícil la lección de mañana que no puedo hacerme cargo de ella, y temo vaya al colegio sin saberla.

—Dice Eduardo que son tantos los reyes que

se sucedieron en la época visigoda, y tantas las fechas que determinan sus reinados, que le es imposible retenerlos en la memoria; pero yo creo que el poco gusto que le producen estos estudios, es causa de que no se aprenda la lección, pues yo, cuando me tocó en mi colegio esa misma, la supe muy bien, y la señora me puso la primera del grupo.

Así se expresaba una niña de unos ocho años, rubia como del sol los rayos y con unos ojos azules que decían la viveza de aquel alma. Se llamaba Carmen, y su memoria era un prodigio de retentividad, teniendo encantados á sus padres que veían en ella una disposición grande para las letras y todo aquello que necesitara alguna energía imaginativa.

No así el niño Eduardo: había cumplido nueve años, y nunca fueron su predilección las historias. Gustaba más de *hacer números*, como él decía, y, al contrario de Carmen, tenía un temperamento que le predisponía grandemente para el cultivo de las Matemáticas.

Sin embargo, fuerza era saber de todo, y comprendiéndolo así D. Julián, dijo á Eduardo:

«No me extraña, querido hijo, sea enojoso para tí el estudio de la Historia de España, significándose mucho más ese enojo cuando llegas á lecciones como la presente donde una amalgama de nombres y fechas fatiga la memoria, y aún

cuando logres conocer unas y otros en un momento, se olvidan con esa misma facilidad con que te hiciste cargo de ellas.

Comprendiendo que muchas lecciones tendrás como ésta, y que sólo contribuirán á crearte una antipatía al referido estudio, puesto que no llegarás, debido á tus pocos años, á penetrarte de ellas para que puedas formar un concepto cabal del contenido histórico, yo me propongo, en estas noches de invierno, daros algunas explicaciones sobre esta materia, y de este modo os será más fácil su conocimiento.

Así, pues, cierra el libro, y, aunque algo tarde ya esta noche, voy á ocuparme brevemente de algunos preliminares necesarios al estudio de la Historia, dejando el comienzo de mis narraciones para las veladas que desde mañana me propongo daros á conocer.

* * *

Constituye la nación española con el vecino reino de Portugal la península Ibérica.

Situada en la parte más occidental de Europa, abarca una extensión superficial de 507.427 kilómetros cuadrados, y está limitada al N., por el Cantábrico y los Pirineos que como muralla natural la separan del resto del viejo Continente; al E., por el mar Mediterráneo; al S., por el mismo mar unido al Océano por el estrecho de

Gibraltar, donde parecen unirse en estrecho abrazo, y al O., con este último y el reino lusitano.

Los grandes cordilleras, la Pirináica y la Ibérica, la surcan en sus cuatro direcciones, que con los montes y ramales á que dan origen, hacen que el terreno sea algún tanto accidentado.

Forman, además, grandes cuencas hidrográficas por donde corren ricos y caudalosos ríos, que llevan sus aguas al Mediterráneo y Occéano, prodigando la riqueza y el bienestar por las campiñas que riegan.

Merced á esto, sin duda, posee un suelo por demás rico en variedades botánicas; en sus entrañas, se encuentran depósitos abundantes de los más estimables ejemplares del reino mineral, y en cuanto al animal, encierra la mayor parte de los seres señalados en las múltiples divisiones zoológicas.

Sus condiciones climatológicas la hacen apetecible tanto para los que estén acostumbrados á respirar las caldeadas emanaciones del Sahara, como á los que tengan adaptada su constitución física á las heladas regiones siberianas ó rusas.

Sin duda fueron causas las condiciones que llevamos expuestas para que desde los tiempos más remotos se viera asaltada por multitud de hordas, que sentaban sus plantas en su codiciado suelo, y sólo levantaban sus chozas cuando otras tribus, más bárbaras ó más fuertes, las empuja-

Lepololo. ² *Lepololo*

ban, sustituyéndolas en sus criminales instintos de rapacidad y barbarie.

Jamás llegaron á dominar por completo estas tribus toda la Península, pues, por una parte, lo abrupto de su suelo, y por otra, el carácter levantisco é independiente de sus habitantes, eran fuerzas bastantes á resistir las enormes avalanchas de primitivos guerreros, que de tiempo en tiempo, pretendían posesionarse de ella.

No obstante, el largo plazo que ocuparon á España algunos pueblos, no lograron dejar signos verídicos y ciertos de su paso; y sólo por hipótesis más ó menos exactas, se ha formado idea de las diferentes civilizaciones á que estuvieron sujetos los españoles por espacio de tantos siglos.

Y no he de pasar adelante esta noche. Mañana daré comienzo al ligero recorrido histórico que, en sucesivas sesiones, he de ir exponiendo á vuestra consideración.





Velada primera.



I. Divisiones que se han hecho de la Historia de España.—II. Primeros pobladores: Iberos, Celtas y Celtíberos.

Cumpliendo la promesa que os hice anoche, voy á dar principio á mis explicaciones. Así dijo D. Julián á sus niños, apenas habían ocupado todos los puestos del día anterior.

I

• Tiene por objeto la Historia de España la narración de los sucesos ocurridos en nuestro país, desde que se la conoce habitada por hombres hasta los tiempos presentes.

Para su completo estudio, se la ha dividido

en tres grandes edades, que, por razón de su sucesión cronológica, han sido llamadas Antigua, Media y Moderna.

Comprende la primera desde los tiempos más remotos hasta la caída del imperio de Occidente, ó invasión de los pueblos del Norte y establecimiento en España de los godos á las órdenes de Ataulfo. La Edad media es el período de tiempo que transcurre desde la caída del citado imperio, ó siglo V, hasta la toma de Constantinopla por los turcos otomanos al mando de Mahomet II, hecho que coincidió con la expulsión de los árabes de España por los Reyes Católicos, haciéndose dueños de Granada, último baluarte que aún quedaba á los hijos del Profeta, en el siglo XV, en nuestra Península; y es objeto de la Edad moderna el número de años comprendidos desde este último acontecimiento, en que se llevó á efecto nuestra unidad nacional, hasta la guerra de la Independencia española, siglo XIX, hecho que en nuestra historia viene á sustituir á la Revolución francesa, siglo XVIII, en cuyo acontecimiento, han señalado las demás naciones el término de los hechos modernos.

Desde estos últimos sucesos todos los países comienzan á contar una nueva edad, que llaman Contemporánea, á la cual llevan los hechos que han tenido lugar desde el principio del siglo XIX á nuestros días.

Mas con ser esta la división más generalmente admitida hasta hoy, existen otras más apropiadas, cual es la que considera la Historia patria dividida en cuatro grandes épocas determinadas por los sucesos que más han influido en su marcha política y social, y llamando á la primera la de las *Invasiones*, desde los tiempos primitivos hasta el siglo VIII; la segunda, conocida por el *Funcionamiento de las monarquías nacionales y cristianas*, desde el siglo VIII al XVI; la tercera ó de *Unificación de la patria y monarquía absoluta*, desde el siglo XVI al XIX; y la cuarta, ó última, distinguiéndola con el nombre de *Epoca de las revoluciones y de la monarquía constitucional*, siglo XIX.

II

Ahora bien; ¿quiénes fueron los primeros hombres que habitaron nuestra Península?

Sin que yo pretenda, queridos hijos, haceros conocer como tales á los Iberos, pues ningún historiador se ha atrevido á hacer tal afirmación, es cierto que este pueblo es el más remoto que encontramos en nuestra patria y del que tenemos noticias que nos permiten afirmar su existencia y establecimiento desde una fecha antiquísima.

Por lo demás, unos aseguran que los primeros pobladores de España fueron los *geriones*; otros tienen por seguro que *Osiris*, el egipcio, y su hijo *Hércules*, con *Hispaló* y *Sicoro* y otros que sin duda fueron inventados en concepto de realidades históricas, fundaron á *Hispalis*, puesto que así fué llamada también nuestra Península; pero todas estas noticias aparecen cual si fueran fantásticas visiones, que se desvanecen no bien llega á ellas algún dato histórico de alguna autenticidad en contra.

Con algunas más probabilidades, aparecen como primeros pobladores de nuestro suelo, *Tíbal* y *Tharsis*, originándose del primero los *tubelios* ó *íberos*, tribus indó-escitas que permanecen en España por espacio de siete siglos, y dando nombre el segundo á nuestra nación, que por algún tiempo se llamó *Tharseya*.

Conviene, por tanto, á nosotros fijar como primeros pobladores á los *íberos*, raza enérgica y sencilla que, á semejanza de los primeros pueblos, tenían como constitución social la tribu, forma primitiva que dió origen después á la ciudad, y más tarde, al estado, siendo sus ocupaciones habituales el pastoreo y la agricultura.

El ibero se caracterizaba por su sobriedad y ligereza, condiciones que se admiran en las guerras de Viriato. Era alegre y divertido, y lo ce-

lebraba todo con cantares, siendo su fiesta favorita la lidia de toros.

Sobre cuál fué su religión, no ha podido definirse nada en concreto todavía. Se sabe que adoraba al Sol, á la Luna y á los demás astros, siendo la segunda la que más inspiraba su fervor religioso, dándola un nombre en cada cuarto y haciendo la festividad mayor cuando llegaba el plenilunio.

La lengua usada por este pueblo, aunque hay diversidad de pareceres, puede tenerse por seguro fué la hoy empleada por nuestras provincias vascas, ó sea la *eúskara*, como se ha podido comprobar por algunas desinencias de hoy que tienen ó guardan ciertas analogías con inscripciones habidas de aquella época.

*

* *

De raza jafética y procedentes del norte del Asia, llegan á España los celtas, 3000 años antes de Jesucristo, y se posesionan bien pronto de la costa cantábrica. Así lo dicen infinidad de monumentos hallados en tal sitio.

Los iberos se opusieron enérgicamente á la invasión, resistiéndose sobre todo en el mediodía y parte oriental, por lo que aquellos tuvieron que instalarse en el norte y oeste de la Península, donde encontraron menos resistencia á causa de la poca población.

Tan bárbaros como las tribus á las que veían á sustituir, tienen, sin embargo, caracteres que les hacen altamente simpáticos á los ojos de la humanidad.

El celta era rústico y grosero, aunque valiente y libre. Cubría sus carnes con tosca tela y se alimentaba con los vegetales que tenía próximos, ó bien veía en la pesca, si habitaba las costas, un medio de subsistencia.

La mujer, tan salvaje como el hombre, tenía virtudes que la enaltecen sobre los demás pueblos bárbaros primitivos. Clava el puñal en el corazón del hijo si le vé próximo á caer prisionero, y si deja de existir el marido, se arroja al fuego en prueba de fidelidad conyugal, no dando lugar con este acto de ferocidad sublime á que comience en ella la traición conyugal.

Respecto de su cultura, haremos notar que adoraban al Sol, á la Luna y al Fuego, en cuyas divinidades han pretendido algunos ver la idea de la Santísima Trinidad, era por tanto la *druídica*, aparte de que también rendían culto á Marte, Júpiter y otras figuras politeistas.

El idioma celta debió ser una mezcla del *bretón* y el *galo*, como se prueba por nombres de personas y sitios, existiendo todavía en nuestra lengua palabras de aquel origen.

De su paso por la Península quedan evidentes señales en los varios monumentos que son

conocidos con el nombre de celtas, y que con diferentes fines y formas levantaban.

Tenían las *pedras oradadas*, donde metían el miembro lacerado á fin de alcanzar la curación mediante las oraciones; las *pedras de pila*, en las que sacrificaban las víctimas consagradas al culto; los *túmulos* ó monumentos levantados á la memoria de algún héroe, y otros varios extendidos por las diversas provincias de Álava, Santander, Asturias, Galicia, Portugal y aun Andalucía.

*
**

Cual erupción volcánica que arrasa y extermina todo aquello que encuentra su hirviente lava, sembrando por doquier la destrucción y la muerte, así la barbarie celta, tan luego como traspasó los Pirineos, fué apoderando de cuanto á su paso hallaba, y aunque esta invasión dió lugar á algunas guerras entre éstos y los primitivos iberos, bien pronto llegaron á participar unos y otros de los mismos deseos é intereses, fusionándose hasta el punto de dar origen á la raza conocida con el nombre de *celtíbera*, perdiendo el celta su rudeza y adaptándose á las delicias y dulzuras de sus aliados.

La sobriedad, el valor, la sencillez y el amor á la independencia, fueron los caracteres de esta nueva raza, caracteres que heredaron de las dos que habían sido bastantes á constituirlos. Belico-

3
Agustín Larrañaga

sos hasta la exageración, aborrecían la servidumbre y prestaban fanático culto á sus diñinidades, sin que haya podido definirse hasta el día la religión que prevaleció, aunque es de suponer que cada uno de los pueblos con que se constituyó tal raza adoptase aquella que más partidarios tuviera, según dominara la tendencia *celta ó ibera*.

En sus guerras dejaron ya conocer la *espada corta* y la *lanza*, la *onda*, de la que hacían un gran medio de defensa, *el hacha*, *el puñal* y algunas otras.

Hago punto ya por esta noche, puesto que os he dado á conocer lo que me proponía.

En la próxima, me ocuparé de otros pueblos que también pisaron la Península en los primeros tiempos de nuestro pasado histórico.

Hasta mañana, pues.





Velada segunda.



I. Fenicios y griegos. -- II. Cartagineses. -- Sagunto.

I

Hijos míos: En la velada anterior os indiqué mi propósito de daros á conocer en esta noche otras invasiones de qué fué objeto nuestra Península.

Así, pues, os diré lo siguiente:

Era la Fenicia un país situado en una zona del Asia Menor, extendiéndose hasta el Africa y conocida antiguamente por los hebreos con los nombres de *Cananea* ó *Tierra de Promisión*.

La ocupación principal de sus habitantes, al ser lamidas sus costas por el mar de Levante, fué la pesca, razón por la que, al fundar á su predilecta ciudad, la dieron el nombre de *Sidón*, que significa *Pescadería*.

Tomada Sidón por un rey ascalonita huyeron sus habitantes, dando lugar á las fundaciones de *Arado*, *Tiro* y *Trípoli*.

Caracterizados los fenicios por un espíritu comercial hicieron tratos y mensajerías con la Judea, la Siria, el Egipto; y bien pronto, después que hubieron inventado barquichuelas capaces de acometer intrépidas travesías, se trasladaron desde el norte de Africa á España, por el año 1150 antes de Jesucristo, fundando á *Gadir* (Cádiz), *Carteya* (Algeciras), *Malaka* (Málaga), *Sex* (Motril) y la famosa *Hispalis*, hoy Sevilla, que por tanto tiempo fué el centro comercial del mundo antiguo.

Brindando amistad, se posesionaron bien pronto de más de 200 plazas comerciales, y fueron tantas las riquezas extraídas por ellos, que hasta la Biblia se ocupa en mencionarlas.

La avaricia, no obstante, los cegó: quisieron internarse en la Península y sojuzgar á los celtas é iberos, imponiéndoles su ley y religión; pero estos pueblos se levantan viendo cerca la cadena que pretendían echarles al cuello, y atacando á los fenicios les persiguen hasta cerrarles en Cá-

diz, desde cuya plaza piden auxilio á Cartago, dando así motivo á una nueva invasión.

Ocupados únicamente los fenicios en su engrandecimiento comercial, no debieron preocuparles las bellas artes, razón por la que no dejaron rastro alguno arquitectónico que indique el paso de este pueblo por España.

Tenemos que agradecerles, no obstante, uno de los adelantos más sorprendentes, cual es la invención del *alfabeto*. También importaron el *olivo*, y enseñaron á cultivarle; levantaron faros que sirvieron de guía á sus embarcaciones, y no siendo tan crueles como los fenicios asiáticos, algo tomaron los españoles de su cultura; no así de su religión que resultaba salvaje.



Casi al mismo tiempo, y efecto de sus correrías mercantiles, tocan los griegos las costas de España y fundan colonias tan ricas é importantes como *Rosas*, *Ampurias*, *Sagunto* y otras muchas en las costas del Atlántico. Amalgámanse con los españoles, y éstos que ven en los griegos un pueblo pacífico é instruído, no hallan inconveniente en comerciar con ellos, y hasta fundan ciudades donde viven en perfecta armonía.

Con los fenicios sostuvieron guerras originadas por el egoísmo comercial que caracterizaba á los dos pueblos, viniendo á ser unos aliados de

los españoles cuando estos trataron de arrojar á los de Fenicia.

Las colonias griegas fomentaron la agricultura y las artes, como se pudo admirar en los suntuosos templos levantados á Diana, su diosa, en Denia y Sagunto.

II

Tócame, ahora, daros á conocer otro pueblo, que, más fuerte y potente que los anteriores, invadió también á España y se posesionó de ella. Pero antes de conocer tal invasión, os voy á decir ligeramente quienes eran los *cartagineses*.

En la costa septentrional del Africa, donde hoy tiene asiento la moderna Túnez, frente á Cartagena, fué fundada antiguamente, según unos, por los aristócratas fugitivos de Sidón y Tiro, según otros, por Dido, hija del rey de estos dos pueblos, una ciudad llamada *Cartago*, que desde un principio anunció ya su grandioso poderío.

Lo que no podemos dudar es que la procedencia de sus fundadores fué finicia, si bien trocaron el carácter comercial por el guerrero, y bien pronto buscaron campo donde hacer conquistas, con lo que dieron lugar á la primera *guerra púnica*, sostenida contra los romanos, y provocada

por la toma de Siracusa, en la isla de Sicilia, cuyo pueblo le sale al encuentro y opone una tenaz barrera á su desmesurada ambición.

En este estado son llamados como auxiliares por los fenicios prisioneros en Cádiz, y con tal pretexto, invaden los cartagineses á España, el año 238 antes de Jesucristo; al mando de Amílcar Barca, y bien pronto dejaron al descubierto sus rapaces deseos.

Amílcar Barca, emprende la conquista de España apoderándose de las provincias andaluzas, y siguiendo la costa de Levante, fundó á Peñíscola y Barcelona, determinándose á pasar á las Galias; pero sublevados los españoles á las órdenes de *Istolacio é Indortes*, príncipes iberos, le salen al encuentro y riñen batalla con el cartaginés que los derrota y manda crucificar, siendo los primeros que escriben sus nombres en la historia de los innumerables mártires de la independencia española; mas al avanzar hacia Peñíscola, le salen otra vez al encuentro al jefe cartaginés, quien es derrotado y muerto en una batalla.

Nombrado Asdrúbal superior del ejército de Cartago en España, funda á *Cartagena*, siendo asesinado al año por un esclavo llamado *Tago*, tomando entonces el mando Aníbal, hijo de Amílcar, de grandes talentos guerreros y joven que se había obligado desde niño, mediante juramento, á hacer la guerra á los romanos.

Aníbal, hecho cargo del ejército, recorre la España en todas direcciones, conquistándose el nombre de Capitán de la época. Llega á Salamanca, y, cerrados sus habitantes, la pone sitio: capitula la ciudad, mas habiendo sacado las mujeres las armas escondidas debajo de los vestidos, sorprenden á los cartagineses y hacen gran matanza en sus filas.

No contento Aníbal con sus conquistas y deseando poner pronto á prueba su odio hacia los romanos, busca un pretexto para declararlos la guerra y lo halla en la plaza de Sagunto, aliada de Roma, la cual había de ser respetada según los tratados; pero la pone sitio y da principio con ello á la *segunda guerra púnica*.

El genio de la guerra fué á estrellarse contra Sagunto, que era el genio de la fortaleza.

Roma dirigió al Senado cartaginés embajadores que protestaron de tal atentado; pero Cartago no quiso reconocer lo injusto del ataque y quedaron desde entonces rotas las hostilidades.

En tanto á Sagunto la oprime férreo cerco de 150.000 hombres con grandes máquinas de guerra.

Aníbal fué herido en el sitio, pero su afán de conquista no le consiente un momento separarse de los muros de Sagunto, y arrecia más y más los ataques, y cada día que pasa estrecha más también aquel cinturón de hierro.

Los saguntinos resisten por mucho tiempo y hacen bastantes bajas á los sitiadores; mas, al fin, comprenden lo inútil de la resistencia y piensan entablar negociaciones. Aníbal los recibe, pero impone condiciones tan duras y humillantes que los de Sagunto, sintiendo heridos su honor y sus sentimientos, deciden resistir hasta lo último y perecer todos antes de entregarse al invasor.

Cada día que pasaba disminuían los defensores de aquella plaza, y, exhaustos ya de todo recurso de defensa y muertos y extenuados de hambre, hacen una gran pira en la plaza pública: los viejos, mujeres y niños se arrojan á ella, junto con sus alhajas y riquezas, y los hombres que aún quedaban útiles, disputan palmo á palmo la ciudad, sucumbiendo al cabo á la furia cartaginesa, que, en su profundo despecho, no pudo perdonar á los pocos prisioneros que hizo, sacrificándolos con bárbara crueldad.

Así acabó Sagunto el año 216 antes de Jesucristo, abriendo con esta fecha el gran catálogo de heróicos hechos que en el transcurso de los tiempos había de dar nuestra raza, y grabando su nombre con letras de oro en el libro de la historia, sin que apesar de tantos siglos pasados haya podido olvidarse aquel descomunal grito de independencia dado por los nobles saguntinos.

—Las diez, papá,—dijo Carmen.

—Sí, ya veo,—contestó D. Julián,—que es

hora de que terminemos, y como os he explicado ya lo que me prometía, doy por acabada la velada de esta noche, anunciándoos para mañana el término de la dominación cartaginesa en España y el principio de la romana.

Hasta mañana, pues.





Velada tercera.



I. Dominación cartaginesa.—II. Dominación romana.—III. Estado social impuesto por los romanos.

Como os dije la noche anterior, pienso ocuparme ésta de la terminación del dominio cartaginés en España, primero; y después, de su conquista por el pueblo romano, el cual representaba las piernas de hierro de la gran estatua que en sueños viera el gran babilonio, Nabucodonosor.

Así dijo D. Julián á sus niños en la presente velada, continuando de este modo:

Destruída Sagunto, Roma pensó formalmente en la guerra con los cartagineses,

Aníbal, por su parte, funda su plan en llevar sus armas hasta Roma, y así, deja dos ejércitos en España, manda otro de españoles á defender á Cartago, y él, con un respetable contingente de peones y elefantes, se abre paso por los Pirineos y los Alpes con un valor temerario, empresa gigante que costó la vida á miles de soldados, llegando el mismo Aníbal á perder un ojo, efecto del intenso frío de aquellas heladas regiones, derrotando sucesivamente á los romanos en *Tesino*, *Trevia*, *Trasimeno* y *Cannas*, con lo que llega á las puertas de Roma.

Esta manda á España á sus mejores generales, pero siempre llevan la peor parte y son derrotados los romanos en casi todos los encuentros.

En tal apuro, Roma, hace jefe del ejército de España al joven Publio Cornelio Escipión, y éste dirige sus miras á Cartagena, la más importante población de los cartagineses; la toma, después de breve sitio y da libertad á los prisioneros españoles que allí había, captándose con tal política la simpatía del pueblo. Recorre la España, derrota al lugarteniente de Aníbal y la guerra cambia de aspecto, mucho más al ser derrotado Asdrúbal también en Italia. Haciendo los cartagineses de Cádiz su última fortaleza, allí los sigue Publio y los arroja, por fin, de España de donde se despidieron con todo género de vandá-

licos actos y cometiendo muchos horrores. Pasó al Africa, y en la célebre batalla de *Zama* sufren los cartagineses tan desastrosa derrota, que se ven obligados á firmar un humillante y deshonoroso tratado, quedando terminada de este modo la *segunda guerra púnica* y pasando la Península á poder de los romanos.

Aníbal, después de tan sangrienta batalla, no queriendo soportar la vergüenza de la derrota, murió envenenado.

Los cartagineses durante su dominación no dejaron señales que pudieran indicar su paso por España.

Cruelles y tiranos con los españoles, no vieron en la Península más que una presa con la que poderse desquitar de la pérdida de Misinisa. Si tuvieron arquitectura no pudo advertirse, pues las poblaciones que debieron su origen á tal pueblo no conservaron jamás el más leve resquicio de sus fundadores. Por lo demás, obligaban á los españoles á trabajar considerándolos como esclavos, é hicieron el servicio obligatorio, siendo todo ello causa bastante para que les cobraran tanto odio, que tan luego como Publio Escipión inauguró su benigna política, afiliáronse á sus banderas y no tuvieron inconveniente contribuir con los romanos á su expulsión y exterminio.

II

Voy ahora á ocuparme de Roma; pero antes de llegar á nuestra España tal y como la hemos dejado después de la expulsión de los cartagineses y dueños de ella los romanos, os diré algunas noticias, aunque á la ligera, de este pueblo que llegó hasta el pináculo de la gloria para arrastrarse después en el cieno de la degradación y envilecimiento cual ninguno otro.

La profecía de aquel judío cautivo en Babilonia, del gran Daniel, la explicación de aquel sueño que nadie sino él había podido descifrar, iba teniendo exacto cumplimiento á medida que en el reloj del tiempo marcaba la inflexible mano del Destino con una fatal precisión, el desarrollo de los sucesos humanos.

Así, al gran imperio babilonio, representado por la cabeza de oro de la estatua, sucedió el imperio de los *medos*, que tenía por figura el pecho de plata; luego el de los *persas*, indicado por el bronce del vientre, y aquellas dos piernas de hierro predecían el *imperio romano*.

De modo que la formación de éste obedecía al mandato providencial, y seguiría, como los

que fueron antes, el mismo camino: de grandeza, primero, de destrucción después.

Por eso lo vemos nacer en una pequeña fortaleza á orillas del Tíber; más tarde se erige en ciudad y extiende sus límites formando ya una sociedad con sus reyes, dando lugar á *monarquías* esencialmente aristócratas. Pasan algunos años, y el pueblo sacude las cadenas que le oprimen y da principio la *república*, en tanto que se hace fuerte y aumenta sus colonias para formar el estado más grande que se había conocido hasta entonces.

En este tiempo, Roma, llega á ser dueña del mundo; pero muy luego, empiezan las discordias y las guerras intestinas por el supremo mando. Por último, Julio César, una de las figuras más grandes del mundo antiguo, se proclama emperador y da comienzo á aquella serie de varones que pusieron á Roma en el último peldaño del abismo. Hay sin embargo, Vespasianos, Trajanos y Constantinos, mas también hay Calígulas, Nerones y Caracallas, y las virtudes y progresos realizados por los unos no pueden eclipsar las abominables acciones y nefandos crímenes de los otros.

Esta fué Roma, aquel pueblo fuerte que arrojó á los cartagineses de España dando principio á su dominación, de la cual os voy á dar noticia después de estos ligeros antecedentes del pueblo romano.

Arrojados los cartagineses, no pueden los romanos llamarse dueños de España, pues, realmente, no fueron tales dueños hasta el año 19 antes de Jesucristo, tiempo de Augusto en que nuestra nación fue declarada provincia romana.

Roma manda á España pretores, los cuales en vez de seguir la política inaugurada por el vencedor de Cartago, oprimen y tratan de vejar tanto á los españoles, que éstos se levantan y claman por su independencia, no viendo en los extranjeros más que tiranos y explotadores.

La insurrección cunde por todas partes y los romanos véense derrotados en muchas. Sin embargo, logran, por fin, imponerse y mueren á un tiempo los dos paladines que alentaban aquella insurrección. *Indivil* en el campo de batalla, y *Mandonio* es crucificado, ahogando en sangre aquellos gritos de independencia con actos tan crueles y execrables como el que llevó á efecto el pretor Galva que habiendo llamado á gran número de lusitanos en son pacífico, hizo que fueran luego bárbaramente degollados.

No dura mucho la tregua. Los españoles se levantan nuevamente ostigados cada vez más por la crueldad ejercida con ellos, y ésta hallan en un joven ibero digno jefe que los conduzca al campo de batalla. Este joven es Viriato, pastor lusitano, que, sintiendo hervir en su pecho la

sangre de sus hermanos, decide sacrificarse por la independencia de su pueblo.

Reune Viriato, hasta 10.000 lusitanos, y reta á la altiva Roma y á sus bárbaros pretores. Su táctica era huír los combates; su sistema de guerra el ardíz, y así cansa y rinde á los romanos desesperando á sus legiones, y hace que Roma tenga que fijar su mirada en aquel improvisado capitán que destruye sus fuerzas y derrota sus más avisados generales.

Viriato llega un momento en que triunfo tras de victoria se impone á Roma, y, por medio de uno de sus humillados generales, ajusta un tratado en el cual, reconoce la República romana la independencia del territorio conquistado por el valiente lusitano.

Descansa en tal paz Viriato, pero un nuevo pretor le sorprende y con dificultad logra ponerse á salvo de tal acometida. Despacha el lusitano tres capitanes á fin de que recuerden al general romano los tratados existentes; mas éste soborna á aquéllos, cuyas almas encerraban el lodo de la traición, y asesinan cobardemente á Viriato en su tienda mientras dormía, que no de otro modo puede matarse á los héroes, volviendo España á quedar entregada al despotismo romano.

Tócame ahora daros á conocer un hecho sublime que, émulo del de Sagunto, ha sabido

transmitirse á las generaciones presentes para ser igualmente admirado.

Los fugitivos del ejército de Viriato se refugiaron en Numancia, pequeña ciudad de la Celtiberia, que vino á existir en el sitio donde hoy es Soria. El general romano exigió la extradición, pero habiéndose negado los numantinos á entregarlos, fundados en los tratados, los cuales la consideraban como ciudad neutral, Roma la puso sitio.

Numancia no opone á las formidables legiones romanas más murallas que los 8.000 pechos de sus denodados habitantes; pero aquella tenacidad y fortaleza, crean tal pavor, que los generales romanos se suceden sin conseguir un triunfo, llegando á ser Numancia *el terror de la República*.

Por fin, Escipión el Africano, renueva el sitio, y 60.000 hombres rodean tan insignificante pueblo. Faltos los numantinos de auxilios y presos del hambre y de la peste, proponen la paz al Africano, pero son tan humillantes las condiciones por las cuales había de estipularse, que á tal precio no podían admitirla los de Numancia, y deciden, cual los saguntinos, morir todos antes que entregarse al soberbio vencedor; y haciendo una gran hoguera, se arrojan á ella, los que no se atraviesan con la espada, dando un ejemplo inmortal al mundo de valor é independencia.

Por entonces, Roma, destrozaba su seno con guerras intestinas sostenidas por el despotismo grosero de una sociedad altiva y codiciosa, y por el egoismo brutal y ciego de un populacho feroz. La clase media no existía, y á la cabeza de cada uno de estos dos polos sociales se disputaban la más alta magistratura de la gran República, Mario y Sila.

Aquellas violentas convulsiones del Estado repercutían en todos los dominios romanos. Por eso España vé en Sertorio, parcial de Mario, que se dispone, muerto ya éste, á hacer la guerra á Sila, disputándole el poder, un jefe digno de su valor, y le sigue, engrosando sus filas.

Reune Sertorio 9000 españoles y con tan escaso número reta á los partidarios de Sila, los cuales derrotan por primera vez á Sertorio y los suyos; pero luego logran éstos grandes ventajas, y, Roma, viendo el impulso que tomaba aquel levantamiento, declara á Sertorio fuera de la ley, pone á precio su cabeza y manda 30.000 romanos á las órdenes del pretor Pompeyo; mas es derrotado también por Sertorio y Perpenna, que llevan siempre la mejor parte. Empero cuando Roma pensaba en nuevos refuerzos es asesinado Sertorio en un banquete por Perpenna, éste es derrotado y muerto por Pompeyo, y los españoles pierden de nuevo sus esperanzas de libertad é independenciam.

Así acabó la guerra de Sertorio.

La rivalidad de Sila y Mario se reproduce en César y Pompeyo, y nuestra patria es el campo donde tiene que dirimirse la contienda.

César llega de Roma, y después de haber derrotado á Pompeyo en Farsalia, tiene que luchar con los hijos de éste en la célebre batalla de *Munda*, derrotándoles por completo y matándoles más de 30.000 hombres, quedando dueño César desde este instante de los destinos de Roma.

De esta batalla solía decir César que si en todas había peleado por la gloria, en ésta tuvo que hacerlo por salvar la vida.

Como veis, queridos hijos, la historia de nuestra patria durante la dominación romana, es la historia de Roma, puesto que todos los sucesos que tenían lugar en ella habían de producir los consiguientes efectos en sus dominios, y mucho más en nuestra España en la que veían siempre una gran fortaleza con la que podían franquear el paso para poder llegar la suprema judicatura.

Después de César viste la púrpura imperial Augusto, y en este tiempo es declarada España provincia romana; mas los cántabros y astures, queriendo desechar aquel aborrecido yugo, se sublevan y dan principio á las guerras *cántabro-astúricas*.

Augusto desde las alturas de su sólio tiembla,

pues por el pasado conoce de lo que son capaces los españoles, y él mismo se dirige á la Cantabria, pero pronto se retira á Tarragona enfermo. Después de inútiles si bien heróicos esfuerzos por parte de los españoles, las legiones romanas sujetan á los cántabros y más tarde á los astures, empezando aquella paz octaviana de que disfrutó el mundo en tiempo de Augusto, anunciada tantos siglos antes por los profetas, y en cuya paz había de nacer el Deseado de las naciones, el Hijo de Dios.

II

Voy á terminar, queridos hijos; pero antes de dar por acabada la conferencia de esta noche, os daré algunas ideas generales de lo que España fué bajo el dominio romano que, á diferencia de los demás pueblos, dejó bien fijo su paso por la Península.

Los romanos, durante el imperio, dividieron á España en regiones, como la Bética, la Tarracónte y la Lusitania, después de que fué conocida toda ella con los nombres de Ulterior y Citerior, nombres que determinaban ciertas comarcas con el fin de hacer más fácil su administración y gobierno.

Dieron á las ciudades una constitución social idéntica á la de las provincias romanas, y eran gobernadas por la *curia*, estando la policía urbana á cargo de los *ediles*. Fundaron ciudades como *Emérita Augusta*, (Mérida), *César Augusta* (Zaragoza), *Pax Augusta* (Badajoz) y otras muchas.

Hicieron obras notables donde dejaron grabado el sello de su atrevida arquitectura, obras que por su solidez desafían impávidas el paso de los demoleedores siglos. De ello dan exacta prueba el sinnúmero de acueductos, puentes y circos repartidos por la España toda. Construyeron grandes vías de comunicación que iban desde las principales ciudades al límite de la Península.

La *agricultura* llegó á tomar tales vuelos que se consideró á España como el granero de Roma; su *comercio* fué muy importante y las *bellas artes* tuvieron también representación, según consta en documentos históricos, aparte de las estatuas, templos y sepulcros que se conservan de aquella época.

Por último, os diré, que según algunos historiadores, la población de España en este periodo llegó á 70 millones de almas, cifra que me parece demasiado alta, aunque otros no tienen inconveniente en fijar como segura, lo que sin duda alguna nos puede probar el gran censo de población que tuvo España durante la dominación romana.

Mañana os daré á conocer otro pueblo que cambió por completo la faz del mundo conocido, señalando una grande división en la Historia Universal, y por lo tanto, en la de nuestra patria.



Historia de Chile a conocer otro pueblo que
 cambio por completo la faz del mundo conocido.
 señalando una grande division en la Historia
 Universal, y por lo tanto, en la de nuestra
 patria.





Velada cuarta.

EDAD MEDIA.

I. Los bárbaros del norte. — II. Reyes visigodos.

I

La altiva Roma había cumplido su destino; había llegado al límite señalado por el Dedo providencial y de allí no podía pasar. Los pueblos, como los seres animados, tienen su vida, y, lo mismo que éstos, al exhalar el último hálito de su existencia, se convierten en polvo, y casi queda de ellos el recuerdo de sus virtudes, si se hi-

cieron dignos de la admiración pública, ó de sus vicios y crímenes si fueron acreedores á la execración popular, recordado todo por unas cuantas líneas en la *Historia del Mundo*.

Roma tuvo de todo; pero aquella pléyade de mónstruos de crueldad que vestían la púrpura imperial y escandalizaban al mundo con sus salvajes entretenimientos, que no daban paso alguno que no fuera señalado con charcos de sangre inocente, que degollaban lo mismo al criminal que al sabio; aquellos engendros satánicos que acercaban la tea incendiaria á una ciudad llena de riquezas materiales y artísticas por el bárbaro placer de contemplar la devastadora llama devorándolo todo, y mataban á una mujer, já una madre!, por darse el repugnante gusto de contemplar el claustro que les tuvo encerrados por espacio de nueve meses, no podían fomentar en el Imperio más que el vicio y la corrupción general, poniéndole en el borde del abismo á merced de un ligero esfuerzo, que, sacudiéndole levemente, le hundiera para siempre en el mundo de la nada. *De esto se encargaron los bárbaros del norte.*

Veamos quienes eran.

Según unos del Oriente, según otros, del Norte, de más allá de la divisoria que marcan el Danubio y el Rhín, llegaron é inundaron la Europa meridional, á principios del siglo V, multi-

tud de pueblos que la Historia conoce con el nombre de *bárbaros*, que quiere decir *extranjeros*. Fuertes y ostigados por violenta fiebre devastadora y de conquista, sostenida por una religión que les ofrecía un paraíso á la muerte, necesitaban grandes pueblos que pudieran, con grandes esfuerzos también, cortarles el paso; y al encontrarse sólo con el caduco Imperio romano en el último periodo de su decadencia, fué tan fácil su conquista, que, cual torrente que salta las barreras únicas á contenerle, inundan todos los países que encuentran á su paso, y fundan gran número de pueblos de aquél que hacía poco había hecho del mundo una corona universal.

Nuestra España, al igual de los demás territorios, es habitada por los *vándalos*, *alanos*, *suevos*, *hérulos*, *godos* y *marcomanos*, y este pueblo que había sacrificado miles de vidas en aras de su independencia, á la entrada de los bárbaros, cual si se hubieran agotado por completo sus energías vitales, no exhala ningún grito que indique protesta y se somete gustoso al invasor.

Los bárbaros, en general, rudos, impetuosos y destructores, amaban la guerra; eran groseros en sus costumbres y terribles en el combate. Cubrían sus cuerpos con pieles y comían la carne cruda, ó cuando más, la magullaban con el caballo, y al lanzarse al combate despedían gritos y rugidos que aumentaban al entregarse á la matanza.

De estos pueblos unos se establecieron en *Galicia*; otros en la Lusitania y la Bética, y los *godos*, cuyo jefe era Ataulfo, en virtud de pactos con el emperador Honorio, se posesionaron de la Galia narbonense y Cataluña, ó la Tarraconesa, estableciéndose en Barcelona, de la cual hicieron su corte.

Todos los historiadores han estado conformes en reconocer en los *godos* un pueblo menos salvaje que los demás bárbaros, con muy diferentes condiciones físicas y morales, por lo que muy luego sujetaron á los otros germanos y lograron sobreponerse á todos. Se créa que procedían de la raza *indo-teutónica* y que habitaban las faldas del Himalaya.

II

Como echaréis de ver ahora, queridos hijos, en el pueblo visigodo se suceden reyes y reyes en tan corto período de tiempo, que yo sólo me propongo daros á conocer aquellos que merecen citarse por haberse señalado con algún hecho, y los que no, los mencionaré sólo por seguir nada más la sucesión cronológica. La corona es electiva, y casi puede decirse que la adquiría aquél que tenía valor para hundir el puñal asesino en

el corazón de la real persona, siquiera lograra ceñirla á sus sienes el tiempo que tardara otro regicidio en darse á conocer. Por esto vemos que Ataulfo, fundador de la monarquía, apenas lleva dos años de reinado cuando *Sigerico* arranca la diadema de sus sienes por medio de un asesinato, teniéndola tan sólo siete días, al ser igualmente muerto, por lo que sube al trono *Walla*, que aumenta sus estados con la anexión de la Aquitania. Le sucede *Teodoredo* y en su reinado tiene lugar la derrota de *Atila*, rey de los hunos, de la cual voy á daros alguna noticia.

Corría el año 450 cuando considerables fa-
langes de *hunos* mandados por *Atila* asolaron á Europa; pero derrotados por primera vez tuvieron que retirarse. A los pocos años volvieron más violentos é impetuosos, si cabe, é invadieron las Galias, por lo que habiéndose coaligado *Mero-veo*, rey de los francos, *Teodoredo*, rey de los godos, y *Accio*, general romano, salieron al encuentro de las bandas mongólicas y de su rey *Atila*, que se apellidaba «el azote de Dios.» Halláronle cerca de *Chalóns-sur-marne* y tiene lugar la derrota de los *hunos* en los campos *Catalaunicos* donde queda muerto el rey *Teodoredo*, al caer del caballo, siendo elegido en el mismo campo de batalla *Terismundo*, su hijo, que es asesinado al poco tiempo por *Teoderico*, el cual lo es asimismo por su hermano *Eurico*.

Este arroja á los romanos de España y publica el célebre código que lleva su nombre, código cuyo objeto era arreglar los usos y costumbres por que se regían los godos. Muerto *Eurico*, usurpa el trono *Gesalárico*, pero destronado, pasa á manos de *Amalarico*, que pereció en una batalla dada contra el rey de Francia, sucediéndole *Teudis* que asesinado por un loco, deja la corona á *Teudiselo*, el cual es muerto también en un festín, siendo nombrado *Agila*, al que sucedió después de darle muerte *Atanagildo*, que hace de Toledo su corte. Después de algunos disturbios producidos por los que ambicionaban la corona, es elegido *Luiva I*, que deja el trono á su muerte á *Leovigildo*.

Este es uno de los reyes que más se distinguieron en el primer periodo de la dinastía visigoda; por eso, y para terminar por hoy, os voy á decir algo de su reinado.

Luego que se hizo cargo del Estado se reveló como gran legislador y mejor guerrero. Despoja á los suevos de su reino de Galicia y tiene guerras con los imperiales, saliendo en todas ellas victorioso. Tuvo dos hijos llamados *Hermenegildo* y *Recaredo*: al primero le colocó de virrey de La Bética, en Sevilla, y llevado por los consejos de su esposa, que era católica, y de su tío *San Leandro*, arzobispo de esta última ciudad, se hizo cristiano, hecho que exasperó mucho á Leo-

vigildo, el cual, después de acabar con las guerras extranjeras que tenía, se dirigió á Sevilla y coje prisionero á Hermenegildo, á quien encierra en un calabozo increpándole á que adjure la religión católica y vuelva al arrianismo; mas, al no hacerlo, es muerto en su misma prisión, formando parte del extenso catálogo de mártires del cristianismo, y siendo cononizado en tiempo de Felipe II como santo.

Buen legislador, reformó, Leovigildo, el código de Alarico y puso á gran altura su autoridad como rey, siendo el primero que usó de las insignias reales, dejando á su muerte el trono á su hijo Recaredo, no faltando historiadores que hayan asegurado haberse hecho católico al morir.

Mañana os daré noticia del segundo periodo de la dominación visigoda en España, y de cómo quedó abierto el camino para que se verificara la invasión árabe, hechos que absorverán vuestra atención en la próxima velada.



... el cual, después de acabar con las gra-
tas extranjeras que tenía, se dirigió á Sevilla y
este prisionero á Hermandadillo, á quien encierra
en un calabozo incorporado á que adhire la re-
ligio casilla y vuelve al tratamiento; mas, al no
pació, es llevado en su nueva prisión, forman-
do parte del extranjero católico de mártires del
cristianismo y siendo conmovido en tiempo de
Felipe II como antes.

Para el alator, toro, el covigillo, el co-
digo de Alarcón y más á gran altura en autori-
dad como rey, según el número que hay de las
insignias reales, dando á su reinado el trono á
su hijo Ricardo, no faltan historiadores que
hayan escrito lo haber hecho católico al morir.
Mas para de dar noticia del segundo período
de la dominación española en España, y de cómo
quedo abierta el camino para que se verificara la
invasión árabe, hechas que espere en nuestra
atención en la próxima velada.





Velada quinta.



I. Segundo período de la dinastía visigoda, Guadalete.—II. Estado social impuesto por los godos.

No hemos vuelto á decir nada de nuestros niños, pero debemos advertir escuchaban con tal contento las sencillas y lacónicas explicaciones de D. Julián, que deseaban vivamente llegase la noche, sin que por una sola vez se vieran en ellos muestras de cansancio cuando oían á su buen padre referir los hechos más salientes de nuestra Historia.

Por su parte, D. Julián, también se complacía en facilitar más y más á sus hijos las dificult-

tades que pudieran encontrar, por lo cual, en la presente velada, se expresó así:

—El segundo periodo de la dinastía visigoda se abre con un hecho grandemente notable para la causa cristiana.

La sangre del mártir Hermenegildo fecunda en su hermano *Recaredo*.

Por eso, éste, cuando á la muerte de Leovigildo heredó el trono, su primer acto es adju- rar, juntamente con su esposa y gran número de nobles que siguen su ejemplo, las falsas doc- trinas de Arrio, en el tercer concilio de To- ledo, hecho acaso el más saliente de su feliz reinado.

Después de acto tan glorioso y que tanto brillo dió á su nombre, Recaredo sostiene gue- rras con los francos, eternos enemigos de los godos, y entre los señalados triunfos obteni- dos se encuentra el de *Carcasona*, terminando tales contiendas cuando se concertó el matrimo- nio del godo rey con la hija del señor de Lorena.

Pensando siempre en la felicidad de su pue- blo, dió á éste sabias disposiciones encaminadas á unificar las dos castas, goda y latina, que había en España; muriendo á los quince años de reina- do y causando tal tristeza en su pueblo este suce- so que los nobles, para probar el profundo respeto que le inspiraba su honrada memoria, pusieron en el trono á su hijo *Liúva II*.

Joven de grandes prendas personales, esperaba mucho de él el reino; pero el puñal del asesino *Witerico* se hundió en su pecho, ciñéndose éste la corona usurpada tan vilmente; mas después de un desastroso reinado de siete años, es destronado por medio de un motín, apoderándose del trono el jefe del levantamiento, llamado *Gumdemaro*.

Rey enérgico, hace de Toledo la iglesia metropolitana; sostiene guerras afortunadas, y á los dos años deja de reinar, sucediéndole *Sisebuto*, que tuvo lucha con los imperiales, y dejó la corona á su hijo *Recaredo II*, quien murió á los cuatro meses.

Síguele *Suintila*, que hizo guerra á los cántabro-artures y pretendió hacer la corona hereditaria, por lo que se opusieron los nobles, y poniéndose á la cabeza de ellos *Sisenando*, le destronó, erigiéndose él mismo rey; mas el remordimiento le dice que es ilegal aquella posesión y pretende acallar los gritos de su conciencia convocando el cuarto concilio de Toledo, donde fué reconocido como tal disfrutando cinco años aquella usurpación, y sucediéndole *Tulga*, que es destronado por *Chindasvinto*, el cual dejó el trono á su hijo *Recesvinto*, el que después de un corto y azaroso reinado, murió, y los nobles deciden colocar al frente de los destinos de la monarquía visigoda á *Wamba*.

Éste se resiste á aceptar la corona, pero teniendo que elegir entre ésta ó la muerte, se sienta al fin en el trono de sus antecesores.

Apenas ciñe á sus sienes la diadema real, cuando se levantan los vasco-navarros y se insurrecciona también la Galia Narbonense.

El mismo marcha á sujetar el norte de España, y con un respetable ejército, envía al conde Paulo á batir á los de Narbona. Sólo siete días le bastan á Wamba para dominar á los vascones, y uniéndose después al conde Paulo, consigue grandes victorias y apaciguar el levantamiento de la Galia.

En este reinado dirigen por primera vez los árabes sus miradas á la Península, y arman una grande escuadra; pero Wamba los sale al encuentro y derrota por completo las naves agarenas, uniendo un triunfo más á los muchos con que ya contaba.

Sin embargo de reinado tan feliz, *Ervirgio* le administra un narcótico durante la comida, le viste de monje y le tonsura, y cuando el rey vuelve en sí, renuncia gustoso la corona y se retira al monasterio de *Pampliega*.

Rey *Ervirgio* se presenta á un nuevo concilio de Toledo con objeto de que fuera perdonado su crimen, y consagra su reinado á procurar la paz, tonsurándose por último, y sentando en el trono á *Egica*, sobrino de Wamba, quien rechaza una

nueva intentona de los árabes y deja como sucesor á su hijo *Witiza*.

Contrarios juicios ha merecido este monarca por parte de los historiadores.

Fué el rey del deleite y del escándalo, según unos; y, según otros, fué un gran político y un buen guerrero, pues rechazó una nueva invasión agarena y protegió á los judíos reconociendo en ellos elementos necesarios á la sociedad visigoda.

Ordenó la muerte de muchos nobles y esto le proporciona odios y descontentos que al fin encuentran forma de manifestarse en la sublevación á cuya cabeza se pone *Rodrigo*, noble godo, y que tiene como término el ser destronado *Witiza* condenándole á la prisión perpétua.

Cuando el rey *Rodrigo* ciñe á sus sienes la corona de *Leovigildo* y *Wamba*, se encuentra con todas las señales de un agonizante Estado.

Los vicios y la depravación pública, la inmoralidad privada, el relajamiento general de todos aquellos heterogéneos elementos, las ambiciones despertadas por una corona electiva, á la que podía llegarse por medio de alevosos asesinatos ó cobardes acciones, y, sobre todo, la falta de unidad política y religiosa, hacen que el pueblo godo sea impotente para toda grande empresa.

Estas fueron las causas indirectas que moti-

varon la invasión de los árabes y caída de la monarquía visigoda.

En cuanto á las que directamente influyeron á tal invasión, todos los historiadores han estado conformes en reconocer como principales las siguientes:

Los hijos de Witiza, por un lado, deseosos de vengar á su padre, el metropolitano D-Oppas que favorecía sus intenciones, los descontentos generales producidos por el funesto reinado de D. Rodrigo, el cual dejaba pasar los días en la relajación y molicie más refinadas, la ambición de los nobles por alcanzar el poder, y, por último, la famosa leyenda de Florinda (la *Cava*), hija del conde D. Julián, gobernador de Ceuta, á quien el licencioso rey obligó á cojer las armas para defender su honor ultrajado en la persona de su hija.

En efecto; los moros del norte de Africa, disponen una expedición que, á las órdenes de Tarik, llega á la *Isla Verde*, (Algeciras).

Sale á su encuentro Teodomiro, gobernador de la Bética, y es derrotado, marchando él mismo á dar cuenta á D. Rodrigo del peligro que amenazaba á su corona.

Se postra ante él y con lágrimas en los ojos, le dice que ciña la espada y corra á vengar su derrota. D. Rodrigo llama á las armas á sus gentes, dispone de 300.000 hombres y se avista

con el árabe en las orillas del río *Guadalete*. Tres días dura la lucha y ya Tarik vé que se le escapa de las manos la victoria, por lo que, desesperado y ansioso por obtener el triunfo ó la muerte, se mete en las filas cristianas, busca á Rodrigo por todas partes y su paso se conoce por la estela de destrucción y muerte que va marcando el aguzado filo de su cimitarra. Los hijos de Witiza, que peleaban al lado de D. Rodrigo, se pasan al contrario, y esto decide la acción, quedando derrotado por completo el ejército cristiano y hundiéndose en las rojas aguas del *Guadalete* el poder godo, con su rey á la cabeza, de quien no se ha podido saber si murió á manos de Tarik, ó ahogado al atravesar el río, ó bien, huyó internándose en Portugal. De estas tres versiones hay partidarios.

II

Veamos ahora los progresos realizados en España durante la dominación goda.

Los bárbaros, á su llegada á España, trajeron ideas nuevas que debían encarnar en el pueblo español para regenerarle.

Borraron las barreras que separaban las clases sociales desapareciendo las *castas*.

No siguió imperando el privilegio irritante de ocupar los primeros puestos la llamada clase noble, sino que aquellos eran accesibles á todo el que se hacía acreedor á ellos por el valor, ó los actos y virtudes que llevaba á cabo.

El cristianismo halló vírgenes tierras donde fructificar, y aquellas tribus que en un principio fueron furiosamente arrianas, forman, poco después, de la religión de Cristo el mejor lazo de unión para defender su amenazada independencia.

La caridad inspirada por la evangélica palabra de los primeros predicadores de la Buena Nueva, hizo también desaparecer aquella gran masa social llamada á los esclavos; eleva la dignidad de la mujer hasta igualarla al hombre, y, ésta, que durante las demás dominaciones había sido considerada como *cosa*, agena por completo á la vida política y sujeta siempre á la despótica autoridad del marido, es reconocida por la religión y considerada entre los bárbaros, como el centro de todas las virtudes, inocente y débil ser que debía hallarse amparada por la fuerza del hombre.

Los frecuentes concilios celebrados son una de las instituciones más notables de esta época.

Algunos han creído ver en éstos el nacimiento de nuestras cortes; otros han negado este aserto teniendo en cuenta las personas que asistían y

los asuntos que en esas reuniones se trataban; pero de todos modos habrá que reconocer en ellos unas asambleas que infuyeron de una manera notable y harto visible en la marcha política y social de la nación.

Las *leyes de justicia*, promulgadas por reyes y concilios, fueron todas recopiladas en un código especial llamado *Fuero-juzgo*.

En él se han podido admirar ideas de derecho no conocidas hasta entonces por ningún pueblo, ni aún por el romano, y todavía es consultado en nuestros días, encontrando en sus doce libros sanas doctrinas jurídicas.

La *administración* fué objeto también de gran cuidado por parte de los reyes, creando impuestos y encargando de los cargos principales á los nobles.

El *progreso científico* realizado hasta entonces se hubiera hundido á la entrada de los bárbaros; pero las bóvedas claustrales recogen aquellos adelantos y los trasmiten á la posteridad, luego que pasó el turbión, por medio de varones ilustres en todos los ramos, y, más tarde, cuando aquellos pueblos fueron infiltrándose en la cultura latina, contribuyeron nobles y reyes á su engrandecimiento.

La *agricultura* que en tiempo de los romanos tenía ya un extenso y considerable cultivo, encuentra en el pueblo godo un factor importante

para su progreso, realizado mediante tal protección de una manera asombrosa.

Respecto á *industria* podemos asegurar que en los primeros tiempos de su invasión fué nula; no así después, porque San Isidoro afirma que los godos, en el siglo VII, explotaban las minas de oro y plata y trabajaban dichos metales, tenían fábricas de tejidos y otros muchos oficios, no desconociendo tampoco las reglas de la construcción.

El *comercio* también tuvo su impulso como se demuestra por las leyes que concedían á los comerciantes extranjeros el derecho á ser juzgados por los tribunales de su país.

En cuanto á *arquitectura* se ha creído, y aún sigue creyéndose por algunos, fué la *gótica* la empleada por los godos, cuando en un principio no tuvieron otra que la *latina*, y más tarde, usaron en sus construcciones la escuela *bizantina*, probándolo los muchos monumentos esparcidos por la Península, que nos restan de la dominación goda.

Esta era la España que encontraban los árabes á su entrada y después de hundir en Guadalete los carcomidos restos de la monarquía visigoda.

Y hago aquí punto. En la próxima velada os hablaré de tal invasión, no sin que antes me ocupe, brevemente, del lugar donde encontró su nacimiento el pueblo de Mahoma.

Hasta mañana, hijos míos.





Velada sexta.

I. Los árabes.—Covadonga.—II. Reyes de Asturias.

La antigua Saba ó Yimen, que por estos nombres se conoció en la antigüedad la península que al S. O. de Asia se halla limitada al N., por la Turquía Asiática, al E. por el golfo pérsico y el golfo de Omán; al S. por el mar de Omán y el estrecho de Bab-el-Madeb y al O. separada del Africa por el mar Rojo, se la conoce hoy con el nombre de Arabia ó patria de los árabes.

Con diez millones de habitantes, es uno de los pueblos más atrasados del mundo, pues su fan-

tismo religioso no le permite dar un paso en el camino del progreso.

Esta fué la patria de los hijos del Profeta, que allá, en el siglo VII, empieza á predicar su nueva doctrina, la cual decía, era revelada por el angel San Gabriel, por cuyas predicaciones tiene que huir á Madina, contándose desde esta época la *Egira* ó huída. Por la fuerza de su cimitarra fué imponiendo la nueva religión, que no era más que una mezcla del cristianismo y de las religiones orientales; y de un pueblo que si bien reconocía por causa la raza *semítica*, era una amalgama de procedencias tan distintas como odiadas entre sí, logró hacer una fanática plebe que ante la promesa del Paraíso, se lanza á conquistar con el filo de su espada el mundo, para imponer el islamismo á sangre y fuego.

Presos los árabes de potente fiebre conquistadora, pronto se apoderan del norte de Africa, y desde allí intentan varias veces posesionarse de España que divisaban desde sus costas, pero son rechazados, primero por *Wamba*; luego por *Egica*. Deciden, sin embargo, invadir nuestra Península, y de ahí la venida de Tarik con 12.000 árabes y la funesta jornada del *Guadalete*.

Después de tal derrota, Tarik divide sus tropas en tres cuerpos y poniéndose él á la cabeza de uno, marchan en distintas direcciones á conquistar á España, llegando hasta Toledo, donde

esperó al gobernador del Africa, Muza, que al frente de 18.000 hombres, desembarcaba en Algeciras envidioso de las victorias alcanzadas por su lugar-teniente.

Apodérase este último de Niebla y Sevilla y pone sitio á Mérida donde penetró después de heroica resistencia á sangre y fuego. En poco tiempo se hacen dueños los árabes de la Península, y sólo á las agrestes ondulaciones de los Pirineos asturianos no llegan los gritos del combate, y allí se recogen los restos de la monarquía visigoda, no dispuestos á soportar el yugo agareno.

Mientras tanto, los dos jefes árabes, Muza y Tarik, se odian y comienzan las rivalidades que dan lugar á que el Califa de Damasco los llame, quedando el mando del ejército de España en poder de *Abdalazís*, hijo de Muza.

De carácter dulce y bondadoso, sin participar de las ambiciones de su padre, establece su corte en Sevilla y se casa con Eguilona, viuda de D. Rodrigo, y por lo tanto cristiana, por lo que, los moros viendo á su jefe á punto de adorar su religión, dan cuenta al de Damasco, y éste ordena sean decapitados *Abdalazís* y sus tres hijos, hecho que se llevó á cabo en la mezquita, envalsamando su cabeza, que fué presentada después al Califa de Damasco en ocasión de estar Muza, su padre, presente.

Algunos historiadores hacen aquí punto y aparte en la monarquía cristiana y se ocupan sólo de los árabes, sus conquistas y califas, para volver después á empezar en Covadonga: yo no veo motivo para este interregno en la explicación, y seguiré dándoos á conocer el estado que después de siete años pasados desde el Guadalete resucita más pujante y con nueva sabia en las montañas asturianas, no olvidando, al mismo tiempo, la estancia de los árabes y sus hechos principales, relacionados como han de estar forzosamente, con la reconquista española.

Los árabes, en su sed de conquista, se habían hecho dueños de toda la Península, excepto de las montañas de Asturias; pero no contentos con esto y aspirando siempre el dominio universal, los emires, que bajo la autoridad del califa de Damasco gobernaban á España, sintieron grandes deseos de atravesar la cordillera pirináica y llegar á las Galias; por eso *Alhor* avanza con un respetable ejército hasta Nárbona, pero le sorprende la noticia del levantamiento de los españoles en Asturias, por lo que, y para sujetarlos, manda á *Alkamah* y tiene lugar la batalla de Covadonga, en que un puñado de españoles derrotan el ejército árabe y vengan á los siete años la afrenta del Guadalete, empezando á escribirse aquellas hermosas páginas que la historia conoce con el nombre de *la guerra de la reconquista*,

la que duró siete siglos, desde que fué dado el primer grito en Asturias hasta que los pendones cristianos ondearon en las torres de la *Alhambra*.

La nobleza goda, como antes os he indicado, se recogió en los montes asturianos, y allí llevan también su lengua, sus costumbres y su religión; por eso recuerdan su patria y piensan en su reconquista, nombrando jefe á Pelayo, duque de Cantabria, y lanzan el grito que oyó *Alhor*, cuando no encontrando espacio bastante á sus conquistas se dirigía á posesionarse de las Galias; grito que le hizo mandar á su lugar-teniente, *Alkamah*, el cual, se dirige á Asturias en busca de los sediciosos; mas los asturianos le esperan y le hacen frente en la gruta de *Covadonga*. Empieza la lucha y aquello debía ser imposible, pues eran 300 españoles, para 120.000 árabes; sin embargo, logran atraerlos hacia un desfiladero, donde hacen terrible carnicería, pues posesionados de las alturas los españoles, lanzaban enormes piedras y troncos de árboles que aplastaban á los árabes. Las flechas y dardos enviados por éstos se volvían contra ellos al rebotar en las rocas de la cumbre. Por último, una terrible tempestad se desencadena, y cual si fuera mandada por Dios para rematar aquel triunfo de los que peleaban en su nombre, da de cara á los musulmanos y los pone en desordenada fuga,

siendo grande el número de los que quedaron muertos en el desfiladero.

Con este hecho comienza aquella gran epopeya, en virtud de la cual, nuestra España, rota en *Guadalete* y refugiada en *Covadonga*, desciende de allí para ir poco á poco engarzando los mares como esmeraldas en sus sandalias, y los soles como diamantes en su corona.

II

Elegido rey *D. Pelayo*, ocupóse en consolidar la monarquía, y acogiendo en torno suyo muchos españoles, logra limpiar de árabes el territorio habido entre la cordillera pirináica y el mar; dejando á su muerte el trono á su hijo *Favila*, que, aficionado á la caza, fué muerto por un oso en los montes de Asturias, y aunque deja hijos, los nobles, con gran acierto, eligieron á *Alfonso I*, yerno de Pelayo, y apellidado el *Católico*.

Glorioso es el reinado de este monarca al que los historiadores árabes llaman el *Terrible* y el *Hijo de la espada*.

Incorpora á su reino toda la Galicia y recorre León, Astorga, Palencia, Zamora y Salamanca, talándolo todo, y construyendo infinidad de castillos con que poder defender mejor sus dominios.

Amante de su religión, erigió templos, levantó iglesias y fomentó el culto cristiano, por lo que mereció el dictado de *Católico*.

Siguióle á su muerte su hijo, *Fruela I*, que, identificado con la política y modo de gobernar de su padre, valiente y enérgico, consiguió muchos triunfos contra los moros, fundó á *Oviedo*, si bien amengüó notablemente sus glorias con la muerte de su hermano *Vimarano*, por lo cual y después de algunas conjuraciones contra su persona, fué asesinado.

Aquí viene un periodo de usurpación verificado por cuatro reyes, pues la corona correspondía á *Alonso*, hijo de *Fruela*; pero fué acupada sucesivamente por *Aurelio*, *Silo* y *Mauregato*, de quienes la historia no guarda más memoria que la de haber ceñido á sus sienes la diadema de *Pelayo*. Sigue á este último *Bermudo I*, hombre de recto proceder, que haciendo caso de las legítimas acusaciones de su conciencia, llamó á su lado á *Alonso*, el hijo de *Fruela*, y delegó en él todas las atribuciones hasta cederle la corona, que igualmente le correspondía.

Alfonso, II el Casto, inaugura su reinado batiendo á los moros, que á la sazón eran mandados por *Hisén II*, califa de *Córdoba*; pero comete la imprudencia de enviar á *Carlo-Magno* embajadores con objeto de hacerle presentes y regalos en su nombre. Los españoles lo interpretan como un

acto de sumisión al rey de los franceses, y se presentan á su soberano varios nobles á cuya cabeza iba Bernardo del Carpio, siendo el rey desterrado, pues no consienten los españoles ofrecimientos que llevan en sí la mengua de su independencia, revocando Alonso la oferta hecha á Carlomagno de su corona.

Al poco tiempo sale de su prisión y entonces tiene lugar la invasión de los franceses por Cataluña y Navarra, pero los vascos, los navarros y asturianos se resuelven á cortarles el paso, y tiene lugar la derrota de *Roncesvalles*, donde muere la flor del ejército enemigo y donde, según algunos historiadores, fueron tantos los muertos que se hicieron á los francos, que en aquellos campos blanquearán eternamente los huesos de las víctimas, y vosotros habréis leído, ú oído, alguna vez esta letrilla, que por sí sola basta para decir toda la importancia de tal batalla:

«Aún resuena por los valles
y gritan los montañeses:
mala la hubísteis franceses
en esa de Roncesvalles.»

Fué, Alfonso II, también buen católico, pues fundó gran número de iglesias y conventos, siendo un hecho importante de este reinado el haber-

se descubierto el sepulcro de Santiago el Apóstol, en cuyo sitio, el monarca, mandó construir un templo, dando con esto origen á la ciudad de Santiago de Compostela y consiguiendo del Pontífice trasladar la silla episcopal á aquel punto.

A la muerte de Alfonso el Casto, sucédele *Ramiro I*, hijo de Bermudo, *el Diácono*, y apenas se sienta en el trono tiene que reprimir varias rebeliones de los nobles, á los cuales castigó siempre con dureza, por lo que pudo ver libre el reino de conspiradores.

En su tiempo arriban á las costas cantábricas unas setenta naves de normandos, y Ramiro sale á su encuentro y los hace huir, obligándoles á reembarcarse.

Hizo guerras también con los moros, y después, dejó el trono á su hijo *Ordoño*, que empezó reprimiendo una sublevación de los de Alava. Dispuesto como sus antecesores á luchar por la independencia de la patria, tuvo lugar en su reinado la célebre batalla del *Clavijo*, que algunos han creído se verificó en el anterior, ó de Ramiro.

Según unos, por haber dejado de cumplirse los pactos existentes entre moros y cristianos; según otros, por muy diversas causas, es lo cierto que Ordoño avistó sus tropas con las del árabe Muza, cerca de Clavijo, donde se dió la batalla de

tal nombre, y en la cual quedaron derrotados los moros, asegurando la tradición que en esta batalla peleó el apóstol *Santiago* al lado de los cristianos, en un caballo blanco y con una espada de fuego; lo que bien se ha creído fruto del exaltado espíritu religioso que dominaba en las filas cristianas, lo que les hizo ver en el fragor de la lucha, mediante una profunda obsesión, la figura del Apóstol cabalgando por los aires.

Sucédele *Alfonso III, el Magno*, su hijo, que aprovechando la apurada situación de los árabes, se dirige contra ellos y los derrota en varios encuentros, llegando hasta el Tajo y el Guadiana, y conquistando plazas como Zamora, Toro y Simancas, consiguiendo victorias tan completas como la que alcanzó cerca de la primera de estas plazas, que la historia conoce con el nombre de *Día de Zamora*. Fundó á Burgos y otras ciudades, y después de un glorioso reinado y á fin de evitar disensiones entre sus dos hijos, dejó á García, el reino de León y á Ordoño, el de Galicia.

D. García emprende la guerra contra los moros y *D. Alonso*, á las órdenes de su hijo, recorre parte de Castilla, consiguiendo algunos triunfos y falleciendo poco después.

Muere también *D. García*, y *Ordoño II*, vuelve á unir las dos coronas de Galicia y León, que tan imprudentemente había separado su padre.

Aquí empiezan algunos historiadores la monarquía de León, que yo dejo para otra noche, pues sería ya molestaros demasiado ésta.

Así acabó D. Julián la sexta velada, decidiendo seguir en la séptima la relación de la dinastía cristiana.





Velada séptima.



I. Breve noticia sobre los reinos de Navarra, Cataluña, Aragón y Castilla.—II. El Califato de Córdoba y su cultura.

I

Voy esta noche á deciros algo, antes de entrar á reseñar los reyes de la monarquía de León, de la existencia de otros reinos además del que vamos estudiando, el cual fué, poco á poco, absorbiendo á todos los otros hasta hacer con ellos una sólo corona en tiempo de los Reyes Católicos.

De estos reinos os diré, en cuatro palabras, pues otra cosa supondría una confusión para vosotros bastante grande, su nacimiento, con objeto

de que sepáis no fué sólo Asturias la región de España que peleó contra el poder árabe, sino que hubo otros territorios que llegaron á conquistar-se el temor del enemigo común, si bien nosotros hacemos de la monarquía asturiana y luego leonesa el eje de nuestras explicaciones, por tener en cuenta que á ella van á dar, como al cauce torna el río, todos los demás estados que surgieron en los comienzos de la reconquista.

Esto así, os diré que, á imitación de los astures, los vascones y navarros se levantan y ayudan á los primeros á alcanzar el triunfo de Covadonga; pero con carácter independiente, y rechazando luego á los moros cuantas veces osaban asomar por sus montañas, vencen y derrotan también á Carlo Magno en el célebre paso de Roncesvalles, de que ya os he dado noticia en el reinado de Alonso II.

Se rigió en un principio por condes que después tomaron el nombre de reyes de Navarra, reyes que contribuyeron á reconquistar el suelo patrio en unión de los príncipes cristianos.

Por lo demás, el país verdaderamente libre que tuvo nuestra península á través de todas las invasiones fué la Vasconia. Ella luchó con Augusto en las guerras cántabro-astúricas; más tarde, cuando los bárbaros invaden á España no penetran jamás como conquistadores en aquellas escabrosidades, y en cuanto á los árabes, si lle-

garon sus ecos guerreros á turbar la dulce tranquilidad de sus comarcas, fué de paso, convencidos como fueron bien pronto de la fiera independencia de aquellos montañeses.

*
* *

Al verificarse la invasión de los árabes cae Cataluña en su poder, y muy luego logran los catalanes, con ayuda de los franceses, ser independientes, fundando el condado de Barcelona, cuyo primer conde fué *Vifredo el Velloso*, Estado que se sostuvo por largo periodo de tiempo, unas veces independiente, otras unido á Aragón hasta que con éste quedó incorporado á Castilla, en el siglo XVI.

*
* *

Una división del reino de Navarra hecha á la muerte de *Sancho el Mayor*, dió origen al de Aragón, que tanto llegó á representar en la historia patria. Díganlo sinó los reinados de *Jaime el Conquistador*, *Pedro el Grande* y otros ilustres monarcas. Hablen por esto las heroicas hazañas realizadas en Mesina por un puñado de españoles mandados por el aragonés Pedro Queralt, y más tarde, en Constantinopla donde 5.000 aragoneses á las órdenes de *Roger de Flor*, asombran al mundo con su valor y sus conquistas, realizando una hermosa odisea más propia de la leyenda que de la historia.

*
* *

De otro reino que contribuyó notablemente con su poderosa ayuda á dar brillo á la corona leonesa, os voy á dar cuenta: me refiero al condado de Castilla.

Independiente hasta el extremo de que por mucho tiempo fué uno de los más poderosos reinos, se conoce al Estado éste bajo la autoridad sucesiva de condes que, en sus diversas correrías, ya fueran ayudados por los demás monarcas cristianos, ya solos, iban restando á los árabes ciudades que defendían por medio de castillos, por lo que tomó de aquí el nombre de *Castilla*.

Tuvo entre sus condes algunos que se hicieron notar por sus arriesgadas empresas, las cuales les valieron una popularidad tan justa como merecida, significándose entre todos *Fernán González*, á quien la leyenda atribuye hechos verdaderamente grandiosos.

Sucedieronse algunos hasta que en tiempo de Bermudo III de León, y á su muerte, se unió este reino con Castilla en la persona de *Fernando I*, formando ya una sóla corona León, Galicia, Asturias y Castilla.

Lo mismo éste que los demás reinos cristianos de Aragón, Cataluña y todos los territorios independientes que había en la Península en la Edad Media, fueron aliados unas veces en sus correrías contra los moros, consiguiendo como en las *Navas de Tolosa* brillantes victorias, ó tenían

disensiones y desavenencias producidas por antagonismos que generalmente decidía la suerte de las armas.

En particular cada reino verificó conquistas, y por todas partes iba restándose terreno al dominio de los árabes, hasta el extremo de que sólo en los primeros años de la invasión pudieron éstos tomar la ofensiva y satisfacer sus deseos de dominio ilimitado; mas después, cuando ya independiente de Damasco se fundó el *Califato de Córdoba*, pasado aquel brillante periodo de Abderramán III, las pasiones debilitan á aquel pueblo tan pujante á su entrada, y entregado á la molicie y al sensualismo más grosero y refinado, fué débil para oponerse á los diversos reyes cristianos que, poco á poco y en distintas correrías por sus dominios, arrancaban cada vez una perla de aquella famosa corona occidental que llegó á competir con la oriental Damasco.

El estruendo de los combates no hizo olvidar á estos reinos el cultivo de *las ciencias, las artes y la industria*, ramos todos que impulsaban con verdadero entusiasmo, siendo antagónicos muchas veces, lo que contribuyó en gran modo al progreso material y científico que se determinó en aquella naciente época de la reconquista española.

Así, pues, deseando los reyes hacer grata la estancia en sus dominios, mejoran la situación

de siervos y plebeyos, concediéndoles ventajas y privilegios que muy luego servían para interesarles en la defensa del suelo patrio. Por esta época se concedieron los primeros *fueros* tanto en León y Castilla como en Aragón y Navarra, *fueros* que consistían en ciertos derechos indiscutibles reconocidos á los pueblos los cuales, llegaron á ser, por de pronto, un gran paso para el anulamiento del poder feudal.

Siguen las fundaciones piadosas bajo el fragor de la pelea sus exploraciones científicas, y los monasterios se convierten en centros de ilustración y cultura, acumulando en ellos libros y códices que les daban cierto carácter de bibliotecas populares. Progresó la riqueza, efecto de la protección dispensada á *la agricultura*, formándose pueblos verdaderamente agrícolas, y todo, en fin, como que adquiere nueva sabiduría.

Estos, queridos hijos, eran los estados cristianos que nacieron á la vida independiente en los primeros días de la reconquista; y no estará demás que para cerrar la conferencia de esta noche os diga algo de lo que, allá los árabes, hacían en sus dominios también en esta época.

II

La altiva Damasco, la olímpica corte de los *abasidas* y de los *omniadas*, antro obscuro de las costumbres orientales, que unía las cúpulas de sus mezquitas á las flotantes nubes de su caliginosa atmósfera; encanto y orgullo á un tiempo de los hijos del Profeta y admiración del mundo antiguo por sus decantadas riquezas y suntuosidades, halló, poco después de haber entrado los árabes en España, una ciudad que, más atenta á los goces del espíritu que á los placeres materiales, eclipsó el renombre de la corte del Califato de Oriente: esta ciudad fué *Córdoba*.

De aquel terrible crimen ejecutado en el palacio de Damasco, en donde murieron bárbaramente asesinados los omniadas, huyó el joven Abderramán, refugiándose en Africa bajo el amparo del Emir de Marruecos.

Conocida su presencia por los árabes de España, le ofrecen la jefatura, y viendo su porvenir en nuestra nación y un motivo para poderse levantar del polvo en que le habían hundido las persecuciones de la prostituída corte de los *abasidas*, pasa á ella y se erige en *califa*.

Aquí suena ya Córdoba como capital del califato ó reino que los árabes fundaron en España

y Abderramán, después de vencer todos los obstáculos que se oponían á su gobierno, se dedicó á proteger las ciencias y las artes, dando origen y asentando los cimientos de aquella éra tan fecunda en adelantos que hizo de Córdoba por algún tiempo el centro de la cultura universal.

La imaginación del árabe le predispone grandemente á las *bellas artes*. De aquí que la *música*, la *pintura* y la *arquitectura*, tomaran, durante su dominación, forma y carácter propio, siendo verdaderamente notables las obras y monumentos que aún se encuentran en España procedentes de aquella época, admirándonos por su esbeltez y elegantes combinaciones estéticas. Los patios andaluces y los claustros monásticos ponen de relieve aquella fecunda imaginación meridional, revelándose el gusto oriental con una delicadeza y grandiosidad que nos lleva al éxtasis, al punto de que al penetrar el observador en los recintos tristes y sombríos de las antiguas mezquitas de Córdoba, Segovia y otras ya casi derruídas por la acción del tiempo, y al ser acariciado por el frío de sus bóvedas, parece como que vé surgir de aquellos relieves las delicadas figuras que les dieron ser, envueltas en sus alquiceles blancos como el armiño y deslumbrando con sus turbantes de escarlata, sumergiendo al visitante en una noche de sueños, cuentos y leyendas que le remontan á una época llena de magnificencia y esplendor.

De igual modo que la arquitectura y la pintura cultivaron la *música* y la *poesía*, señalándose las composiciones rítmicas de sus delicados instrumentos por el sentimiento en que se inspiraban.

Respecto á su constitución social y política, debo advertir que al igual que los bárbaros, los árabes, cuando pisaron la Península, se sometieron á la que tenían los cristianos.

Elevaron el nivel social del siervo hasta hacerle igual al señor, y la mujer llegó á gozar de una influencia prodigiosa en su tiempo merced á su ilustración, debiéndose á esto seguramente el que una de las costumbres que más daban carácter á las cortes orientales no tuviera nunca visos de institución en España.

La *agricultura* halló también en los árabes excelentes propagadores, pues construyeron acequias y canalizaron ríos que llevaban la riqueza á los fértiles campos de España, importando productos de Oriente que encontraron en nuestro suelo favorable acogida.

Para concluir, la cultura en el Califato fué muy grande, acudiendo á Córdoba sabios extranjeros con el fin de beber en buenas fuentes los adelantos científicos señalados en aquella época, siendo notables los estudios que en medicina, botánica y astronomía se hicieron en aquel brillante periodo.

Las bibliotecas abundaron, y cuéntase que la

de Córdoba llegó á tener 600.000 volúmenes, si bien estos centros de cultura desaparecieron á la rapacidad de ordas como las de los almoravides, almohades y bereberes, que, periódicamente, invadían á España, siendo no pocas de aquéllas las que sirvieron de pasto á las llamas.

Sin embargo, los árabes no supieron fundar un verdadero estado, pues que entre ellos no tuvieron valor las cortes y demás instituciones políticas que dieron tanta superioridad á los cristianos, pudiéndose decir que sólo conseguía dominar el más fuerte ó el más feroz, aquél que coronaba las murallas de Córdoba con más cabezas cortadas. Sólo así se comprende que los pequeños estados cristianos que os he indicado esta noche resistieran aquellas avalanchas de guerreros y fueran debilitando constantemente sus dominios hasta arrancar en los muros de Granada el último girón de suelo patrio que aún conservaban en España en el siglo XV los hijos del profeta.

Y ya no digo más. En la próxima velada me ocuparé de los reyes que se sucedieron en León y vereis como; poco á poco, va agrandando sus límites este reino con las conquistas obtenidas por sus reyes.

Hasta mañana, pues.





Velada octava.

I. Reyes de León.—II. Bermudo II, Calatañazor y Fernando I.

Voy ahora, mis queridos niños, á seguir dandoos idea de los reyes de León. Aquí podeis fijaros como en este periodo, y en los sucesivos, predomina el sentimiento religioso de los cristianos á las demás ideas sociales. Sólo puede decirse que peleaban por Dios y para Dios, pues no de otro modo se explica el sinnúmero de prodigios atribuídos á los santos en las infinitas batallas libradas por moros y cristianos en esta época.

Así, pues, hemos visto aparecer en Clavijo al Apóstol Santiago, en un caballo blanco y fulmi-

nando la muerte entre los agarenos con su flamígera espada; San Millán hace su aparición en Simancas, dando uno de los triunfos más gloriosos á los cristianos, y otras mil preocupaciones superticiosas que en aquel tiempo existían, convierten al reino de León en un estado religioso, nunca en un reino político.

Merced á esto, el clero prepondera por cima de todas las clases sociales; se fundan multitud de iglesias y desde que el hombre era recibido por la pila bautismal, hasta despedirle del mundo de los vivos, todos los actos de su vida se veían sancionados por los sacerdotes.

Alentados por este *algo* divino los pueblos cristianos, se comprende que obtuvieron ventajas en aquella lucha tan gigantesca y desigual en que se necesitaba el esfuerzo de un brazo sobrenatural para vencer el empuje de los hijos de Agar.

Entro, después de haberos dado estas ligeras indicaciones, á seguir la sucesión cronológica de los reyes de León.

Como ya queda indicado en la velada sexta, á la muerte de D. García, sube al trono *Ordoño II*, que ya gobernaba en Galicia, uniendo así las coronas de este reino y de León. Coronado en esta última ciudad cree deber suyo pelear por la reconquista del suelo patrio.

El califato de Córdoba había llegado por entonces á su más alto grado de esplendor; pero, no

obstante, la fama de que se había rodeado, Abde-
rrahmán III, es derrotado en San Esteban de
Gormaz por el leonés que consigue un señalado
triumfo.

Fija su corte en León y pronto le pide auxi-
lio el navarro, cuyo reino era amenazado por el
emir de Zaragoza. Ordoño llama á la guerra á sus
gentes; pero la rota de Valdejunquera amarga el
triumfo de San Esteban de Gormaz. Irritado el
rey atribuye tal descalabro á no haber respondi-
do los condes de Castilla á su llamamiento, á los
cuales mandó quitar la vida.

Sorprendióle la muerte cuando aún podían
esperar mucho de él los cristianos, siendo aclamado rey su hermano *Fruela II*, apesar de dejar
aquel cuatro hijos de su mujer doña Elvira.

Como veis por esta erección de Fruela al tro-
no de León, la corona no era hereditaria y sí
electiva, cuando la menor edad podía ser un obs-
táculo para proseguir la reconquista de la patria.

De carácter déspota y cruel, se conquista el
odio de sus súbditos, hasta el punto de no reco-
nocer su autoridad los castellanos, que vuelven
á regirse por jueces, y muere bien pronto con-
sumido de inmunda lepra, siendo proclamado
su sobrino *Alfonso IV*, hijo mayor de Ordoño II.
Recogido de espíritu y más dispuesto á usar de
las prácticas religiosas que á esgrimir la espada,
se retira al monasterio de Sahagún, conociendo-

sele en la historia por este hecho con el sobrenombre de el *Monje*.

Síguele su hermano *Ramiro II*, el cual, emprende nuevas guerras contra los moros, siendo uno de sus primeros actos el tener que reducir á su hermano Alfonso, que, cansado de la vida monástica, volvió á reclamar la corona con ayuda de los hijos de D. Fruela.

La primera empresa que realiza Ramiro, es la toma de Madrid, donde los tercios segovianos se cubren de gloria asaltando los muros de la ciudad. Marcha luego en ayuda de Fernán González, y la batalla de *Osuna* es sonado triunfo para el leonés, destrozando completamente á los árabes. Estos predicán la guerra santa, pero Ramiro los encuentra cerca de *Simancas*, y nuevamente se declara la victoria por los cristianos. Restos agarenos llegan á los muros de Zamora y consiguen rendirla; mas noticioso Ramiro de tal sorpresa, vuelve sobre la plaza, y, después de obstinado sitio, cae en su poder, haciendo pagar cara á los musulmanes su conquista, por lo que se apresuran á ajustar la paz con el cristiano.

Véase, no obstante, interrumpida esta paz por la negativa de los condes de Castilla á rendir su misión á Ramiro, por lo que va contra ellos y los reduce á prisión.

La batalla de *Talavera* le da el último triunfo de su feliz reinado sobre los árabes, y vuelve á

León cargado de laureles, dedicándose en la paz á repoblar ciudades, dotar monasterios y llevar el bienestar á todos sus dominios, dejando el reino á su hijo *Ordoño III*.

Incapaz por sus cualidades para la gobernación del Estado, las cuales le valieron el dictado de el *Bueno*, no hizo nada que merezca consignarse, sucediéndole *Sancho I*, que á igual que el anterior, se preocupó bien poco de la reconquista y engrandecimiento de su reino.

Un hijo de Alfonso IV le disputa el trono, y, con ayuda del conde castellano, se cñe la corona de León *Ordoño el Malo*, que por este nombre le conoce la historia. *Sancho I* se refugia en Córdoba, pide protección al Califa y éste le ofrece un ejército con el cual, y ayudado por el rey de Navarra, se sienta por segunda vez en el trono.

Revuelto el reino con intestinas luchas, tiene el rey que dedicarse á reprimir desobediencias, y muere por fin envenenado por uno de sus más declarados enemigos.

Le sucede *Ramiro III*, bajo la tutela de doña Jimena y doña Elvira. Llega á su mayor edad, pero nada gana la monarquía leonesa en su corto reinado, pues dedicado á sofocar rebeliones promovidas por lo irascible de su carácter, es por último muerto en una batalla dada contra *Bermudo*, hijo de *Ordoño III*, á quien los gallegos habían proclamado.

II

Elevado al trono Bermudo II, empieza un reinado fecundo en acontecimientos.

Debilitados los cristianos por constantes luchas no se aperciben de los progresos del árabe. Hixem II, califa de Córdoba, reorganiza su desequilibrado imperio y surge de entre sus súbditos un esforzado caudillo, llamado *Almanzor*, que concibe la reconquista de la España cristiana.

Como alud furioso que no encuentra dique capaz á contenerle, empieza su propósito, y muy luego, caen en su poder Pamplona, Barcelona, Lugo, Viseo y mil plazas más. Los cristianos son arrollados en todos los encuentros y el soberbio árabe clava el pendón verde del Profeta en las más codiciadas ciudades, reduciendo el poder del rey de León casi á los estrechos límites de su nacimiento en Asturias.

Sobrecogidos de espanto los cristianos no osan hacerle frente, y Galicia, Castilla y Portugal son su presa, haciendo llevar en hombros á sus vencidos hasta Toledo las campanas de Santiago.

En esta situación vuelven los caudillos cristianos de su letargo; dejan á un lado sus discordias, y unidos el navarro y el leonés con los condes

de Castilla, buscan al hijo de Agar y le presentan batalla en la divisoria de León y Castilla.

Los dos ejércitos se miran y se temen, pero vueltos de su primer asombro, se arremeten con coraje. No se les oculta que juegan todos su reino en tan empeñada lucha y por eso rayan las dos partes, los unos en el heroísmo, los otros en temeridad. Indecisa por muchas horas la acción, empiezan por fin á ceder los mahometanos y consiguen castellanos, leoneses y navarros vengar la sangrienta derrota de *Valdejunquera* en *Catalañazor*.

Almanzor vé en una acción empañado el brillo de un sinnúmero de victorias, y no pudiendo sobrevivir á tal desastre, muere de dolor en *Medinaceli*.

De este modo retrocedió el poder musulmán en España á los límites en que le encontrara Almanzor, el guerrero, de quien los árabes no dieron paz á la mano contando sus azañas y proezas.

Muere Bermudo al poco tiempo de tan gran suceso, y los grandes llaman al trono á *Alfonso V*, designado en la historia con el nombre de el *Noble*.

Bajo la tutela de su madre Doña Elvira, empieza á regir, Alfonso V, el reino y declarado mayor de edad á los quince años, se dedicó á reedificar las ciudades cristianas hechas ruinas por el terrible brazo de Almanzor.

Deseoso de hacer guerra á los moros, puso sitio á Viseo, en donde murió atravesado por un dardo, sucediéndole su hijo, *Bermudo III*. Casado con la hermana de D. García, conde de Castilla, se hizo dueño de este territorio á la muerte de éste.

El rey de Navarra pretende apoderarse de León; pero antes de llegar á las manos los contendientes se arreglan las paces mediante el matrimonio de D. Fernando, hijo del navarro, con Doña Sancha, hermana de D. Bermudo, concediéndoles el título de reyes de Castilla.

No conforme el leonés con esta erección reclama, á la muerte del navarro, á Castilla; pero Fernando pide auxilio á su hermano D. García, y traban combate con D. Bermudo, el cual es muerto en la pelea, ciñendo la corona de León *D. Fernando*, por no dejar hijos el leonés y estar casado este último con la hermana de D. Bermudo, proclamándose rey de León y Castilla.

Terminaré por esta noche, mis queridos hijos, con algunas ideas acerca del reinado de D. Fernando y su hijo Sancho.

Dueño de las coronas de León y Castilla, pensó el primero de éstos formalmente en la reconquista de nuevos territorios; pero muy luego tuvo que desistir, pues su hermano, Sancho de Navarra, codicioso del reino de Fernando, con fútiles pretextos le declara la guerra. En vano

Fernando procura la paz por medio de emisarios; Sancho no los escucha y los campos de *Atapuerca* son el sitio donde se dirime la cuestión por medio de las armas.

El temerario Sancho es muerto en esta batalla, y libre el rey castellano lleva sus armas contra la morisma.

Pasa á la Lusitania y rinde á Viseo, Coimbra y otras plazas, por lo que, y temerosos los reyes infieles al ver tan fáciles conquistas, se ofrecen tributarios los de Toledo, Zaragoza y Sevilla.

Si dió muestras de ser buen capitán, no fué peor político, pues tuvo ocasión en tiempo de paz de restaurar varias ciudades y reunir cortes de donde emanaban sabias disposiciones que eran acogidas por el pueblo con verdadero afecto, pues siempre vieron en Fernando un rey digno y prudente, amante de su grey y dispuesto á engrandecer su estado á costa del territorio ocupado por el árabe.

Habreis observado como varios reinos mahometanos se rinden antes de que el rey cristiano hubiera determinado llevar sus armas á aquellas tierras, denunciando con esto el gran estado de impotencia en que se encontraban ya para hacer frente al pujante brazo de los cristianos.

En efecto, en *Calatañazor* puede considerarse hundido el Califato de Córdoba, pues aunque después de Almanzor fueran aún varios los cali-

fas que se sucedieron, fijándonos un poco, veremos que no es ya el Califato de la grandeza sino el de los crímenes. Las pasiones se desbordan de tal modo, las luchas interiores desgarran con tal fiera la purpúrea túnica, los instintos crueles á que tienen que recurrir los sucesores de Almanzor para asegurar la corona, son tantos, que todo ello contribuyó á que se desmoronara el imperio más grande que los árabes tuvieron en el mundo, el más floreciente que supieron crear, merced al roce continuo con los cristianos, y bien podemos asegurar que, á trueque de la magnificencia y esplendor que siempre pudo respirarse en la bella Córdoba, hedor de sangre trascendía por sus calles y crímenes horribles marcaban los pasos de sus califas, antecedentes, seguros de terribles convulsiones y desquiciamiento.

De ahí esa segregación que se observa ya en el reinado de Fernando I de Castilla; de ahí que no considerándose capaces de poder resistir al castellano, imploran clemencia y se vean relegados á arrastrar, lo mismo Sevilla que Toledo, Zaragoza que Valencia y Granada, una vida pobre y miserable, conciliando alianzas con los reinos cristianos para su sostenimiento y sintiéndose sólo con alientos para destrozarse los unos á los otros.

Voy á terminar por esta noche, queridos hijos, dándoos noticia de la grave falta política que

Fernando I, á quien la historia ha confirmado con el sobrenombre de el *Grande*, cometió, dividiendo su reino entre sus hijos, falta que oscureció mucho su feliz reinado.

Es tanto más de extrañar esta falta, si tenemos en cuenta que ya pudo observar el inconveniente y las fatales consecuencias que traían consigo tales repartos, siendo germen de luchas intestinas que retrasaban la reconquista de la patria y marcaban grandes divisiones en los dominios cristianos. No obstante esto, Fernando al morir, dejó, á su hijo Sancho, el reino de Castilla; á Alfonso, León; á García, Galicia, y las ciudades de Zamora y Toro, á sus hijas Doña Urraca y Doña Elvira.

Creyéndose *Sancho* despojado de lo que en derecho le pertenecía, se propone unificar otra vez el reino de su padre y marcha sobre León uniéndole á su corona, huyendo D. Alfonso hasta Toledo donde encontró amable hospitalidad en su rey; hace otro tanto con Galicia, yendo D. García á refugiarse á Sevilla, y quita el señorío de Toro á Doña Elvira.

Sólo le resta Zamora y la pone sitio; pero engañado por un supuesto desertor de la plaza, llamado Vellido Dolfos, le da éste muerte de una puñalada, en los mismos muros de la ciudad, á tiempo que le hacía concebir el punto por donde fácilmente podía tomarla.

Mañana seguiré, hijos míos, con el reinado del sexto Alfonso y sucesivos monarcas, seguro de que os ha de inspirar de cada vez más interés el estudio patrio, pues vereis aparecer figuras como la del Cid, Alfonso VIII y Guzmán el Bueno, que son los tipos clásicos de la hidalguía y de la caballeridad castellana.





Velada novena.



I. Alfonso VI y el Cid.—Alfonso VII.—II. Cultura social.

En tanto el Cid, que así se le conoció al héroe castellano de Santa Gadea, pelea por su cuenta y vence á los árabes en todas sus campañas. En Valencia y se apodera también de tres plazas de Aragón. En tanto que el Cid, que así se le conoció al héroe castellano de Santa Gadea, pelea por su cuenta y vence á los árabes en todas sus campañas. En Valencia y se apodera también de tres plazas de Aragón.

En la velada anterior, ya recordareis como terminó su reinado bajo los muros de Zamora, el ambicioso Sancho II, hijo mayor de Fernando I, por lo que su hermano *Alfonso* sale de su destierro de Toledo y viene á ceñirse la corona de León y de Castilla; mas la nobleza castellana se opone á que esto se verifique si no jura antes no haber tenido parte en el asesinato de su hermano Sancho.

Por entonces distinguíase entre los capitanes castellanos uno conocido con el nombre de

Rodrigo Diaz de Vivar, el cual exige en la iglesia de Santa Gadea de Burgos, á Alfonso, que jure sobre los Evangelios no haberse mezclado en la muerte de su hermano, juramento que presta Alfonso ante la nobleza castellana que acto seguido le reconoce como rey con el nombre de Alfonso VI.

Dueño del trono, reduce á prisión á su hermano D. García, que reclamaba el reino de Galicia é irritado contra Rodrigo Diaz por haber tenido valor de exigirle juramento, le destierra de sus dominios y emprende él, unido al rey de Toledo, la guerra contra Sevilla, llegando hasta los muros de Tarifa.

En tanto el *Cid*, que así se le conoció al héroe castellano de Santa Gadea, pelea por su cuenta y vence á los árabes en todos sus encuentros, llega á Valencia y se apodera también de este importante reino, y los reyes cristianos y moros buscan alianzas con él, temerosos de que aquel brazo de hierro pudiera derrocar el trono donde se asentaban.

Alfonso VI concibe el proyecto de posesionarse de Toledo, pero no emprende tal empresa siendo rey Al-Mamún, aquél que le había dado generosa hospitalidad. Muerto éste, predica una cruzada para la conquista de tal plaza y de todas las naciones acuden caballeros deseosos de probar su valor y pujanza en tan gran empresa.

Mucho se resiste el árabe; pero sólo, y abandonado de todos los reyes moros, propone á Alfonso varias veces condiciones de paz. El castellano sólo quiere la posesión de la ciudad, y por fin, el 25 de Mayo de 1085, entra en Toledo y clava el pendón morado de Castilla en los más altos minaretes de la corte de los reyes godos.

Asustados los árabes ante las victoriosas correrías de los cristianos llamaron en su auxilio á los *Almoravides*, raza que procediendo del Yemen habitaba las costas septentrionales de Africa, y que al mando de Yussuf, pisan á España y se apoderan de los debilitados y caducos reinos árabes, consiguiendo hacer uno sólo, aunque nunca llegaron á formar un imperio.

Alfonso VI llama en su ayuda al rey de Navarra, al conde de Barcelona y al Cid, y busca al árabe. Los campos de *Zalaca* son el teatro donde se libra una de las batallas más grandes y sangrientas que conoce la historia y allí quedan los cristianos completamente derrotados. El *Cid* que había vuelto á la gracia del rey, se enemista otra vez, pues éste quiere ver en su ausencia de tal batalla la causa de su derrota.

Muerto Yussuf, su sucesor Alí, vuelve sobre los cristianos y Alfonso manda á su hijo Sancho, acompañado de siete condes, con un poderoso ejército al encuentro del musulmán. Se avistan en *Uclés* y la suerte decide la acción otra vez en

favor de los árabes, encontrando la muerte en tal batalla D. Sancho y los siete condes, por lo que se ha llamado á esta batalla la de los *Siete condes*.

Apesadumbrado Alfonso por tantos descabros, murió al año siguiente, dejando dos hijas una de las cuales, Doña Urraca, casada con Alfonso el Batallador, rey de Aragón y Navarra.

Antes de Alfonso muere también el Cid, apenado por una derrota de su ejército, aquel brazo poderoso émulo de Almanzor que llegó á poseer tantos pueblos que sus rentas igualaban á las del rey, y tan fiel á éste, que á pesar de los vejámenes de que le hizo objeto Alfonso en su reinado, siempre estuvo dispuesto á ayudarle, conquistando las ciudades para el rey de Castilla, virtudes que no supo agradecer nunca Alfonso. Después de su muerte, su esposa doña Gimena, se resistió en Valencia; pero al fin rindió la plaza saliendo de ella luego de haberla puesto fuego, dando sepultura al cuerpo de el esforzado campeón que compartió con ella los días de su vida en el monasterio de *Cardeña*, y muriendo ella á los dos años.

Voy ahora á indicaros uno de los reinados más fatales para España en la Edad Media. Este fué el de Doña Urraca.

Unidas las coronas de Castilla y León con las de Aragón y Navarra, mucho podía esperar la causa cristiana de tal suma de fuerzas; pero muy

luego se hechó por tierra tal esperanza ante las disensiones de los reyes cónyuges.

No he de tratar yo de puntualizar, cual pretenden muchos historiadores, dónde ó en quién radicaba la causa de tal desavenencia; lo cierto es que, llegó á tal extremo la incompatibilidad de caracteres, que muy luego se separaron, confirmando tal separación el papa, no sin antes haber venido á las manos castellanos y aragoneses.

Los castellanos proclaman rey á D. Alfonso, hijo de Doña Urraca, habido con su primer marido Raimundo de Borgoña, mas no por esto cesan los disturbios que sólo hallaron fin á la muerte de Doña Urraca, quedando como único rey *Alfonso VII*, empezando á regir á Castilla la casa de Borgoña.

Los primeros pasos del nuevo monarca se encaminaron á consolidar la paz con el rey de Aragón, ahogando después las disensiones de su reino. Hecho esto, volvió la vista hacia los territorios árabes y vió los progresos realizados por éstos los cuales habían llegado á posesionarse de Guadalajara, deteniéndose ante los muros de Toledo cuya ciudad opuso grande resistencia. Organiza su ejército y recorre varias comarcas, haciéndose dueño de Baeza, Andújar y Almería, y sometiendo al emir de Zaragoza á su obediencia. Todos los monarcas le reconocen superior, y, cual sino fuera bastante este reconocimiento, se corona

emperador en Toledo, título que le otorgó Inocencio II, papa, en cuyo acto se pudo observar el lujo y la majestad de la corte de Castilla ya en aquel tiempo.

Vuelve á sus correrías y resta nuevos dominios á los árabes, intentando también posesionarse de Navarra, lo cual no pudo conseguir apesar de haberle ayudado en tal empresa Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.

Invadida la Península por una nueva secta llamada de los *Almohades*, batiólos en diferentes puntos; pero no pudo evitar la pérdida de Almería, pues una fiebre le llevó al sepulcro llenando de luto al pueblo castellano que vió en *Alfonso VII, el Emperador*, uno de sus más insignes monarcas.

II

Permitidme que para terminar esta noche, vuelva la vista atrás y os diga algo de la constitución política y social de España en los reinados que os he enunciado.

El estado llano da un paso más en el camino de su nivelación social, y por medio de fueros concedidos por los reyes y los señores, llegaron á igualarse, en lo civil, moros, cristianos y judíos, pudiendo los vasallos elegir señor por sí propios.

El feudalismo que avasallaba por entonces todas las naciones de Europa, podemos asegurar que no llegó á dominar en España con tan señalados caracteres, sin que por esto dejemos de entreveer cómo por este tiempo nace aquella prepotencia de la nobleza que llegó á turbar después con sus revueltas, la marcha del Estado, poniendo en grave aprieto á los reyes, que tenían que recurrir á medios enérgicos y á veces á castigos ejemplares para contener aquellas nacientes sediciones.

Las costumbres sufrieron en esta época una gran transformación debido á la influencia del clero y á las sabias disposiciones de los reyes, cortes y concilios que por entonces fueron bien frecuentes. Se difundió la enseñanza por medio de los clérigos, que llegaron á ser los únicos maestros, y este gran servicio que prestaban, unido á la fe y decisión con que ayudaban al poder real en las guerras, llegaron á darles cierta prepotencia á que se hicieron muy acreedores por sus envidiables dotes de ilustración y saber. Se administró justicia por los mismos reyes, haciendo Alfonso VI y Alfonso VII viajes á grandes distancias con objeto de castigar á los que injustamente vejaban á los vasallos. La seguridad individual llegó hasta el extremo de que una sola mujer podía atravesar la Península sin miedo á ser sorprendida por nadie.

Las artes, también, alcanzan en esta época álgido periodo, sufriendo la *arquitectura* profunda transformación.

Dos órdenes se conocen en este tiempo. En los numerosos monumentos que esparcidos por la Península dan idea de aquella febril actividad, se descubre primero el estilo *ojival*, confundido con el *árabe*, dando origen al *mudéjar*. También se empleó el llamado de *transición*, construyéndose infinitos templos, donde podemos contemplar la bellísima combinación de los estilos *románico* y *gótico*.

Los diversos extranjeros que afluyeron á Toledo después de su conquista establecieron una especie de pugilato artístico entre árabes y cristianos. De aquí que se trabajaran con bastante perfección la seda, la madera y otras materias. Se formó el *gremio* de *plateros* bajo la advocación de San Eloy, quedando como recuerdo de tan floreciente época, el altar de la catedral de Gerona, que es de alabastro cubierto de labor de plata; el cáliz de oro y piedras preciosas de San Isidoro de León y otros muchos trabajos de reconocido mérito y delicado gusto.

La *escultura* también se desarrolló, como complemento de la *arquitectura*, siendo sus mejores obras el Cristo que se conserva, en el museo arqueológico, de Fernando I.

En el arte de la guerra el progreso fué muy

acentuado. Cataluña fomentó las *construcciones navales* y no solamente hizo, valido de esto, guerra á los moros, sino que sirvió para llevar nuestra influencia á Italia. También Castilla trajo genoveses y pisanos con objeto de construir una escuadra, y llegó á poseerla tan brillante que muy luego paseó su pendón morado por los mares infundiendo respeto.

El *ejército* se componía de una parte regular pagada por la corona, y en tiempo de guerra, los señores obispos, abades y monasterios con jurisdicción aportaban sus mesnadas. Alfonso VI empleó en el sitio de Toledo un tren de artillería asombroso. Se inventaron torres de madera capaces para cientos de ballesteros, desde las cuales hacían mortífero fuego, y otras muchas máquinas que servían para escalar las ciudades.

El espíritu religioso llegó á dominar de tal modo en aquella sociedad, que en todo parecía ver anuncios divinos. A esto contribuyó mucho la aparición de las imágenes ocultas por los cristianos á la entrada de los árabes y que poco á poco iban descubriéndose. De todos modos la tradición refiere que San Isidoro se apareció á San Alvito diciéndole que trasladara su cuerpo á León; que el caballo de Alfonso VI se arrodilló al entrar en Toledo y en el sitio donde hoy está el Cristo de la Luz, y que el muro en que estaba

sepultada la virgen de la Almodena se abrió al entrar el mismo rey en Madrid.

Cuéntanse leyendas como la de los siete infantes de Lara; las que se atribuyen á hechos realizados por el Cid, y la de la célebre campana de Huesca, en que se refiere que irritado Ramiro el Monje de Aragón contra los nobles, los llamó á su palacio, y cuando estuvieron reunidos, les participó el empeño que tenía de hacer una gran campana con sus cabezas, hecho que dicen llevó á cabo en el acto, colgándolas de ganchos preparados al efecto en uno de los sótanos de su palacio.

No me cansaría de narraros hechos de esta naturaleza, pues por una parte el fanatismo religioso de aquel pueblo, que iba tomando carácter nacional, por otro las costumbres caballerescas que por entonces empezaban á manifestarse en la nobleza, daban pábulo bastante á que se fingieran quimeras y episodios que han pasado á la posteridad con visos de certidumbre, pero que no dejaremos de reconocer fueron corolarios precisos del estado naciente de una sociedad que en tal medio vivía.

Hasta mañana, hijos míos.





Velada décima.

- I. Reyes de Castilla y León hasta su completa unión.
—II. San Fernando, Alfonso el Sabio y Sancho el Bravo.—III. Cultura social.

Un rey que tan bien había regido los destinos del Estado en su glorioso reinado, tuvo á su muerte la gran falta de dividir el reino, división que motivó discordias entre sus hijos y debilitó grandemente el poder cristiano cuando tanto necesitaba robustecerse para hacer frente á la morisma y perseguir la reconquista de la patria.

Alfonso VII el Emperador, dejó el reino de León y Galicia á su hijo *Fernando*, y á *Sancho* le instituyó como soberano de Castilla.

Serias disensiones surgieron entre ambos hermanos por aspirar los dos á soldar en una los pedazos en que torpemente había su padre partido la imperial corona, disensiones que terminaron con el fraternal abrazo de Sahagún, que confirmó á cada uno en su reino.

Veamos la historia de estos divididos estados hasta su definitiva unión verificada en la persona de *Fernando III*.

Sube al trono de Castilla Sancho, llamado el *Deseado*, y breves días disfruta el brillo de la ya importante diadema que heredara de su padre, sucediéndole su hijo *Alfonso VIII*, el que contaba, al morir aquél, tres años de edad.

En doce años que duró la minoría de D. Alfonso, fué víctima Castilla de las ambiciones de los nobles que aspiraban á regir, en concepto de tutores y gobernadores del reino, los destinos del país. Las familias de los Laras y los Castros usurpan derechos que no les corresponden y ponen en violenta conmoción el reino, sembrando rencores y odios que hicieron gemir á Castilla por este tiempo en constantes luchas de partidos y bandos los cuales traían al rey secuestrado de pueblo en pueblo.

Por fin, Alfonso, entra en su mayoría, y, casado con Leonor, hija del rey de Inglaterra, da comienzo á su feliz reinado.

Su primer cuidado fué arrancar al de Nava-

rra las plazas de que se había apoderado durante su minoría, y tan luego como lo hubo conseguido, piensa en la reconquista y dirige sus armas contra Cuenca, la que hace suya después de obstinado sitio; devasta gran parte de Andalucía y se apodera del reino de Murcia, lanzando desde Algeciras aquel famoso cartel de desafío al emperador de Marruecos, Yussuf, quien predicó la guerra santa en su imperio y encendió la sangre de sus atezadas kábilas pasando el estrecho con un ejército tan numeroso como las arenas del mar.

Cerca de *Alarcos* se avista Alfonso con los *Almohades*, y aunque la prudencia le aconsejaba no empeñar el combate hasta contar con fuerzas necesarias, su intrépido carácter no le permite esperar y hace frente á aquella poderosa falange de guerreros con sus reducidas tropas, siendo por completo derrotado en esta infausta jornada, donde dejó tendidos en el campo veinte mil cadáveres de cristianos.

No le acobarda, sin embargo, al animoso y valiente Alfonso tan tremendo revés. Llama en su auxilio á los reyes de Navarra, León, Portugal y Aragón; muchos caballeros de Francia, Italia y Alemania acuden al llamamiento del papa, que predica una cruzada para vengar la derrota de Alarcos, y pronto el ejército cristiano busca al numeroso que presentaban los Almohades, mandados por Yussuf.

Atraviesa Alfonso Sierra Morena y se avista con el enemigo en la meseta de las *Navas de Tolosa* donde tiene lugar, el 16 de Julio de 1212, la memorable batalla de tal nombre. Empéñase ésta con encarnizamiento por ambas partes, sosteniéndose por largo tiempo indeciso el triunfo, hasta que rota la línea enemiga por su centro y partido en dos el ejército musulmán, doscientas mil cabezas agarenas rodando por el suelo pregonan que el laurel de la victoria había caído al fin en el campo cristiano, y la Iglesia, desde entonces, conmemora tan notable fecha el 16 de Julio, con el nombre de *Triunfo de la Santa Cruz*.

No fió Alfonso en sus victorias, y, después de ligero descanso, se propone llevar á cabo una nueva campaña contra la morisma; pero murió en estos preparativos legando á su hijo, Enrique I, un brillante trono y un nombre imperecedero á la posteridad, que le conoce en la historia con el de Alfonso, *el de las Navas*.

Otra minoría y otro periodo de turbulencias amenazan á Castilla en el reinado de Enrique I. La Providencia, no obstante, lo dispuso de otro modo y cuando las ambiciosas familias de los Laras y de los Castros comenzaban á conmover el reino con sus africanos rencores de bandos, la muerte del rey niño habida en Burgos, á consecuencia del golpe de una teja, trastornó sus planes y la dirección de la cosa pública pasó á manos

de Doña Berenguela, que casada con Alfonso IX de León, renunció la corona en su hijo Fernando.

Volvamos, por un momento, la vista al reino de León, desde su separación de Castilla, y narremos sus hechos importantes hasta que volvió á unirse á ésta.

Al heredar el trono Fernando II tiene que hacer la guerra al rey de Portugal, Alfonso Enríquez, que pretendía extender sus dominios por tierra de León. El leonés le ataca y no sólo le derrota sino que le hace prisionero, dándole después generosa libertad y reintegrándole á su reino. Hizo también algunas correrías en tierra de moros, y dejó el trono, al morir, á su hijo Alfonso IX, el que cometió la grave falta de enemistarse con Castilla, formando parte de varias coaliciones en contra de su primo Alfonso VIII, hasta que casó con Doña Berenguela, hija del rey castellano. Conquistó algunas plazas al árabe y deseoso siempre de los dominios de Castilla, peleó contra su hijo Fernando, cuando por renuncia de su madre Doña Berenguela heredó éste la corona que dejó vacante Enrique I.

Nada más de importancia puede mencionarse de los reinados que provocó la escisión hecha por Alfonso VII, el Emperador, y, unificada otra vez la corona que aquel gran rey ciñó, en las sienes de Fernando III, que heredó Castilla como dejó dicho, y el reino de León, por muerte de su pa-

dre el noveno Alfonso, comienza una época gloriosa para la España cristiana, y la reconquista recobra tal impulso, que bien podría decirse que este monarca fué el que abrió decididamente el camino para que más tarde los Católicos Reyes clavaran en la Alhambra el lábaro santo de la Cruz.

II

Fué Fernando tan hábil político como esforzado capitán; por eso, tan luego como subió al trono, su primer acto fué pacificar las revueltas de su reino, con prudencia algunas veces, con energía muchas de ellas, para dedicarse más tarde á la guerra con los árabes, pensamiento que absorbía toda su atención. Tala y devasta gran parte de Andalucía y la torva cimitarra ve arrancar de sus posesiones las hermosas plazas de Baeza, Martos, Andújar y otras muchas. El reino de Murcia es conquistado por su hijo Alfonso, y el de Granada se hace tributario suyo, solicitando el apoyo del brazo de Fernando para poder sostener su vacilante trono.

Las conquistas de Córdoba y Sevilla son sin duda las más brillantes páginas de la historia militar de este rey, y la Giralda que se levanta á orillas del Guadalquivir cual queriendo escalar el

cielo con su afilada torre, como la celebrada mezquita, orgullo de los califas de Occidente y verdadera joya del arte árabe, ambas vieron flotar sobre los aires el pendón de San Fernando, y, purificadas de las profanas ceremonias musulnicas, fueron consagradas al servicio del Dios de los cristianos, en este feliz reinado.

Dueño de casi toda la Andalucía, su entusiasmo religioso le lleva á emprender nuevas empresas; pero cuando se disponía á pasar al Africa á proseguir sus conquistas, le sorprende la muerte, sumiendo en el más profundo dolor á todo el reino que conoció bien pronto la grandeza de aquel rey, al que ya en vida llamó *San Fernando*, dictado que confirmó luego la Iglesia colocándole en sus altares.

Después de reinado tan feliz en acontecimientos dichosos la obra de la reconquista española parecía cosa de un momento, y, efectivamente, esto hubiera sido á haber heredado el décimo Alfonso con la corona esplendente que le legó el santo rey, su padre, las envidiables dotes para gobernar que le distinguieron. No fué así, por desgracia, y aunque Alfonso X, convenientemente educado por su prudente padre, tenía abierto delante de él el libro hermoso del anterior reinado, fué incapaz, apesar de su sabiduría, para regir á Castilla. Débil hasta rayar en la humillación, irresoluto cuando era preciso mucha energía para

sujetar á aquella turbulenta nobleza que aspiraba siempre á crear un poder en competencia con el de la corona, estas fueron las características de Don Alfonso X, y si es verdad que como sabio supo anticiparse algunos siglos y fué muy superior á su época hasta hacerse acreedor á tal renombre, fué, como rey, sólo funesto para la gobernación del Estado, probando que un hombre de ciencia puede, no obstante su saber, ser inepto para regir pueblos.

Vamos, ahora, á dar idea del reinado de este rey y quedará suficientemente demostrado el juicio que nos merece.

Una de las causas que más influyeron en el desprestigio de Alfonso fué su continua pretensión al imperio de Alemania, pretensión que le distrajo de los asuntos propios, debilitando energías y recursos que necesitaba para proseguir la obra tan felizmente impulsada por su padre, pues luego de varias tentativas tuvo que renunciar á sus derechos por la irresistible oposición que encontró siempre en el papa Gregorio X, y, en tanto que el rey sabio prestaba toda su atención á la herencia del imperio alemán, los moros hacían correrías por sus estados y le tomaban plazas, arrasando campos y ciudades.

No era ésta la única desgracia que afligía al reino, debida á la falta de condiciones de la real persona para gobernar.

Los nobles exigieronle ciertas concesiones, que se apresuró á otorgar, pero aquella insaciable nobleza, á cuyo frente se puso Nuño de Lara, no se conformó. En estas condiciones marcha Alfonso á Alemania á sostener en persona sus pretensiones y deja encargado el reino á su primogénito, D. Fernando de la Cerda, con potestad suficiente para otorgar á los descontentadizos revoltosos lo que pretendían, humillando así el poder de la corona á los caprichos de la nobleza. Poderoso ejército invade las playas españolas al mando de Yussuf, emperador de Marruecos; salen á su encuentro el de la Cerda y el de Lara pero aunque pelean sus soldados como leones, son derrotados muriendo ambos en la campaña.

Vuelve Alfonso á hacerse cargo del reino, y su primer acto fué ceder de nuevo á las exigencias de los nobles que le pidieron, en las Cortes de Segovia, fuese declarado heredero su hijo Sancho, declaración que anulaba el código de las Partidas, cuyas leyes daban el derecho á los hijos de D. Fernando de la Cerda, derecho que defendieron su madre Doña Blanca, la reina abuela Doña Violante y los reyes de Aragón y Francia, tío este último de los infantes de la Cerda.

Débil en todas sus resoluciones cede á la presión del partido que defendía los derechos de los desheredados infantes, y divide el reino entre su hijo Sancho y sus nietos, dando lugar á una serie

de revueltas que ponen en grave aprieto su autoridad real, pues hecho fuerte D. Sancho, que no entraba en acomodamientos de este género, tuvo Alfonso que retirarse á Sevilla, donde revocó de nuevo el testamento, hasta que de una manera miserable, abandonado de su familia y desprestigiado ante sus vasallos murió, dejando, como última voluntad, heredero de su trono á D. Sancho, y legando al infante D. Juan los reinos de Sevilla y Badajoz, creando así el gérmen de nuevos disgustos para el porvenir.

De hecho ocupó el trono Sancho IV, apellidado el *Bravo*, y su reinado se desliza entre las revueltas y disensiones de los bandos que por entonces perturbaban á Castilla.

Por una parte, los infantes de la Cerda quisieron hacer valer sus derechos, motivando levantamientos de ciudades como Talavera y Badajoz, que fueron reprimidos con excesiva crueldad por parte del rey; por otro, el hermano de éste, D. Juan, pretendía afirmar sus derechos al reino de Sevilla en virtud del testamento paterno; pero Sancho no cede ante ninguno, y, guerrero como se había manifestado, supo sostener su autoridad en medio de tantas convulsiones como agitaban su trono, convulsiones inspiradas la mayoría por aquella nobleza á quien debía el manto real, pero á quien supo tener á raya hasta su muerte valido de su enérgico carácter, para gobernar.

Un hecho he de dar á conocer de este reino que es digno de admiración, en el cual se retrata, por un lado, la sublime lealtad, y por otro, una monstruosa cobardía.

Sancho el Bravo había conquistado á Tarifa del poder agareno, y encargó la defensa de la plaza á Guzmán. El infante D. Juan, auxiliado por el rey de Marruecos, puso sitio á Tarifa y apoderóse de un hijo de Guzmán que había sido trasladado á un pueblo próximo para librarle de los rigores de la guerra. Enseña al padre aquel pedazo de su corazón y ofrece sacrificarle si no rinde la plaza, queriendo conseguir con esta cobardía lo que no podía realizar con la pujanza de su brazo; pero Guzmán ahoga en su pecho los gritos de dolor lanzados por un corazón padre, y atento al llamamiento que le hace su alma de caballero, arroja el puñal y dice aquellas célebres palabras de abnegación sublime y sin ejemplo en la historia: *si no tuvieras acero conque degollar á ese hijo que á Dios debo, ahí va el mío antes que rendir la plaza que tengo por mi rey*; y, en efecto, aquella angelical cabeza fué segada bárbaramente y arrojada á la plaza por una catapulta, sirviendo para aumentar el dolor del padre y la fortaleza de los defensores, los que demostraron más empeño en su defensa, lo cual, visto por los sitiadores, levantaron el cerco, concediendo el rey á su fiel servidor el título de *Bueno*, con que le conoce la historia.

Sancho IV murió poco después, dejando el trono á su hijo Fernando, habido con Doña María de Molina, y dejó su historia para mañana, terminando por esta noche con daros alguna noticia de los progresos realizados por Castilla y León en estos últimos reinados que nos han ocupado.

III

Claras manifestaciones de progreso nos encontramos al reflexionar sobre los anteriores reinados.

Desde luego se caracterizan por la prepotencia que alcanzaron el clero y la nobleza, turbulenta y ambiciosa ésta, fuerte aquél, vistiendo bajo el capisayo clerical la armadura guerrera.

Políticamente el Estado avanza en su constitución dándole gran impulso Fernando III con sabias y prudentes disposiciones, y si bien es verdad que en reinados como los de Alfonso X y Sancho IV, los disturbios de la nobleza hubieran podido agostar toda iniciativa de mejora, el pueblo, que comprendía sus intereses, no se dejó arrastrar por las ambiciones de los insaciables nobles, y encaminó sus pasos á constituirse con bases sólidas y estables, fundamentando en las Cortes, á las que dieron gran impulso San Fer-

nando y el décimo Alfonso, la base de la política moderna.

Con la importancia de las Cortes y la creación de doce consejeros nombrados por San Fernando para que inspirasen á la corona en los asuntos graves, se elevó el nivel político del país, mucho más cuando la clase media, ó estado llano, tuvo por esta época, acceso á los consejos reales y constitución de las Cortes.

Lo mismo Alfonso VIII que Fernando el Santo, como Alfonso el Sabio se propusieron hacer un verdadero cuerpo legislativo, hecho que llevó á término este último rey, después de haber mandado publicar San Fernando el *Fuero juzgo*.

En efecto; Alfonso X publicó su famoso código de las *Siete partidas*, tan completo y de tan elevada doctrina jurídica, que hoy día es admirado y no ha podido igualarle ninguna obra de su género, por lo que se dice que tal monumento se anticipó algunos siglos á su época.

Las letras encontraron grandes mantenedores en reyes como San Fernando y Alfonso IX de León, los que fundaron las universidades de Valladolid y Salamanca, creando el rey Sabio los estudios de Sevilla y Sancho el Bravo los de Alcalá, é inmortalizando el primero de estos dos últimos su nombre con obras como las *Cántigas á la Virgen*, las *Querellas* y su *Crónica general de España*.

Las *ciencias* hallan en Alfonso X un asombroso talento para el feliz resultado de sus investigaciones y son redactadas las *tablas astronómicas* que en el día se consultan aún por los que al estudio del *Cosmos* dedican sus especiales disposiciones.

A tal adelantamiento en los conocimientos humanos responde una notable mejora en las costumbres públicas, dulcificándose las bárbaras enseñanzas de la guerra, haciéndose más humana, y cundiendo la moralidad en las masas.

Las *industrias* fomentan sus producciones formándose los gremios de tejedores, carpinteros, herreros, etc.; la piedra se perfecciona para la arquitectura y adquieren gran impulso las construcciones navales, como lo prueba el incremento que ya tenía la marina en tiempo de San Francisco el que dispuso de una numerosa escuadra para la toma de Sevilla, salida de los astilleros nacionales.

Las *bellas artes* son también dignas de estudio en esta época. Adquiere un desarrollo fabuloso la *escultura* prodigándose la estatuaria, adornándose los sepulcros con innumerables figuras, siendo un verdadero modelo el de Doña Berenguela, en las Huelgas de Burgos.

En *arquitectura*, predominó el gusto *ojival*, aunque no faltaran ejemplares del más puro estilo *gótico*, como lo prueba la soberbia catedral de

Toledo, afligranado monumento levantado con los ojos puestos en la inmortalidad, y cuya primera piedra fué colocada por Fernando III.

El *ejército* y la *marina* van mereciendo el nombre de tales. Disciplinadas las milicias municipales forman con las tropas reales verdaderos cuerpos de tropas cuyos mandos da el rey. La necesidad de una marina de guerra se dejó sentir desde el reinado de Alfonso VIII, pero encontró en el de Fernando III un instigador incansable en Ramón Bonifaz, quien en breve tiempo construyó una armada, derrotó á los moros en varios encuentros y contribuyó grandemente, desde el Guadalquivir, á la conquista de Sevilla.

Doy con esto por terminada la conferencia de esta noche, prometiéndooos para mañana seguir la cronología de los reyes de Castilla del siglo XIV, en el que hay reinados que ciertamente han de interesaros bastante.

Hasta mañana, hijos míos.



Todas las diligencias mencionadas levantadas con los ojos puestos en la inutilidad y cuyo fin merecía las reprobaciones por Fernando III.

El primer y el mayor con respecto al nombre de Jaime, distinguiéndose las milicias militares formadas con las tropas reales y eruditas de otros de tropas muy mandadas desde 1277. La necesidad de una guerra de guerra se dejó sentir hasta el tratado de Alcañices VIII pero en consecuencia en el de Alcañices III un castigo por incumplimiento en la guerra para ser el primer tiempo en la guerra de Jaime, a los moros en un tiempo muy grande, de modo a los moros en varias ocasiones y con el fin de trasladarse desde el Guadalequivir a la comarca de Sevilla. Hoy con esto por la guerra la comarca de esta noble provincia por haberse en la cronología de los reyes de Castilla del siglo XIV en el que hay reinos que ciertamente han de interesar bastante.

Hasta mañana, Dios mio





Velada undécima.



I. Fernando IV.—II. Alfonso XI.—III. Pedro I, el Cruel.
Enrique II y Juan I.—IV. Cultura social.

I

Las turbulentas minorías de Alfonso VIII y Enrique I habidas en el siglo XIII, como tuve ocasión de presentaros anoche, se reproducen en los reinados de Fernando IV y Alonso XI, en el siglo XIV, con caracteres idénticos y llevando tras sí los mismos trastornos, promovidos por las ambiciones y los deseos desmesurados de mando.

Por otra parte, las repugnantes escenas del Califato vuelven á asomar en plena Edad Media, y en un estado como el de Castilla, que era sin

duda el más culto que por entonces existía en la extensa Europa, miles de cabezas, sañudamente cercenadas, adornan las puertas de las ciudades, ni más ni menos que si por aquellos tiempos la déspota figura del califa de Damasco ciñera la áurea diadema de San Fernando.

Señálase también este periodo histórico por un abominable fratricidio, valido del cual, ciñe la corona un bastardo, y con tales hechos, es claro que la causa de la civilización y de la unidad patria padece grandemente, y sólo cuando la amenaza de una nueva invasión y conquista asoma por el Estrecho, vuelven los reinos á compenetrarse haciendo frente al enemigo común y deshaciendo por completo el poder sarraceno en las orillas del Salado.

Hagamos, pues, historia, hijos míos.

Nueve años contaba Fernando IV cuando muerto su padre, Sancho el Bravo, heredó el trono de Castilla. Nueva minoría y nuevos escándalos promueven aquellas insaciabiles familias de los Castros, Laras y Cerdas. El infante D. Enrique consigue por medios violentos que le nombren regente del reino para unirse después á los descontentos nobles, y á tal extremo llegó la anarquía que se apoderó de aquel Estado, que ayudados los alborotadores por Francia y Aragón llegaron á repartirse el reino; reparto que se hubiera llevado á término sino hubiese surgido en

el campo de la política la grave figura de doña María de Molina, madre de Fernando.

En efecto, comprende esta señora la vacilante situación del trono de su hijo, y logrando á unos por alhagos, y venciendo á otros en los campos de batalla, va sacando á flote la autoridad real hasta conseguir que Fernando fuera declarado rey á los dieciseis años de edad.

Hecho cargo del reino, uno de sus primeros actos fué el exigir á su madre, en las cortes de Medina del Campo, cuentas de los gastos ocasionados durante la minoría, cuentas que se apresuró á rendir Doña María, tan cumplidamente, que quedaron demostradas las altas virtudes que la adornaban, dejando mudos á sus delatores y avergonzado al hijo ingrato que tan mal correspondía á los sacrificios hechos por la madre para sacar triunfante su discutida personalidad real.

Después de pacificado el reino, vuelve Fernando sus ojos hacia las posesiones árabes y emprende una campaña, destacándose como hecho más saliente de ella la conquista de Gibraltar.

A los doce años de reinado muere D. Fernando, y, sólo por vía de curiosidad, sin que nos merezca entero crédito la versión que sobre su muerte refieren casi todos los historiadores, vamos á comentar la para nosotros singular leyenda del hijo de Sancho el Bravo.

Refieren los que de este hecho se han ocupa-

do, que yendo el rey á socorrer la plaza de Alcaudete mandó despeñar por el precipicio de Martos á dos hermanos, llamados los Carvajales, acusados de un crimen. Como hubieran alegado su inocencia y no fueran oídos, emplazaron al rey en el término de treinta días ante el tribunal de Dios á responder de tan injusto castigo, y habiendo muerto Fernando en este tiempo, la historia le confirma con el nombre de el *Emplazado*, sin que hayan servido á desvirtuar tal especie las narraciones que de este reinado hacen escritores coetáneos, llegando algunos á llamar á este acontecimiento *fábula singular*, después de probar que el rey murió de muerte natural.

II

La cuna de Alfonso XI, hijo de Fernando y heredero del trono, se mece entre los estremecimientos producidos por los embates de aquella nobleza prostituída.

Un año contaba el rey niño, y en los trece que se suceden hasta que reclama con energía en las cortes de Valladolid su declaración como mayor de edad, la más espantosa anarquía atraviesa Castilla, no sirviendo el tacto de su madre doña Constanza, ni la habilidad política de su abuela

Doña María de Molina para reprimir á los revoltosos príncipes y nobles que tenían sumida la nación en un caos horrible con sus pretensiones febriles por apoderarse del mando.

La situación agravóse con la muerte de la reina abuela, y la agrietada monarquía se bamboleaba amenazando derruirse cuando, en tan difíciles momentos, se sentó en el trono el undécimo Alfonso, á los catorce años de edad.

Grande como rey supo desde el primer momento imponer su autoridad real á aquella avarienta nobleza empleando ejemplares castigos que le han hecho merecer, de unos, el título de *Justiciero*, y de otros, el de *Cruel*, punto muy discutido por los cronistas de este reinado; pero, *Cruel* ó *Justiciero*, es ciertamente lo que necesitaba Castilla para salvarse del naufragio cierto á que estaba avocada; por eso nosotros no vemos en Alfonso más que uno de los reyes que más brillo dieron á su corona, siquiera empañara la página brillante que la historia le dedica, con los livianos amores que fueron causa, en el posterior reinado, de ruidosos hechos.

Casado con María de Portugal, fué ésta objeto de visibles infidelidades por parte del rey, lo que dió causa á enemistades con el reino lusitano, y muy luego temióse una ruptura de relaciones si un hecho que borró todos los egoismos personales é hizo deponer los odios que separaban á

los bandos y reinos cristianos, no hubiera venido á interponerse entre Castilla y Portugal, haciendo que se dieran la mano.

Las disensiones interiores de Castilla aprovechaban sólo á los enemigos de la religión, que consiguieron apoderarse de varias plazas como Ronda, Algeciras y Gibraltar.

Como si no fuera bastante 300.000 hombres pasaron el Estrecho á las órdenes de Hassán, amenazando conquistar á España.

Ante el enemigo común celebran alianza los reyes de Portugal y Castilla, y aunque la escuadra castellana, al mando de Jofre Tenorio, fué derrotada en el Estrecho con otra aragonesa, no logrando ninguna impedir que los *benimerines* se apoderasen de Gibraltar, triunfo que coronó su victoria naval, no se intimidan los dos monarcas y con un ejército de 120.000 hombres y 20.000 caballos salen al encuentro de Hassán y su gente que, en número de 620.000, esperaba á orillas del rio Salado al rey de Castilla.

Allí se encuentran y, frente el uno del otro, se miran y se temen. Por fin empéñase el combate: el rey de Portugal ataca el ala derecha del enemigo mandada por el de Granada, mientras Alfonso con sus tercios castellanos rompe el centro donde ondeaba el pendón verde del Profeta sobre la voluptuosa tienda de Hassán. Decídese la victoria al fin por los cristianos y el Dios de Clavijo

y de las Navas dice bien claro el agónico imperio musulmán que es impotente para luchar frente al estandarte de la Cruz.

Sálvase la plaza de Tarifa del asedio á que estaba sometida, y, tan grande fué el botín cogido al enemigo, que dicen los historiadores se abarató el precio del oro en Europa.

Marcha Alfonso después sobre Algeciras y la hace suya después de obstinado sitio; y, decidido á restar al árabe todo el terreno posible, acosa á Gibraltar, pero una horrorosa peste cortó su vida y sus designios, muriendo en el cerco de la plaza, y siendo igualmente sentida su muerte lo mismo de leales que de adversarios, tal interés había sabido inspirar este gran rey.

III

Herédale su hijo, Pedro I de Castilla, y desde los primeros momentos dicen bien claro sus acciones lo muy distante que había de caminar aquel rey de la senda marcada por su padre.

Algunos historiadores han tratado de atenuar con sus juicios los muy duros que ha merecido de la generalidad; pero al exámen desapasionado y frio del que trata de narrar los hechos tal y como son, cumpliendo así una de las mejores condiciones del cronista, Pedro I fué un móns-

truo de crueldad que sacrificó á sus licenciosa vida los derechos más sagrados de sus vasallos, recurriendo para conseguir el logro de sus cínicas pretensiones á cobardes asesinatos.

No traten, no, de justificar sus medidas de rigor los que suponen era D. Pedro defensor de los derechos del pueblo. Ningún acto noble prueba tal aserto; y los sentimientos generosos de que necesitaba estar revestido para poder abrogarse tal título, no hallaron sitio en su corazón ocupado por ideas ruines, y execrables infidelidades y felonías.

Cruel y bien cruel fué quien sólo dejaba tras de sí una estela de sangre que marcaba sus pasos; cruel quien vendía la amistad y el honor y renegaba de las leyes de la caballería manchando el brillo de su corona con repugnantes escenas; cruel quien después de los progresos hechos por el Estado y el pueblo, renovó con su violento carácter la ferocidad musulmana, adornando las ciudades con cabezas de víctimas inocentes en muchos casos; y, así, cuando el hierro fratricida se escondió en aquel corazón tan corrompido, cortando una vida tan despreciable, el pueblo, lejos de sentir su muerte, respiró libre ya de aquel anillo de acero que atenazaba su garganta aplaudiendo el regicidio que libraba al sólio de Castilla de un tigre mil veces más terrible que la fiera del desierto.

Duro es, en verdad, el juicio; pero hay que ceñirse á los hechos para hacerle, y en conciencia, á mí, no me merece otro el hijo de Alfonso XI.

Repugna al historiador tener que referir reinados como éste, pero exígelo la cronología de los reyes de Castilla y venciendo esta natural repulsión, voy á mencionar los principales hechos de tan infausto rey.

Aun humeaban los restos de Alfonso XI y varias banderas rebeldes se alzaron contra don Pedro, el que, llevado de su enérgico carácter, ahogó aquellas rebeliones con algunos asesinatos, siendo una de las víctimas Doña Leonor de Guzmán, dama que había sido de su padre, y madre de sus hermanos D. Enrique, D. Pedro y don Fadrique, asesinato que hizo ya inútil toda fórmula de avenencia entre el legítimo rey y los bastardos pretendientes.

Casado D. Pedro con Doña Blanca de Borbón, sobrina del rey de Francia, no tardó ésta en ser objeto de la más negra de las infidelidades por haberse prendado el rey de Doña María de Padilla.

Enojado justamente el de Francia, proporcionó tropas á D. Enrique, que le disputaba la corona, quien invadió el territorio del castellano rey, cuando éste daba término á una guerra sostenida con el rey de Aragón; mas fué derrotado.

Subió de pronto el enojo al saber que doña



Blanca había sido cruelmente asesinada en la prisión, por lo que el pretendiente, D. Enrique, vino auxiliado por las *compañías blancas* al mando de D. Beltrán Dugesclín, y abandonado el castellano por el Príncipe Negro, al que no había pagado la ayuda que le prestó en las anteriores campañas, tuvo que hacer frente por sí solo á D. Enrique.

Los campos de Montiel fueron el teatro donde tuvo lugar el final de aquel reinado que fué todo él una tragedia sangrienta.

D. Pedro fué derrotado, y él mismo cayó prisionero de su hermano. Sobornado Dugesclín para dar libertad al rey de Castilla, le conduce en vez de hacerlo, á la tienda de su hermano, que le esperaba armado, y entáblase una repugnante lucha en que el jefe bretón ayudó al bastardo poniéndole encima y pronunciando aquellas célebres palabras: *ni quito ni pongo rey pero ayudo á mi señor*. La escena, al fin, terminó con la vida de D. Pedro, muerto bajo el certero golpe del fratricida acero.

Esto fué el infausto reinado de D. Pedro I, en cuyo reinado, Castilla volvió pies atrás en el camino del progreso y los moros supieron aprovecharse de las discordias civiles enseñoreándose de territorios que de otro modo y puesta la pujanza de aquel brazo al servicio de la religión y la patria, les hubiera sido muy difícil haber po-

dido conquistar. Al fin su conducta perversa encontró en el puñal de su hermano el castigo que la Providencia reserva siempre á estos abortos, que cual engendros de Satanás, vienen al mundo á señalar su paso con escenas de terror y sangre, como lo prueban las cabezas expuestas en Sevilla del rey Bermejo y treinta y siete ricos moros; la muerte de Fernández de Toledo, de Samuel Leví, de D. Fadrique, hijo de Doña Leonor de Guzmán, y la de esta señora; de Doña Blanca, su esposa, y de los infantes D. Juan y D. Pedro, hermanos suyos, y de tantos otros como podrían enumerarse haciendo una interminable lista de víctimas sacrificadas á su ferocidad, que vino á colocarle á muy poca distancia de los Calígulas y Nerones del prostituto imperio romano.

IV

Sobre el frío cadáver del Cruel monarca muerto á su golpe, asienta su trono el fratricida hermano, y no obstante ser saludado por el pueblo con muestras de acatamiento, siente trepidar su sólio al empuje de los castellanos tan celosos de la legitimidad real en la sucesión de la corona.

De carácter dulce y aleccionado por el anterior reinado, trató de atraer al pueblo por medio

de concesiones y borrar su crimen prodigando privilegios que le valieron en la historia el título con que se le distingue, ó Enrique II *el de las Mercedes*, pudiendo decirse que empleó todo su reinado en vendar las heridas producidas por el hacha del verdugo de D. Pedro el Cruel.

No disfrutó, sin embargo de esto, con tranquilidad la corona. Los hijos de D. Pedro reclamaron el trono como legítimos herederos, teniendo que imponer fuertes castigos para ahogar aquella rebelión. También Portugal pretendió la corona de don Enrique para D. Fernando, viznieto de Sancho el Bravo, suscitándose una guerra en la que los castellanos llegaron hasta Lisboa, en vista de lo cual, se firmó la paz cediendo el lusitano en sus deseos.

Inglaterra y Aragón hicieron armas contra D. Enrique, pero afortunado éste en la campaña pudo vencer á sus enemigos y sostenerse en el trono; y sin otros incidentes importantes que referir de este tiempo, dejó de existir á los once años de haber usurpado el poder, legando á su hijo, Juan I, la corona de Castilla.

Clemente y bondadoso este príncipe se ocupó principalmente en otorgar á su reino la paz de que estaba tan necesitado, concediendo privilegios á los pueblos y abriendo las puertas de las cárceles dando una amnistía general, medidas que le conquistaron el cariño de sus vasallos.

Fué, no obstante, desgraciado en sus empresas políticas. Consecuente con la conducta de su padre, ratificó su amistad con Francia lo que dió motivo á una campaña con Inglaterra que terminó por la mediación de los legados pontificios.

Casado en segundas nupcias con Doña Beatriz, hermana del rey de Portugal, murió éste al poco tiempo sin sucesión, y D. Juan pretendió la corona lusitana como herencia de su mujer; pero los portugueses proclamaron al maestre de Avis con el nombre de Juan I de Portugal, y abrióse una campaña desastrosa para las armas castellanas. Una peste declarada en el ejército hizo desistir á D. Juan apenas hubo empezado la guerra; reanudada después, los ejércitos portugués y castellano se avistaron en *Aljubarrota*, siendo este último completamente derrotado muriendo en tal batalla lo más florido de los caballeros de Castilla, por cuyo motivo el rey se presentó á las Cortes de luto, «por la muerte de tanto buen caballero,» suspendiendo toda clase de fiestas en el reino durante un año, y quedando, como consecuencia de tan infausta jornada, reconocido, como rey de Portugal, el *maestre de Avis*.

Ante esta derrota volvió el de Lancaster á formular sus pretensiones al trono de Castilla, pretensiones que cesaron al convenir el matrimonio del príncipe heredero, don Enrique, con doña Catalina, hija de aquél, tomando los consortes el

título de *Príncipes de Asturias*, nombre que desde entonces ha venido dándose á los herederos de la corona de España.

A los dos años de este matrimonio dejaba de existir D. Juan I, á consecuencia de la caída de un caballo, siendo llorado por sus vasallos que vieron en este rey un bondadoso monarca, atento sólo á las necesidades de su pueblo y á labrar su felicidad, siendo un dechado de moralidad y un excelente padre de familia.

Hagamos punto en nuestra excursión histórica y volvamos la vista para ver los progresos realizados durante los reinados que he descrito esta noche, los cuales abrazan todo el siglo XIV.

V

Indudablemente, á primera vista se advierte que no podía progresar mucho la nación con reyes que la historia conoce con los nombres de El Emplazado, el Cruel y el de las Mercedes, y la paralización que se observó en la guerra con los moros, á la cual no prestaron atención, si descontamos el asombroso triunfo del Salado, debido al pujante brazo del undécimo Alonso, se repite en todas las demás manifestaciones de la

vida social, que no encontraron en estos reyes la protección y el esfuerzo que necesitaban para irse desenvolviendo.

Es cierto que algunas leyes muy bien acogidas y mejor pensadas vinieron á aumentar la ya importante colección legislativa; pero, en lo demás, la iniciativa particular tuvo que suplir cien veces á la apatía regia, no respondiendo por esto las pequeñas ventajas obtenidas en un siglo que pasó á lo mucho que podía esperarse de aquella culta población de los tiempos del rey Santo y del Sabio monarca, y es que al trepidar el trono á los embates de los pretendientes y ambiciosos, repercutían las sacudidas en todo el Estado, haciendo hervir á aquella sociedad en luchas infructuosas que robaban el tiempo y la paz precisa para el avance artístico y científico que tanto necesitan de la posesión pacífica del espíritu.

Examinemos punto por punto lo que venimos comentando.

Políticamente el reino siguió entregado á las luchas que mantenían los nobles con los reyes, siempre en pugna por conseguir el poder, época desastrosa en que la corona hubiera corrido seguro naufragio á no haber el pueblo apoyado la autoridad real, restando cuantos privilegios pudo á aquella turbulenta nobleza que no tenía de tal más que el nombre, y preparando el camino para fundar una monarquía robusta, tan pronto como

una buena dirección manejara las riendas del Estado. Las Cortes llegan en este tiempo á su periodo álgido, dictando disposiciones tan sabias que hoy mismo es de admirar el alto sentido político de aquellas asambleas tan acertadas en sus leyes, mejorando las costumbres y respondiendo á la gran confianza que en ellas tenía la masa popular, oprimida por el bárbaro brazo de aquellos señores, déspotas entre los déspotas, que, con mortal despecho, vieron cómo aquellas Cortes les igualaban á los vasallos al someterlos á la ley común, asestando un rudo golpe á su poderío feudal cuando les quitaron el mando de las ciudades, nombrándose por esta época los primeros corregidores, personas que asumían la autoridad real en aquéllas.

Sobresale en este tiempo como legislador Alfonso XI que comprendiendo la oposición con que había sido recibido por el pueblo el código de las *Siete Partidas*, por ser muy superior al nivel intelectual de aquella sociedad no dispuesta aún á amoldarse á leyes tan sabias, adoptó una transición promulgando el ordenamiento de *Alcalá* y el *Becerro de las Behetrías*, disposiciones que el elemento popular acogió con gusto, comenzando con esto la unidad legislativa, así como el Salado decide la unidad territorial. Indudablemente el progreso en este punto fué muy grande, como después ha podido advertirse.

Las costumbres sociales hallaron un pernicioso ejemplo en las altas esferas del poder, por lo que pudo observarse un visible retroceso respecto á la moralidad pública. Amores escandalosos acompañados de violencias en los campos y ciudades dieron lugar á una relajación moral que no pudo evitar el gran impulso obtenido en el anterior siglo; por eso el siglo XIV se caracteriza por una perturbación moral en que sólo dominan la fuerza ó la traición.

Respecto á enseñanza, apesar de las turbulencias interiores, se multiplican los establecimientos dedicados á ella, dividiéndose los estudios en *mayores* y *menores*, siendo mayores los que fundaba el rey, y menores los fundados por los obispos y concejos.

Las letras hallan en el siglo XIV mantenedores como Alfonso XI que escribió un libro de *montería* y el infante D. Juan Manuel, que dictó el *Conde Lucanor* y los *Ejemplos*, colecciones de anécdotas y de máximas, progresando el cultivo literario merced á las universidades donde los hijos de los nobles eran enviados, dando ya por aquella época tanta importancia á la pluma como á la espada.

No obstante la situación anormal de aquella sociedad juguete de las guerras intestinas, las *artes* progresaron bastante. D. Pedro I hizo el célebre *Ordenamiento de menestrales*, que ha servido

para revelar á la posteridad el estado de las industrias, así como los trajes y precios que se emplearon en el siglo XIV.

El *comercio*, merced al impulso recibido en los reinados anteriores, tuvo un asombroso vuelo, importándose y exportándose al extranjero las manufacturas nacionales que encontraban magnífica aceptación.

Las bellas artes siguen como estacionadas en este siglo y sujetas á los moldes del anterior. En arquitectura el arte *ojival* y el *mudéjar* prevalecen en las construcciones públicas, si bien aumenta la riqueza en los adornos, siendo un hermoso ejemplar de este último estilo el alcázar de Sevilla. La pintura adquiere alguna más delicadeza, y la escultura pierde la rigidez en los vestidos dando más expresión á la estatuaria.

El *ejército* sigue, aunque debilmente, progresando, y, decididamente, en este siglo se hace uso de la artillería, recibiendo un impulso más marcado la *marina*, como lo prueba el hecho de que D. Pedro I de Castilla pudo hacer la guerra á los catalanes por mar, llevando el mayor buque hasta entonces conocido en España.

Por último, en este siglo invadió á España una epidemia llamada la *peste negra*, que hizo bastantes estragos, atribuyéndose por muchas naciones á los judíos su importación, por lo que fueron objeto de terribles persecuciones y matan-

zas, teniendo el papa que publicar una excomu-
nión contra todos aquellos que molestaran á estos
infelices proscritos.

Y ya no digo más esta noche.

Mañana pondré fin á la Edad Media dicién-
doos los acontecimientos más notables de los rei-
nados que aun me falta reseñar.



me, teniendo el pape que publicar una excomu-
nicion contra todas aquellas que molestarian á estos
intelectos proscrijos.

Y ya no digo más esta noche.

Mañana pondré fin á la Edad Media dióica.
Quos los acontecimientos más notables de los rei-
nados que aun me falta reseñar.





Velada duodécima.

I. Enrique III.—II. Juan II.—III. Enrique IV.—IV. Cultura social.

En la velada siguiente, D. Julián, dijo así á sus niños:

Bien podeis recordar, queridos hijos, por las explicaciones de la noche anterior, las diferentes fases por que atravesó Castilla en el siglo XIV. En el siglo XV arrastra, en la mitad de su centuria, una vida idéntica á la que tuvo que soportar en los reinados anteriores; después, en las últimas décadas, opéranse grandes acontecimientos

que llevan á la Patria á un grado de esplendor tan grande, que llegó, en la mitad del XVI, sin más que seguir los derroteros marcados, á un poderío no conocido hasta entonces, dueña como llegó á hacerse de toda la Península, si se exceptúa Portugal, consiguiendo fundir en una las coronas de todos los estados cristianos y arrancando á la media Luna la última posesión que aún conservaba en España, poniendo con esto fin á la unidad territorial.

Pero para que se verificasen tan felices empresas, no fué necesario más que á reyes como el Doliente y el Impotente, sucediesen en el trono los Católicos monarcas, verdaderos gobernantes que atendiendo al pueblo y castigando con rigor á aquella nobleza que llevaba su ambición hasta el límite, consiguieron reformar por completo la sociedad española, regularizando las artes, industria, ejército; impulsando las ciencias y las letras; organizando la marina, dando con esto gran vigor al comercio nacional, y operando tal transformación en las costumbres que muy luego aquella sociedad inmoral de los tiempos del rey Cruel y del Emplazado cedió el puesto á otra más amante de la nación y de la justicia, compuesta de buenos patriotas, buenos padres de familia y fervientes cristianos, costumbres que aprendieron sin más que mirar al regio Alcázar en donde se destacaba con vívidos destellos, predicando con el

ejemplo á sus súbditos, aquella magnánima reina llamada Isabel I la Católica.

Sólo así se concibe que cuando, pocos años más tarde, ocupó el trono su nieto el Emperador Carlos, no pudiera ponerse el sol en los estados españoles.

Veamos lo que la historia indica con respecto al siglo que me propongo daros á conocer esta noche.

Muerto Juan I, heredó el trono su hijo Enrique III á la edad de once años, y entra el reino en otra infausta minoría que no dejó, apesar de su corta duración, de producir los perniciosos frutos que habían dado las anteriores, consecuencia legítima de la persistente ambición de aquellos nobles que aspiraban constantemente á su propio engrandecimiento, sin tener en cuenta para nada el interés nacional, cundiendo por el reino nuevamente la anarquía y los crímenes.

Las Cortes de Burgos declaran mayor de edad á D. Enrique, y desde el principio revela excelentes condiciones para gobernar, siendo enérgico con los revoltosos, cuando les exigió cuentas de los gastos hechos durante su minoría; prudente y cuerdo cuando hacía concesiones á los pueblos, y demostrando en todas las ocasiones un interés grande por normalizar la vida del Estado.

El rey de Portugal, sin otro pretesto que el

mal efecto que le producía siempre la vida próspera de Castilla, invade á ésta; pero es escarmen-
tado por Enrique III que destroza por mar y tierra sus fuerzas, llegando hasta Lisboa y obligando al lusitano á pedir la paz.

Los moros de Granada, rompiendo la tregua que tenían pactada con el castellano, hicieron algunas incursiones, y el rey Doliente, que así se le conoce en la historia al monarca que nos ocupa, sin duda por su naturaleza enfermiza, nada en armonía con su alma enérgica, se prepara á hacer la guerra al árabe y logra reunir un grueso ejército y una poderosa escuadra que derrotó á la agarena en Tetuán; pero el hilo sutil de su vida se cortó en aquellos días, arrebatándole la muerte á los veintisiete años de edad.

No debo pasar en silencio un hecho acaso el más importante de su corto reinado: me refiero al descubrimiento de las Canarias, verificado por un florentino que mandaba una escuadra portuguesa, y que habiendo recibido auxilio de don Enrique, puso aquel archipiélago bajo el amparo del castellano rey, el cual sigue hoy formando parte de la monarquía española como una de las provincias más estimables por sus productos y bello clima, siendo al presente objeto de codiciosas miradas por parte de las grandes potencias, y no estando muy lejos el día en que han de dar mo-

tivo á un serio conflicto internacional, si no cambian mucho las circunstancias, todo según nuestro modesto modo de pensar.

II

Sucede á Enrique III su hijo Juan II, niño que, habidos los pocos meses conque contaba á la temprana muerte de su padre, reclamaba una tutoría, y nuevamente dibujáronse en el horizonte político negros nubarrones que amenazaban con grandes tempestades; pero todo supo disiparlo su tío, D. Fernando, que, en unión de Doña Catalina, madre del rey, se encargó de la minoría de D. Juan II.

Enérgico y sin participar de las exageradas ambiciones que cegaban á los demás nobles, supo D. Fernando, regir el Estado con acierto. Desinteresado y hasta generoso, rechaza la corona que le ofrecen los nobles y consagra todo el esfuerzo de su brazo en afianzarla más y más en las sienes de su tierno sobrino. Por eso dirige su mirada á los dominios mahometanos é inaugura una gloriosa campaña, apoderándose de varias plazas, entre las cuales, cae Antequera, después de un fuerte sitio, por lo que la historia, para pagar á este esforzado príncipe su valiosa cooperación en

la obra de la reconstitución patria, le apellida con el nombre de *Fernando el de Antequera*.

En una minoría tan feliz tenía por fuerza que progresar la nación, progreso que no supo después impulsar el rey cuando llegado á su mayor edad, descuidó los negocios públicos, echándose en brazos de su favorito D. Alvaro de Luna, para ocuparse sólo del cultivo de las letras por el que mostró gran predilección toda su vida.

Muchos han creído ver en D. Alvaro de Luna el motor único de las agitaciones populares de aquel tiempo, pero que no es así, lo prueba el hecho de que después que el favorito subió los peldaños del patíbulo donde se extinguió su vida, las revueltas continuaron si cabe con más violencia hasta la muerte del rey, cuyo débil carácter fué únicamente la causa principal de que aquella inquieta nobleza no depusiera nunca, en su reinado, su hostilidad al trono de D. Juan.

Que el encumbramiento del de Luna fué un motivo para que los nobles acudieran á las armas con el fin de contrarrestar su influencia, es un hecho que no deja lugar á duda. De ahí que tan luego como el rey encargó á D. Alvaro de la dirección del reino, los infantes, tíos del rey, y la nobleza le hacen cruda oposición, y tales disturbios dan lugar á reñidos combates entre las tropas reales y los descontentos.

El rey es prisionero unas veces y otras se le

sitia en su real palacio: Tordesillas y Medina del Campo hablan por esto; el favorito es desterrado tres veces y los pueblos de Ayllón y Escalona, ambos en la provincia de Segovia, le sirven de cárcel, ó más bien de corte, siendo llamado otras tantas á los consejos de la corona. Imposible dar á conocer las conspiraciones y conjuras de aquella época, á las que puso fin la batalla de *Olmedo*, donde el partido revoltoso quedó completamente destrozado.

Si fueron derrotados aquellos intrigantes nobles en los campos de batalla, logran ganar el ánimo del veleidoso monarca que consiente en retirar su confianza al de Luna, el cual, sometido á un ruidoso proceso, fué condenado á muerte, aguantando el suplicio en Valladolid, donde estuvo expuesta su cabeza tres días *«para pena de sus maldades y saludable lección de los futuros.»*

Juicios encontrados ha merecido de los historiadores el favorito de D. Juan II. Fué uno de tantos ambiciosos de aquella época, atento sólo á sostener su prestigio y su poder, para algunos; tuvo, para otros, admirables dotes de mando y gran valor, contándole como único sostenedor del trono de D. Juan II en aquellos tiempos, haciendo sentir la pujanza de su brazo guerrero á aquella turbulenta nobleza. Nosotros no hemos de juzgar á D. Alvaro de Luna por ninguno de estos extremos, y sólo nos permitimos decir que si bien

le cegó el orgullo y la ambición, supo también imponer la autoridad del rey de Castilla al rey de Granada, ganándole la sangrienta batalla de *Sierra Elvira*, no estando conformes con los que suponen que su ambición le llevara al patíbulo: su muerte se debió al deseo de aquella nobleza de desentenderse del favorito, cosa que pudo conseguir contando con el débil carácter del rey, sin que tuvieran en cuenta para tal ejecución las condiciones de D. Alvaro de Luna, que sin duda, aventajaban á las de muchos magnantes, razón por la cual era precisa su desaparición, haciéndole subir al patíbulo en donde demostró, Don Alvaro, la misma entereza que cuando había escalado las gradas del poder.

Después de un desastroso reinado, ocasionado por la debilidad del rey, murió D. Juan, dejando el trono á su hijo Enrique IV, herencia que necesitaba ir á otras manos que á las del *Impotente* si había de cambiar de rumbo la perturbada política de Castilla.

III

En efecto; la nación siguió por la rápida pendiente de una decadencia suicida al extremo de que, sin su propia vitalidad, hubiera dejado de

existir con el último rey de la Edad Media, tan flojo de cuerpo como de espíritu, apocamiento real que produjo gravísimas faltas de gobierno, juzgándole algunos historiadores con tal dureza, como se descubre al ver que en sus juicios críticos le atribuyen como única acción digna de aplauso, *el haberse muerto*.

Aunque inauguró su reinado con benéficas disposiciones, muy luego erró su política con la creación de nuevas dignidades sacadas de obscuras posiciones y encarnadas en hombres sin talento, creyendo de este modo poner una valla á aquella ruín nobleza, que, más excitada por tales prebendas, comenzó á hacer objeto al rey de sus conjuraciones.

Casado Enrique IV con Doña Juana de Portugal, tuvo, después de algunos años de matrimonio, una hija á la que también pusieron Juana, y que muy pronto fué conocida con el nombre de la *Beltraneja*.

Inconstante y veleidoso el IV Enrique, niega unas veces, y afirma otras la legitimidad de aquella niña, nombrándola heredera para desheredarla apenas ejercían alguna presión sobre su ánimo los encontrados partidos que militaban en su corte, viniéndose á convertir en un juguete de aquella torpe grandeza.

Sucédense las revueltas y los hechos más escandalosos tienen lugar en las ciudades, escarne-

ciendo la autoridad real en la plaza pública de Avila donde, erigido un tablado y colocado en medio un monigote representando la regia personalidad, fué sucesivamente ultrajado por la soberbia de los influyentes nobles, terminando por derribarle de un puntapié y proclamando rey á Don Alfonso, hermano de Don Enrique, con lo que quedó encendida la guerra civil.

Acude el rey á las armas para sostener un cetro tan disputado, y logra imponer su autoridad real en los campos de *Olmedo*, donde derrotó por completo á la imprudente nobleza.

Si rudo fué el golpe sufrido por esta última en tan desastrosa acción, fuélo más el que recibió con la muerte de D. Alfonso, á quien ellos habían erigido rey en Avila; pero no desespera por esto de hacer la guerra á aquel infeliz monarca y ofrece el trono á Doña Isabel, la que, si consintió en aceptarle, en vista de las reiteradas pretensiones de los grandes, fué sólo con la condición de ser la heredera á la muerte de su hermano, pero sin disputarle la corona en vida.

El tratado de los *Toros de Guisando* firmado por el débil monarca, confirmó esta elección, y apesar de las protestas y apelaciones de la reina Doña Juana, que reclamaba el trono para su hija, la Beltraneja, la infanta Isabel fué declarada por el pueblo como heredera de la corona de su hermano Enrique.

Otro de los hechos que perturbó á Castilla en este reinado fué la elección de esposo para doña Isabel, una vez que estaba indicada para reina; y, aunque muchos los pretendientes, la princesa, dando ya pruebas de aquella prudencia y sabiduría que supo derrochar después en obsequio de su pueblo, eligió por esposo á Fernando de Aragón, heredero de este trono, y por entonces ya rey de Sicilia.

En estos momentos, y en medio del sordo rumor de la tempestad revolucionaria que se advertía en Castilla, bajó, Enrique IV, al sepulcro, legando á la historia un reinado tan desastroso que acaso no encuentre igual en los muchos que en este sentido se significaron en la Edad Media.

Y no he de pasar más adelante esta noche, pues si hubiera de ocuparme del reinado siguiente, para completar la historia del siglo XV, se haría demasiado larga esta conferencia, y algo fatigados como ya os encuentro, sería desconocer por completo vuestra débil inteligencia si entrara ahora á detallaros el fecundo reinado de los Reyes Católicos, en cuyo tiempo da principio la Edad Moderna de nuestra historia.

Veamos ahora cual era el estado en que quedaba el reino al finalizar la Edad Media, y en qué condiciones habían de encontrar los Católicos Reyes á la nación de San Fernando.

IV

Políticamente el reino siguió la peligrosa pendiente porque caminaba ya en los reinados anteriores, y si es verdad que las Cortes fueron por mucho tiempo la salvaguardia del Estado, se contagiaron, no obstante, por la general desmoralización que pulverizaba á aquella licenciosa sociedad de los tiempos de Enrique IV, decayendo mucho aquel prestigio que tanta autoridad había llegado á concederlas.

El lujo asombroso, que no cede en nada apesar de las leyes suntuarias dictadas por las Cortes, trasciende á las últimas viviendas de los vasallos desde los regios palacios en que se le rendía idolátrico culto. La pobreza se cebaba en las masas populares, y sólo aquella descocada nobleza, con sus orgías y derroches orientales, absorbía la sangre del anémico cuerpo social.

La lucha entre el trono y aquella grandeza reprimida por Alfonso XI, castigada por Pedro I, mimada por Enrique II, tranquila con Juan I, contenida por Enrique III, soberbia con Juan II y escarnecedora de Enrique IV, produjo siempre perturbadoras épocas señaladas por tragedias repugnantes, seguidas de rencores africanos, venganzas terribles y execrables asesinatos.

En una sociedad así constituída por las elevadas clases sociales el progreso no podía, en modo alguno, significarse mucho.

Siguen, no obstante, dando preciosos frutos las universidades, y se avanza en las ciencias y en las letras, habiendo en estas últimas cultivadores tan notables como Juan de Mena, el Marqués de Santillana, y el Marqués de Villena, que vinieron á formar, en la época de Juan II, un periodo brillante en que aparece la lengua castellana flúida, harmoniosa y llena de vigor, creándose academias literarias para dar mayor impulso á los estudios clásicos.

Algunos cronistas escriben la vida y reinados de Alfonso XI, Juan II y Enrique IV, siendo importantes estas crónicas para poder después hacer el verdadero estudio histórico de aquella época por la riqueza de datos que, como hechas por escritores coetáneos, contienen.

El lujo exagerado de este tiempo fomenta las fiestas y torneos, distinguiéndose siempre los españoles por el inapreciable valor de sus trajes de terciopelo bracadados de oro, haciendo verdaderos derroches de valor en los pasos honrosos que era costumbre sostener en defensa de algún misterio religioso ó á nombre de alguna dama.

En la indumentaria sufrió una completa transformación aquella, sociedad usándose las sedas y terciopelos para casa y corte, y desterrándose

para la guerra el traje de malla al que substituyó del todo la armadura guerrera.

Como consecuencia del lujo, progresaron algunas artes é industrias, entre ellas, la platería, los tegidos de plata y oro, la construcción de muebles suntuosos y la ebanistería, recibiendo gran impulso las fábricas de paños.

Con respecto á arquitectura, se usa en el siglo XV el llamado estilo *gótico florido* ó *flamíjero*, que se distingue por una asombrosa riqueza de adorno, siendo un admirable ejemplar de este gusto la catedral de Sevilla «obra de ángeles hecha para gigantes»; la de Huesca y la célebre cartuja de Miraflores, comenzada por Enrique III.

Las exigencias en adornos de este estilo arquitectónico influyeron grandemente en el progreso de la escultura, que ofrece admirables modelos. Se substituyen por esta época las estatuas yacentes, por las orantes, ó de rodillas.

Entre las bellas artes progresa la música, y españoles son los profesores que, tanto en Francia como en Italia, se dedican al cultivo de esta rama, siendo tan general en España, que se daba ó enseñaba música en las universidades, y en las iglesias, con el fin de ponerla al alcance de todos.

La milicia adelantó rápidamente, creándose los primeros cuerpos permanentes.

La «*compañía de continuos*,» cuerpo lujosamente equipado, es primero organizado por don

Juan II, que fijó en 1.000 el número de individuos, aumentados después hasta 4.000, en tiempos de D. Enrique IV. Además se crearon cuerpos de tropas permanentes, y las Cortes eran las encargadas de votar las que se necesitaran en tiempo de guerra.

Los elementos de combate fueron en aumento, pudiendo observarse ya trenes de sitio asombrosos en aquellos tiempos por los completos que resultaban en artefactos todos necesarios para la guerra. Empezó á usarse la música en los ejércitos, atribuyéndose á esta época la creación de las *charangas militares*.

Caracterízase, por último, este siglo por las leyendas de que también participaron los anteriores, con sus tradiciones que sirvieron para sostener el espíritu religioso necesario para combatir al enemigo.

Las figuras de reyes tan débiles como Enrique III, Juan II y el Impotente, dieron origen á historias que bien podríamos llamar cuentos callejeros, pues aunque se les ha querido revestir de alguna verosimilitud, salta á la vista la falta de verdad que encierran la mayoría de ellas.

De todos modos hemos de convenir en que una sociedad ignorante y supersticiosa era campo abonado para que arraigaran toda clase de supercherías y tomaran cuerpo las más estupendas historias y leyendas.

Esta era la sociedad que los Reyes Católicos encontraban al subir al trono: superticiosa sin llegar al fanatismo, perturbada por sus vicios morales, y sin reconocer casi más ley que el poder contra el poder, lo que daba origen á violencias, á escenas de bandidaje y á la comisión de repugnantes delitos, habiendo de reconocer como causa principal de este estado de cosas la debilidad característica de aquellos reyes impotentes para dominar á una nobleza ruín, que hizo juguete de sus caprichos á la real persona en todo el periodo de la Edad Media, y tomó como instrumento para sus pérfidos fines al pueblo, amarrado aún por férreas cadenas á aquellos soberbios señores de vidas y haciendas, sembrando la revolución y la intranquilidad con sus continuas revueltas, y ofreciendo á las clases medias asquerosos vicios que en ellas hallaron cabida, deteniendo el progreso social que sin esto hubiera recibido doble impulso merced á las sed artística y emprendedora que se desarrollaba en las clases ávidas de adelantamiento y mejora, presentando Castilla, á la terminación de la Edad Media, un cuadro anárquico y miserable que la ponía al borde del precipicio, en el cual seguramente se hubiera precipitado á no haber surgido las grandes figuras de Fernando é Isabel, señalados por el dedo de la Providencia para acabar con una guerra de VIII siglos y dar la unidad política necesaria al engrandecimiento de la patria.



Velada décima-tercia.



EDAD MODERNA.



- I. Los Reyes Católicos y sus primeros actos.—II. Conquista de Granada.—III. América y Nápoles.—IV. Cultura social.

I

De esta manera comenzó, D. Julián, al día siguiente sus explicaciones:

El siglo XV, fecundo en faustos acontecimientos para la humanidad toda, no lo fué menos para España.

El siglo de los descubrimientos es llamado por haberse dado á conocer en su época la brújula, la imprenta y la pólvora; por haber llegado, después de arriesgados viajes, á descubrir el camino de las Indias occidentales, señalando el Cabo de Buena Esperanza, y el Mundo Nuevo que hasta entonces permanecía en los arcanos de lo desconocido, el siglo de la unidad patria, por lo que toca á España, por haber en su tiempo, ya en su espirante centuria, conseguido sustituir el soberbio estandarte mahometano por el lábaro santo de la Cruz, cerrando con Granada el último portillo por donde los moros afrentaban con su presencia el poder cristiano.

Bajo tan hermosos auspicios inaugura España la Edad Moderna. Sigámosla paso á paso, cual la hemos seguido en las demás épocas históricas.

Apenas Enrique IV deja con la vida el trono y Doña Isabel es proclamada en la ciudad de Segovia reina de Castilla, proclamación que halló eco en muchas provincias que alzaron sus pendones por la princesa jurada en los Toros de Guisando

Las cenizas revolucionarias de otros reinados vuelven á lanzar chispas que amenazan con el incendio; pero esta vez se han sentado en el trono dos príncipes enérgicos que muy luego ahogan aquellos últimos esfuerzos hechos por una noble-

za insaciable que tuvo perturbada la nación en toda la Edad Media con sus constantes si que desmesuradas pretensiones.

En efecto: el marqués de Villena, el duque de Arévalo, el inquieto Arzobispo de Toledo y otros magnates, unidos al rey de Portugal, hacen bandera á favor de la Beltraneja. Hasta el mismo D. Fernando amarga los primeros días de reinado á aquella gran Isabel que había venido al mundo para admirarle desde su trono de Castilla, legando á la posteridad un ejemplo sublime de virtudes y prendas á cual más valiosas, y sabiendo vencer en todas las ocasiones, valiéndose, unas veces, de la dulzura y el tino, otras de la energía y la prudencia y siempre llevando por guía el brillo de su trono y el triunfo de la justicia y el derecho.

Por eso convence á su altivo y orgulloso, si que mal aconsejado esposo, que puesto á la cabeza del ejército busca al rey de Portugal, el cual se había apoderado de Toro. Numerosa la hueste portuguesa, es completamente derrotada por don Fernando que se hace dueño de Zamora, corriendo presuroso al Norte donde el rey de Francia hacía causa común con el de Portugal, sosteniendo á la Beltraneja, pero derrotado en *Fuenterrabía*, se retira ó su país dispuesto á no volver á prestar auxilio á tal causa. En tanto Doña Isabel con sus castellanos impone su nombre en las

revueltas ciudades del centro, llegando hasta las fronteras de Portugal, por lo que, convencido el lusitano de lo infructuoso de la lucha, se aviene á la paz, estipulando entre las condiciones el matrimonio de la princesa Isabel, hija de los reyes Católicos, con el infante D. Juan de Portugal; la reclusión de la Beltraneja en un convento de Coimbra y el reconocimiento indiscutible á ser reyes de Castilla Fernando é Isabel.

Mientras esto tenía lugar muere D. Juan II de Aragón, y hereda D. Fernando aquella corona que llavaba ya incorporados muchos estados, y que, unida á Castilla, vino á formar un reino poderoso bajo la unidad política y capaz de acometer grandes empresas.

Vamos á describirlas.

Preocupó desde el principio á los Reyes Católicos aquella prepotencia lograda por la nobleza, y reconociendo en esto un peligro constante para el orden interior del país y un motivo de debilidad ante los extraños enemigos de la patria, se propusieron tener á raya y coartar, con enérgica dureza, las ilimitadas atribuciones de aquellos señores, para lo cual, crearon la Santa Hermandad, milicia que tuvo por objeto, además de esto, el limpiar los campos y caminos de los muchos bandidos y salteadores que infestaban el reino desde la muerte de Enrique IV, estando á las inmediatas órdenes del trono.

Motivo de disturbios habían sido en los reinados anteriores aquellos maestrazgos creados en el siglo XII, milicia religiosa que llegó á prestar grandes servicios en un principio; pero que fué más tarde elemento perturbador de la paz pública, llegando á conquistar un poder que muy luego pudieron poner frente al del Estado.

Comprendieron los Reyes Católicos el peligro de existir órdenes militares que como las de Alcántara, Santiago, Calatrava y Montesa, poseían tantas rentas, territorios y exenciones, por lo que decidieron incorporarlas á la corona, lo que llevaron á efecto, recibiendo un golpe mortal el poder de los magnates, mucho más si se tiene en cuenta que, por aquella época, fueron también desarmados, haciendo los reyes derribar muchos castillos y quitando á aquellos privilegios que les hacían casi independientes.

De este modo quedó reconocido por todos el poder real, único é indiscutible en la nación, no teniendo que andar en pugna con el de los nobles, que, frente á frente del trono, habían trastornado al pueblo durante algunos siglos y amargado los días de muchos reinados.

Eminentemente católicos Fernando é Isabel, acariciaron con ardor la institución de la unidad religiosa, y, á este efecto, su primer cuidado fué el implantar en Castilla el tribunal del Santo Oficio, unidad que conseguida llevaba envuelta la

política, hecho que preocupaba mucho á los monarcas.

Instituído en Aragón desde el siglo XIII, hizo en el XIV innumerables víctimas en sus autos de fe, y se introdujo en Castilla por bula papal en 1483, viniendo á ser un instrumento terrible de la corona para sobornar á los nobles, atajar los privilegios de las ciudades y extirpar el poder feudal sobre cuyas ruinas levantaron los reyes un absorbente absolutismo real. En vano protesta el pueblo aterrado ante una institución despótica y sombría cuyos golpes mortales dados en el misterio amenazaban por igual á los delitos políticos que á las ideas puramente personales, sin que pudiera conseguir se levantara aquella férrea mano que amenazaba simultáneamente á derecha é izquierda con el cadalso y la hoguera.

Condenados al mutismo más brutal los hombres, sin poder manifestar sus ideas á cualquier clase que pertenecieran, recortado el vuelo del ingenio contenido en el atraso de la Edad Media, y subordinadas todas las opiniones á la norma establecida por aquel tribunal, consiguieron los Reyes Católicos, siquiera de una manera violenta, la unidad política y religiosa, única ventaja que habrá que reconocer al Santo Oficio en contra de lo perjudicial que fué más tarde en los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, quienes pudieron arruinar á la nación con sus

colosales proyectos, seguros de que la mordaza puesta al pueblo por la Inquisición les libraba de los gritos y acusaciones que hubiera de seguro lanzado ante sus descabellados planes.

II

Conseguida la unidad política y religiosa, después de haber aplastado el poder de la nobleza, sólo la unidad patria preocupó á los Católicos Reyes, y á este fin su primera mirada fué para Granada, reino árabe único ya que había en España de aquella extensa dominación que tuvieron los califas de Córdoba, cuando llegaron á fundar un imperio rival del de Damasco.

La altiva respuesta dada por Muley Hassam á los requerimientos hechos por los Reyes Católicos sobre ciertos tributos de que era deudor el reino de Granada á Castilla, fué el pretexto para comenzar la guerra que once años tuvo preocupados á Fernando é Isabel, y que dió por resultado la toma de la ciudad granadina, dando fin con esta conquista á aquella homérica lucha que comenzada en los difíciles acantilados de Asturias por Pelayo, acababa en los cármenes hermosos de Andalucía con la toma de la perla árabe por los Católicos Reyes, después de siete siglos

de titánicos esfuerzos que supo coronar el Dios de las batallas con el definitivo triunfo.

Rompiéronse las hostilidades degollando los moros la guarnición de Zahara, y pronto aprestóse el reino para la campaña. Diez años necesitó el ejército cristiano para llegar á los muros de Granada, y en ese lapso de tiempo, aunque son amargados sus triunfos por las derrotas de Ajarquía y Loja, ven caer en sus manos plazas tan importantes como Alhama, Guadix, Almería, Baeza, Lucena, etc., haciéndose dueño de todo el territorio árabe excepto la ciudad de Granada, último resguardo que defiende el rebelde Boabdil en 1491.

La Vega sirve de campamento al ejército cristiano decidido á someter á su dominio á Granada la bella, y un hecho vino á mostrar á los tenaces moros la inquebrantable decisión de los reyes de Castilla de aumentar con aquella estimada perla el brillo de su corona.

Declaróse una noche, y cuando ya los medios de resistencia iban escaseando en la plaza, un violento incendio, que, comenzando en la tienda real, hizo cenizas el campamento cristiano. Poco duró la alegría de los moros, que atribuían tal percance á la invisible mano de Alá, que venía en su auxilio, pues muy luego pudieron ver edificada en pocos días una ciudad cuadrangular, de piedra, que la reina Isabel llamó *Santafé* en

prueba de la firme resolución que tenía de hacer suya la corte de Boabdil.

Muertas todas las esperanzas y destrozadas las escasas fuerzas con que contaba la ciudad para resistirse con intestinas luchas de bandos y castas, estipulóse la capitulación, en cuyo acto sirvió de intérprete Gonzalo de Córdoba por su conocimiento del árabe, á quien ya conoceremos por sus hechos en este mismo reinado, y el dos de Enero de 1492, fecha para siempre memorable en la historia, entregó el rebelde hijo del infeliz padre Hassam, las llaves de la ciudad á Fernando é Isabel, quienes tomaron posesión de ella el seis del mismo mes, tremolando en la torre de la Vela el pendón de Castilla que miró, por fin, á sus pies abatido y destrozado para siempre por los embates de la fortuna, al estandarte verde del Profeta.

Huyó Boabdil de la gentil Granada acompañado de un tropel brillante de caballeros, visires y criados, buscando en las Alpujarras un rincón donde poder esconder la vergüenza de haber perdido su reino; y sólo al dominar la última cresta que va á ocultarle para siempre á aquella sultana de occidente, vuelve su corcel y lanza un *suspiro*,

«Suspiro amargo, lúgubre, espantoso,
que aun en Granada tétrico resuena

turbando de los siglos el reposo
y de la muerte la quietud serena:
y repítelo el viento caloroso
que raudó agita la africana arena.
¡Y sonará implacable, tremebundo
mientras se acuerde de la Alhambra el mundo!»

Todavía recuerda el viajero un sitio en aquellas crestas heladas de las sierras granadinas, que llama el «*El Suspiro del moro*» desde donde el hijo ingrato, el príncipe rebelde, á quien maldijo feroz el padre al expirar, lanzó el último *adiós* á aquella gentil Granada adormecida en los hermosos cármenes de sus ríos, para ir después á rodar por la arena del desierto, empujado por el negro sino de su aciaga vida y arrastrando en su desgracia á todo un pueblo que por espacio de siete siglos, fué señor de tanta belleza y poesía y que por fin caía rendido ante la indomable resolución de la gran Isabel, de la

«Fuerte heroína, cuyo nombre santo
aun oye el moro con terror y espanto».

Conquistada Granada, toda España, excepto el pequeño reino de Navarra que aun seguía independiente, rindió vasallaje á los Reyes Católicos, consiguiendo por fin la anhelada unidad patria á que habían aspirado desde que ocuparon el trono de San Fernando, siendo más radical aun

la unidad religiosa, hecho que completaron con la expulsión de los judíos y de los moriscos de Granada, quienes, suspirando siempre por esta ciudad, promovieron levantamientos sólo ahogados con sangre, motivos que decidieron á los reyes á tomar medida tan radical.

III

Ya no preocupaba á la reina Isabel la guerra; ya podía dar la mano á aquel loco, como le habían calificado algunos sabios; ya podía arrancar con su poderoso auxilio, al misterioso Occéano un mundo sumergido en las profundidades de lo ignoto: me refiero al descubrimiento del Nuevo Mundo llevado á efecto por Cristóbal Colón en este feliz reinado.

Era éste natural de Génova, é hijo de un cardador de lana, viniendo al mundo como vienen los hijos de los pobres: sin ostentación y sin ruido.

Aficionado á los estudios náuticos y astronómicos, y conforme con las teorías sustentadas muchos siglos antes por Plinio, Tholomeo y Aristóteles, deducía la existencia de otros países en los mares de Occidente, y creía firmemente hallar un camino más derecho y seguro para llegar á las costas orientales de Asia. Pero su vasto proyecto

necesitaba auxilio y comiienza aquella desesperante peregrinación por las cortes de Europa, capaz de hacer desistir á cualquier vulgar carácter menos al de Cristóbal Colón que poseía un alma bien templada para soportar los sinsabores múltiples que tuvo que sufrir, sin que fueran capaces á hacerle desistir de su colosal proyecto, y en cuya peregrinación Génova y Venecia rechazan el tesoro que Colón les ofrece; Portugal é Inglaterra desdeñan sus proposiciones; Francia no le concede importancia, y, qué más, hasta Fernando é Isabel no dan oídos al genovés embargados como estaban sus espíritus por la conquista de Granada.

Un hombre, sin embargo, acoje al ya abatido Cristóbal Colón y oye con gusto las explicaciones que éste da de su proyecto, concediéndole toda la importancia que necesitaba é interesando el ánimo de la reina Isabel qué desde entonces, prometió prestar apoyo al genovés «tomando Castilla la empresa por su cuenta aunque para ello tuviese que empeñar sus joyas» tan luego como terminase la guerra de Granada.

Y Colón forma desde entonces en las filas del ejército cristiano viéndosele en los sitios de más peligro, valeroso en el combate, mudo y silencioso en los triunfos, absorta su imaginación en aquel atrevido proyecto que le hacía aparecer á los ojos de sus camaradas como un visionario.

La junta de sabios reunida en Salamanca creyó por fin realizable el proyecto, y, con este informe, apréstanse tres carabelas, *la Pinta*, *la Niña* y *Santa María*, que salen del Puerto de Palos el 3 de Agosto de 1492, haciéndose á la mar en aquel desconocido Occéano.

Peligros sin cuento arrostra Colón en la travesía; sublévanse las tripulaciones de sus barcos amenazando su vida, y este gran hombre ve próximo á hundirse con él en aquella insondable tumba sus proyectos. Al fin, cuando iba á espirar el plazo impuesto al esforzado genovés por aquella foragida marinería, un imponente cañonazo que retumba en los aires hace hincar de rodillas á aquellos que habían sido por espacio de sesenta y nueve días juguete de las borrascas, juntando á todos los corazones para elevar á Dios una misma plegaria.

«Tierra» dicen desde la carabela *Pinta*, «tierra» descubren las demás tripulaciones, y el doce de Octubre, después de accidentada cuanto expuesta travesía, el sol de nuevos y hasta entonces desconocidos territorios alumbra la cruz del Redentor, clavando Cristóbal Colón el pendón de Castilla en la isla de Guanahani, que llamó San Salvador.

El visionario había triunfado: el mundo podía contar con nuevos territorios arrancados al misterio de los mares, y la doctrina de Cristo ha-

llaba vírgenes tierras donde arraigar y producir preciosos frutos.

Colón volvió á España cargado de riquezas, y como si no fueran bastantes pruebas de su conquista, algunos naturales le acompañaban, poniéndolo todo á los pies de los soberanos de Castilla sin cuyo auxilio es seguro que hubiera bajado con él á la tumba su colosal empresa.

Algunos viajes más hizo Colón descubriendo nuevos territorios y riquezas naturales; y, por fin, este insigne hombre halló como pago de sus valiosos servicios la negra ingratitud provocada por la envidia, engratitud que le produjo serios disgustos, que no hallaron remedio al morir su constante protectora, la gran Isabel, viéndose cerrado en una carcel y acabando sus días, de una manera miserable, en Valladolid, en 1506, ¡él que había conquistado para Castilla un imperio mayor que todos los conocidos....! Qué más. La ingratitud con Colón llegó hasta el extremo de no llamar siquiera aquel mundo por él descubierto con su nombre, tributo que de hecho y de derecho le correspondía, tomando el de un aventurero portugués llamado *Amérigo*, de donde vino el de *América*, nombre con que se conoce á las tierras que el genovés arrancó al misterio.

Otro hecho culminante se destaca en el reinado de los monarcas que reseñamos, hecho que puso ya de relieve la superioridad y la importan-

cia de las armas españolas y que tuvo como fin la incorporación á la corona de Castilla de nuevos estados.

Habiendo llegado hasta Roma Carlos VIII de Francia y apoderándose de Nápoles, donde se hizo declarar rey, los napolitanos llamaron en su auxilio á los Reyes Católicos los cuales formaron lo que se llamó Liga Santa, arrojando Gonzalo de Córdoba á los franceses y restituyendo en el trono á D. Fadrique, hijo del destronado por el rey de Francia.

Un pacto entre los reyes de España y Francia hizo que estos se repartieran el reino napolitano, y á tomar posesión de sus respectivos territorios se dirigieron á Italia dos ejércitos. El español iba mandado por Córdoba, á quien la fama de sus triunfos en la anterior guerra había ya dado el título de *Gran Capitán*.

La posesión de la Basilicata y Capitanata fué apetecida por ambas partes y se abrió una campaña en que las armas españolas se cubrieron de gloria en Ceriñola y Garellano, Salces y Gaeta, arrojando por completo á los franceses y anexionando el reino de Nápoles á la corona de Castilla.

Este es el reinado de los reyes católicos, y, aunque resumido, habreis podido observar lo fecundo en hechos gloriosos que fué para la patria, como os advertí al empezar la conferencia de esta

noche. Permitidme que para terminarla os dé idea de cómo quedaba la sociedad española al finalizar el siglo XV y al dejar el trono aquellos magnánimos monarcas.

IV

En política, el reino progresó de una manera harto visible, pues la prudencia y sabia conducta de los reyes hizo surgir á la patria de la anarquía mortal en que estaba sumida al sentarse en el trono, para lo cual influyó mucho la situación á que fué relegada la nobleza y el hacer digna de los altos cargos á la clase democrática que llegó por entonces á igualarse en derechos políticos á las clases privilegiadas, desapareciendo aquellas oligarquías que tanto perturbaron al país. Las Cortes vuelven á representar al brazo popular, revistiendo excepcional importancia por las grandes reformas que emprendieron, y la justicia resplandece de tal modo que el artesano se vé libre de los caprichos del señor, y los reyes hacen frecuentes viajes con el fin de imponer la ley, llegando á ser *«más respetada la sentencia dictada por un par de jueces que un ejército»*.

Pero en lo que más, sin duda, se observó el benéfico paso de los Reyes Católicos por el trono, fué en las costumbres sociales.

Aquella inmoralidad que caracterizaba al cuerpo social de la nación en los tiempos de Juan II y Enrique IV, desapareció casi por completo, informándose los ciudadanos en el ejemplo que descendía desde el trono, aparte de las medidas de rigor que emplearon los reyes para corregir los abusos administrativos. Aquel lujo que tantos estragos causaba en el último reinado halló un desigual contraste con la humildad y sencillez de una reina que, siendo soberana de un Estado como hasta entonces no había llegado á ser en importancia, hacía las labores propias de su casa, y se ufanaba en anunciar á sus cortesanos el no haberse puesto D. Fernando alguna camisa que no hubiera sido perfeccionada por sus manos.

Obligados todos los ciudadanos á vivir de un oficio, quedó de hecho prohibida la vagancia, librándose por esto, y con el auxilio de la Santa Hermandad, los campos de malhechores que hasta entonces fiaban su vida á la rapacidad y al bandidaje.

Con la moralidad tenía por fuerza que difundirse la ilustración, máxime si se tiene en cuenta que aquella reina, sabia entre los sabios, abrió todas las fuentes de cultura á un pueblo que, como el español, estaba sediento de progreso intelectual. Estudiando ella desde el trono dió ejemplo para que hasta el sexo débil se distinguiese en el cultivo de las ciencias, por eso se

destacan en aquella época, Francisca Nebrija, Lucía Medrano, María Pacheco, y tantas otras como brillaron en las aulas universitarias donde llegaron á formar honrosa parte de aquellos claustros de sabios y de artistas.

Prodigáronse los establecimientos científicos y con el fin de edificar sobre firme base, se estableció por primera vez la enseñanza obligatoria conminando á los padres que no enviasen sus niños á la escuela con multas que recordaban la obligación ineludible impuesta por las leyes de atender á la educación de la infancia.

Las *letras* hallaron elementos tan notables para su cultivo y progreso como, Alfonso de Palencia, Antonio Nebrija, Juan de la Encina, Fernando de Rojas y muchos más que dedicados al estudio dieron nombre á su época, que llegó á conocerse por una especie de «vértigo literario».

El progreso *científico* no fué menos importante que el *literario*, distinguiéndose nuestros sabios en el estudio de la Geografía, haciendo verdaderos descubrimientos astronómicos, y rectificando los ya conocidos; ensanchando la parte política y descriptiva con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Hubo profundos matemáticos que servían de profesores en las demás naciones, publicando, por primera vez, un tratado completo de matemáticas el español Pedro Sánchez Ciruelo.

Las *artes é industrias* siguen el movimiento

progresivo de las demás manifestaciones sociales encontrando un gran impulso en las nuevas disposiciones dictadas en su obsequio. La herrería, fundición y tejidos de seda alcanzan un periodo álgido, y privilegios especiales dan vida á la industria pañera que llegó en ese tiempo á un estado floreciente, siendo innumerables las fábricas de esta materia que se fundaron, llamando la atención los paños de Segovia y las mantas de Palencia, que se imponían por su perfección tanto en España como en el extranjero, hasta que los adelantos químicos en otras naciones dejaron atrás estas industrias en los reinados posteriores.

La agricultura también tuvo gran avance con las disposiciones dictadas para la repoblación del arbolado y viñedo, unido á la apertura de carreteras, puentes y caminos vecinales.

Las bellas artes se perfeccionaron por aquella época también.

En arquitectura sigue el arte *ajival* haciendo sus caprichosos dibujos en monumentos tan notables como *San Juan de los Reyes* de Toledo, la *Cartuja* de Burgos y la *Casa Lonja* de Valencia. Aún persiste el estilo *mudéjar*, pero cual si por sí sólo no pudiera ya sostenerse, hace atrevidas combinaciones con otros órdenes arquitectónicos como puede observarse en la *Torre Nueva* de Zaragoza, y en la portada de la *Latina* en Madrid.

La *escultura* da más flexibilidad á los vestidos, se pone más de acuerdo con las actitudes de los personajes que trata de representar, y copia en el rostro los sentimientos que animaban á los representados.

Una de las instituciones que más deben al genio emprendedor y reformista de los Reyes Católicos es, sin duda alguna, el *ejército*.

Con la base de las Compañías de continuos crearon, con ejercicio permanente, las *Guardias viejas de Castilla*, soldados que formaban un cuerpo de ejército de cien compañías equipadas admirablemente, los *Guardias de la costa de Granada*, y la *Santa Hermandad*, que ya hemos mencionado, como también el objeto que tenía. Organizóse además un ejército permanente que era designado, por los vecinos de entre los hombres que tenían de veinte á cuarenta años, y el resto de esta edad formaba la reserva preparada para acudir, cuando lo exigía el interés nacional, al llamamiento de los reyes.

Pero no fué aquel ejército que formaron los Reyes Católicos una reunión de ignorantes mercenarios cual lo era en los reinados anteriores, no; como consecuencia del gran adelantamiento que se observó en todas las clases sociales, tanto en lo moral como en lo intelectual, se formaron cuerpos cultos é ilustrados donde los mismos nobles tenían á gala servir como soldados, hasta el

punto de que, más tarde, el mismo emperador Carlos V, se alistó en la compañía que mandaba Antonio de Leiva, y pasaba lista con el nombre de *Carlos de Gante*, arcabucero».

Fué sin duda el ejército más ilustrado, aguerrido y disciplinado de su época, esta última condición llevada hasta el límite, como lo prueba el hecho de que apesar de las muchas privaciones á que se vió sometido el ejército de Gonzalo de Córdoba en las guerras de Nápoles, quebranto que no hubiera resistido ningún otro, no hubo ninguna seria sublevación, virtudes que no pudieron menos de reconocer las demás naciones al admirar los triunfos del ejército español, compuesto de caballeros, hombres, ilustrados, poetas y profesores.

Diremos, por último, que la *marina* sintió también el influjo de la mano bienhechora de los reyes, llegando, al empezar el siglo XVI, á imponernos en el mar, por un lado, á Venecia y por otro, á las fuerzas mahometanas.

Esto fué, hijos míos, el fecundo reinado de los Reyes Católicos, y habreis quedado plenamente convencidos de que no os engañé al anunciaros la conferencia de esta noche como una de las más interesantes de nuestra historia. En un estado floreciente y próspero entra España en el siglo XVI, y veremos como en el próximo reinado de Carlos el Emperador, llega al pináculo de la

gloria, para después iniciarse una terrible decadencia que hace en la época del Angústulo de la casa de Austria, representado por Carlos II el imbecil, de una nación señora del mundo en años anteriores, un juguete de la diplomacia europea.

He terminado por esta noche, hijos míos, y aunque veo vuestro cansancio no me pesa, pues, si hubiera de haberme ceñido más en mis explicaciones habría empequeñecido la obra colosal de Fernando de Aragón é Isabel de Castilla, reyes que se recomiendan á la posteridad por sus preciosas prendas para gobernar á sus súbditos, de quienes hicieron otros tantos adoradores.

Hasta mañana.





Velada décima-cuarta.

- I. Felipe de Austria y regencia de Don Fernando.—
II. Carlos V y sus guerras con Francia.—III. Lutero
y Barbarroja.—IV. Conquistas en el Nuevo Mundo.

I

Voy esta noche á continuar mis narraciones históricas con reinados y hechos importantísimos para la nación, que puesta ya en el verdadero camino de su engrandecimiento moral y material por el feliz gobierno de monarcas tan sabios, prudentes y políticos como los Católicos Reyes que os dí anoche á conocer, llega á conseguir, muy pocos años después, hacerse dueña del mundo extendiendo su soberanía por todo los puntos

cardinales, y así pudo decirse que en el dominio español de aquella época, no se ponía nunca el sol.

Hagamos historia, hijos míos.

Muerta la gran Isabel hereda aquella pesada corona su hija Juana, casada con Felipe de Austria, llamado el *Hermoso*. No eran ciertamente las mejores manos aquellas para dirigir el Estado, pues, por una parte, el poco apego del austriaco á España, unido á su intemperante carácter, y por otra, el desequilibrio de las facultades que en la reina Juana se observaba, hasta llegar á conocerse la con el nombre de la *Loca*, hacían abrigar días menos felices que los que habían transcurrido en el anterior reinado.

Vino á aumentar la locura de la reina la prematura muerte de su esposo D. Felipe, encargándose de la regencia D. Fernando el Católico. Durante este periodo de mando, los españoles guiados por el enérgico cardenal Cisneros, conquistan á Orán, y otras plazas importantes de Africa tienen que ceder también al bravo empuje de los tercios españoles, consiguiendo de este modo el Cardenal uno de sus más ansiados sueños, cual era llevar al Africa y poder estender por aquel territorio el poder cristiano.

Otro hecho que no hemos de pasar en silencio y que se efectuó en esta segunda regencia de don Fernando, fué la incorporación del reino de Na-

varra á la corona de Castilla. Este estado, que surgió al mismo tiempo que Asturias, había llegado á representar un papel valioso dentro de los reinos cristianos; pero en la época que nos ocupa apuraba una vida azarosa, por lo que D. Fernando, queriendo vengar la alianza que aquél hiciera con el rey francés, decidió posesionarse de él, y al efecto, apoderóse de Pamplona, destituyó á Juan de Albret, rey por entonces del navarro territorio, y formó desde esta época la Navarra incorporada ya á la corona castellana.

Muere D. Fernando y el llamado á ocupar el trono es su nieto Carlos, hijo éste de D. Felipe el Hermoso y Doña Juana la Loca, dando comienzo en él la dinastía austriaca.

No hemos de pasar adelante sin dedicar unas líneas á la memoria del rey Católico.

Indudablemente, y digan lo que quieran los escritores coetáneos que le juzgaron siempre por la severidad de su carácter, Fernando V de Aragón fué un gran rey, sin que por ello se descubrieran en él excepcionales cualidades como hombre. Hábil político, aventajando en esto á todos los de su tiempo, supo concertar alianzas, deshacer conjuraciones, y supeditar todas las negociaciones diplomáticas al voto de sus embajadores en los que tuvo la suerte de encontrar grandes poetas y bizarros capitanes que contribuyeron á hacer más respetable el nombre de España en las

cortes extranjeras. Como militar, tenía valor y pericia en las batallas, consiguiendo con su enérgico carácter hacer de su ejército una mesnada de caballeros bien disciplinados. El punto negro de su vida como rey fué éste: la ingratitud para con los hombres que más contribuyeron á engrandecer su patria. Gonzalo de Córdova, Colón y Cisneros confirman sobradamente esta debilidad del rey Fernando, y es que, en nuestro sentir, no quería que en su reinado surgieran hombres que pudieran eclipsar su figura ya grande, no reparando en que se hubiera agigantado más su gloria protegiendo y no despreciando á los que llegaron á colocarse á su nivel y aún le habrían rebasado si hubiesen podido cobijar sus virtudes y grandes hechos bajo una diadema real.

Aun después de esto, el rey Católico, siempre se destacará entre los mejores monarcas españoles.

II

Al morir D. Fernando I de Aragón, dejó como regente del reino, hasta la venida de su nieto Carlos, al austero Jiménez de Cisneros.

Para conocer á fondo el reinado que vamos á narrar, es preciso antes decir algo del carácter

de Carlos de Alemania. Sólo así podremos hacernos cargo de las vastas empresas que se llevaron á efecto en su reinado.

Nacido en Gante, cuando á los veinte años heredó la ya importante corona de España, era Emperador de Austria por herencia paterna, agregando á todo esto el dominio de los Países Bajos que tenía como nieto de Doña María de Borgoña. Así, al encontrarse dueño de tan extensos estados, un pensamiento embargó desde aquel momento todo su ser: el de la dominación universal, pensamiento que hubiese realizado, á no dudar, si no hubiera ocupado el trono de Francia un rey joven como él, un Francisco I, sediento de gloria y nombre que, valiente, caballero y ambicioso supo, al ponerse en frente de su adversario, sino confundirle, tenerle á raya contrabalanceando su ambición, sin que sirvieran á desanimarle los repetidos desastres sufridos en sus contiendas con el Emperador, pues á diferencia de éste, no le abatían los reveses; por eso pudo gritar al dejar los sombríos muros de su encierro de los Lujanes de Madrid, con la alegría y animosidad de un colegial: *«otra vez vuelvo á ser rey»*.

A Carlos, por el contrario, le halagaron sus triunfos y las glorias de sus ejércitos, pues frío y circunspecto, sí que envanecido con sus trofeos militares hasta hacer de la Europa un campo de maniobras, donde evolucionaban sus tropas, se-

guro de sus victorias hasta el punto de dirigir la política del mundo con la punta de su espada, cuando los años se encargaron de amortiguar sus ensueños, viendo que se acercaba el eclipse de su estrella, no quiso presenciar su decadencia, retirándose á Yuste, donde según el poeta trató de ordenar el corazón con la conciencia.

Por lo demás bien podemos asegurar que fué el rey más rey que ha tenido España, dada la importancia de su autoridad real y el engrandecimiento que alcanzó la patria en el feliz periodo de su mando.

Conocido ya Carlos, bien podemos pasar á referir los hechos de su tiempo.

De origen alemán y criado en las nebulosas regiones de más allá del Rhín, no mostró nunca mucho apego al solaz hispano, y si procuró por el brillo de su corona fué por que á ello le impulsaba su propio egoismo y sed de conquista.

Por eso su primer acto, al tener noticia de la muerte de su abuelo, D. Fernando, fué el mandar al cardenal Adriano, aquél que poco después ciñó la tiara pontificia, como regente del reino hasta su llegada. No conocía Carlos el carácter español retratado en el regente Cisneros, el cual no se avino á tal mandato y sí quiso cumplir el legado testamentario que le ordenaba entregar el mando al mismo rey, siquiera para sostenerse en tan difícil puesto tuviese que apelar á medios enérgi-

cos. Por fin Carlos se embarca para España y el Cardenal regente se apresura á salir á su encuentro. Una aguda dolencia le detiene, sin embargo, en el camino, y Cisneros muere en Roa, sin tener el consuelo de saludar á su soberano, á los ochenta y dos años de edad, después de haber dado tantos días de gloria á su patria con su preclaro talento. Escritores contemporáneos han querido compararle con Richeliú; pero fué, sin que éste último le dejara atrás en talento y virtudes políticas, un dechado de virtudes morales al lado del prostituído cardenal favorito de la corte de Luis XIII de Francia.

Llegó Carlos, y aunque repugnaba á la entereza de su carácter las exigencias de los castellanos, tuvo que jurar, á instancia de los procuradores de la ciudad, la fiel observancia de respetar las libertades, fueros y leyes de estos reinos antes de que pudiera llamarse rey de España, hecho que dió á conocer al nuevo monarca la energía castellana. Apenas se hubo titulado rey de España, la muerte de su abuelo Maximiliano le llama á Alemania á ceñirse aquella diadema, por lo que convocó Cortes en Santiago exigiendo algunos subsidios, que le fueron negados; pero reunidas nuevamente en la Coruña, le son concedidos, levando anclas la escuadra del Emperador y dejando entonces de regente al cardenal Adriano.

No vieron con buenos ojos los españoles esta

salida del austriano, y unido este descontento al que ya se advertía al ver la rapacidad de que daban pruebas los flamencos y alemanes, que usurpando destinos sólo se preocupaban de esquilmar á la nación, dieron forma á su descontento alzándose en armas contra la despótica política del Emperador, que venía á cercenar las libertades del reino, dando lugar á lo que se conoce con el nombre de «*Guerra de las Comunidades y Germanías*».

Tres valerosos capitanes acaudillan el ejército popular, y asume el mando el caballero Padilla, de Toledo, que dirige la tropa comunal á Tordesillas con el fin de saludar á Doña Juana la Loca. Sin duda alguna, si los comuneros hubiesen aprovechado los primeros momentos, es seguro que el éxito hubiera coronado su empresa; pero la indecisión de éstos en atacar y la excesiva prudencia de que dieron pruebas, fué de cierto la causa de su lastimosa derrota. En efecto; el conde de Haro se pone á la cabeza de los imperiales y se avista con los comuneros en los campos de Villalar. Trabada la batalla, bien pronto se declara la victoria por las tropas del Emperador. En vano recorren sus líneas Padilla, Bravo y Maldonado alentando á los suyos con el ejemplo; sus batallones son por completo destrozados y ellos mismos caen prisioneros subiendo al día siguiente, 23 de Abril de 1521, las gradas del cadalso

en la plaza pública de Villalar donde el hacha del verdugo segó aquellas preciadas gargantas de orden del Emperador, recibiendo un golpe mortal las libertades castellanas.

Del mismo modo que en Castilla, ahogáronse en Valencia los gritos de las germanías con crueles sentencias de muerte, y este último esfuerzo del pueblo por conquistar sus fueros y preeminencias fué estéril ante el poder absorbente y despótico de que ya daba pruebas Carlos V.

Vuelve el rey de su expedición á Alemania, y asegurada ya la paz del reino, siquiera ardiera en lo interior el fuego aún no extinguido, ancho campo se ofrecía en la política de Europa á su carácter guerrero y conquistador.

Mal avenido el francés con la elección de Carlos para la corona de Alemania, que también él había pretendido, pronto empeñóse una guerra entre estos dos ambiciosos reyes, los cuales reasumen sólo ellos los acontecimientos europeos que tuvieron lugar durante su vida.

El hecho más importante de esta guerra fué, sin duda, la batalla de *Pavía*, plaza defendida por el valiente Antonio de Leiva, y á la que puso sitio el ejército francés mandado por el mismo rey en persona. Apurada era la situación de los sitiados, pero llegados oportunamente el marqués de Pescara y el duque de Borbón, empeñóse una reñida batalla donde quedaron por completo des-

trozados los franceses, cayendo prisionero el rey Francisco, que fué conducido á Madrid y cerrado en la torre de los Lujanes, mudo testigo que resta tan sólo de aquel glorioso episodio histórico, después de haber desaparecido la espada del vencido rey de la armería real. Tal desastre hubiera agobiado á un vulgar carácter, pero no fué bastante para acobardar al animoso Francisco I; por eso ajusta la paz en humillantes condiciones, estipuladas por el tratado de Madrid, y libre ya de su encierro y aún faltando á su palabra de honor, vuelve á colocarse frente por frente de Carlos I.

El alma de aquella segunda guerra era Clemente VII, á la sazón papa, constituyendo con el rey de Francia y el de Inglaterra la *Liga clementina*. No se acobarda Carlos ante estos preparativos y empieza la lucha siendo teatro de la guerra segunda vez la Italia. Hugo de Moncada, Leiva, el Marqués del Vasto y el Duque de Borbón, generales todos del rey Carlos, se batían con bizarría contra las tropas de la liga. Irritado este último por las constantes veleidades del papa, Clemente VII, y no hallando mejor presa que ofrecer á sus famélicas tropas, les enseña el camino de la augusta capital del cristianismo. Llega á los muros de Roma aquella enfurecida soldadesca y comienza el asalto en el que es rechazada por la guardia suiza. El mismo Duque se lanza al escalo y por tres partes es franqueada la ciudad,

no sin tener que lamentar la muerte del Condestable que muere atravesado por una bala al pretender asaltar la muralla, hecho que enloqueció á sus huestes, que no conocieron ya freno, hollando y pisoteando lo más grande y sagrado que encerraba la capitolina mansión de los papas. El mismo Clemente VII fué hecho prisionero y recluso en el castillo de Saint-Angelo, último resguardo á que se acogió, huyendo de aquella falange devastadora, hasta que obtuvo la libertad mediante una crecida suma y la cesión al emperador Carlos de importantes plazas de guerra.

Tal desenlace desalentó á los de la Liga, que vieron bien claro estrellarse todos sus propósitos ante el poder formidable del rey de España, por lo cual se firmó la paz de *Cambrai*, ó de las damas, por haber tratado sus condiciones Margarita de Austria y Luisa de Saboya, en cuya paz perdieron el francés y el papado varios territorios que fueron agregados á la corona de España, á más de los dos millones de escudos en oro que Francisco I tuvo que dar para rescatar sus hijos.

La paz de *Cambrai* sólo fué una tregua impuesta por la necesidad de dar algún descanso á las tropas, pues ni el francés ni el español se avenían á estar arma al brazo, por lo que se rompieron las hostilidades nuevamente y volvió la Europa á verse envuelta en sangrientas y desas-

trosas guerras sugeridas no más que por la recíproca aversión que se inspiraban los dos famosos reyes; guerras que terminaron, después de mucho tiempo de estériles é infructuosas luchas, por la tregua de *Niza* y, más tarde, por la paz de *Crespy*, en cuya paz sorprendió la muerte á Francisco I de Francia, terminando por entonces las contiendas con la nación vecina, y así pudo dirigir el Emperador su vista á otro punto donde un hecho culminante llamaba su atención, haciéndose preciso se dejara sentir la fuerza abrumadora de su poder que vióse muy pronto engolfado en nuevas guerras. Me refiero á las que suscitó Lutero con su *Reforma religiosa*

III

Lutero, el autor principal de las innumerables sectas que en estos tiempos abortó el monstruo de una mal entendida reforma, el padre del protestantismo, nació en la región Turingia, y, aunque de humildes padres, llegó á poseer serios conocimientos de humanidades, ingresando por fin en la orden agustina en 1505, siendo ya licenciado en letras y estando pronto á terminar los estudios de jurisprudencia.

Exhausto el tesoro de la Santa Sede publi-

có León X una bula cuyos productos habían de destinarse á la terminación de la gran basílica romana, encomendándose su publicación á los frailes dominicos, en contra de lo que venía observándose de ser los monjes agustinos los que tales oficios cumplieran.

Este fué el motivo para que Lutero comenzara á discutir la eficacia de las bulas, llegando ya en su loca carrera hasta desconocer la soberanía del Papa, negando cuatro sacramentos y varios artículos de fe, asentando como base de su herética doctrina el culto de la diosa razón en su libre alvedrío para interpretar á su modo el texto de la sagrada Escritura.

Nunca pudo soñar el turingio Lutero con que su rebeldía pudiera ir tan allá; pero lo cierto es que su voluntad, más que su talento, impuso después de estériles ríos de sangre vertidos en infructuosas guerras, la *Reforma* iniciada desde los primeros tiempos del cristianismo.

Pronto los reyes y príncipes del problema religioso hicieron arma política, poniéndose de un lado los reyes de Suecia y Dinamarca, los electores de Sajonia y Hesse-Cassel, el rey de Prusia y el de Inglaterra, enfrente de Carlos I de España que se propuso defender la unidad religiosa.

Completamente fueron derrotados los primeros que componían la liga de *Esmalkalda*, por los

imperiales en la batalla de *Mulberg*, pero continuaron la lucha, por lo que viendo el Emperador lo infructuoso de sus esfuerzos así como los prosélitos que de día en día alcanzaban los protestantes, dió fin á la guerra religiosa con el tratado de *Passau*, por el cual se dió forma legal á la heregía de Lutero, concediendo á los heresiarcas los mismos derechos políticos y sociales que á los católicos.

Mientras las guerras religiosas embargaban el pensamiento del César español, no abandonaba, sin embargo, otros puntos donde dejaba sentir la pujanza de su brazo.

Infestado de multitud de barcos que eran el terror de los mares, sin que nadie pudiera dar caza á aquella enseña del corsario puesta en las vergas de sus voladores vergantines, ataudes flotantes de gentes vivas, los negreros Horuc y Aradín habían hecho campo de sus piráticas hazañas el Mediterráneo, amparados por Solimán, soldán de Turquía, haciéndose dueños de Túnez, Argel, Tlemecén y otras importantes plazas del norte de Africa.

Nadie sino Carlos podía hacer frente al pirático poderío del negrero Barbarroja, que así se llamaba también Aradín. Por eso Europa, desangrada por tantas luchas, vuelve sus ojos á España y pronto se forma una formidable escuadra que restituyó al rey destronado de Túnez y quebrantó

por completo el poder corsario, limpiando de negros las costas del Mediterráneo.

Sólo me resta para terminar de reseñaros por esta noche el reinado que me ocupa, dar á conocer las conquistas verificadas en el Nuevo Mundo por una serie de esforzados españoles, cuyas empresas más parecen obra de la leyenda, ó de la fábula que hechos realizados por hombres.

IV

No se os habrá olvidado que, en tiempos de los Católicos Reyes, aquel valiente genovés llamado Cristóbal Colón, descubrió el Nuevo Mundo. Pues bien; desde entonces muchos fueron los viajes que se hicieron á la virgen América, y no pocos los hombres que se aventuraron á atravesar el Occéano en su sed de conquista y de hallar nuevos y desconocidos territorios.

Gobernador de Cuba Diego Velázquez y alcalde de Santiago Hernán Cortés en el reinado de Carlos, fué el segundo designado por el primero para dirigirse á las costas de Méjico, que aunque conocidas no estaban aún exploradas.

La arriesgada empresa comenzó con un hecho heroico que la mano del artista ha hecho inmortal, llevado á cabo por el hijo de Medellín. Ape-

nas arribó la escasa gente que consigo llevaba Cortés á las costas mejicanas y éste, con una grandeza de ánimo que espanta, mandó pegar fuego á las embarcaciones que habían conducido á él y su gente, para que desprovista de esta esperanza de poder volver atrás, tubiera que lanzarse irremisiblemente en busca de la conquista ó de la muerte.

Con muestras de benevolencia mal reprimida fueron acogidos los españoles por Motezuma, emperador de Méjico, agasajos que no cegaron á Cortés, el cual bien pronto comprendió la difícil empresa en que se había comprometido; pero no le intimida el riesgo, pues con sólo trescientos españoles emprende el camino de Méjico; vence á los trascaltecas, de los que logra hacer unos fieles aliados, y reforzado su pequeño ejército con la llegada de algunos soldados que Velázquez mandó para detener sus triunfos y que bien pronto formaron en sus filas, aceptó la batalla que le presentaron los mejicanos en el valle de *Otumba*, donde logró matar á más de 20.000. Abrese camino hacia Méjico, y, tras repetidos triunfos, se apodera de la capital del imperio que pone á los pies de Carlos V con el nombre de *Nueva España*.

Otros valientes ponían, casi al mismo tiempo, bajo el dominio de Carlos V vastos territorios lamidos por las serenas aguas del Pacífico.

Francisco Pizarro, sabedor de las contiendas que dividían el imperio de los Incas y que una guerra intestina despedazaba la dinastía reinante, arribó con alguna gente al Perú, y, apoderándose de las personas reales, hizo suyo este gran territorio fundando la ciudad de Lima, que hoy es la capital de aquella república. En los mismos días era conquistado Chile por el esfuerzo de los españoles, Diego de Almagro, Pizarro y Luque, así como Puerto Rico era también agregado á la corona de España por los intrépidos marinos Elcano, Ponce de León y Núñez de Balboa, después que hubieron doblado el Cabo de Buena Esperanza.

Tras una vida tan activa y laboriosa, llena de emociones, sí que en su mayoría agradables, logradas muchas de sus aspiraciones, desvanecidas otras de las que embargaran su mente y fueron su sueño al subir al trono, doblado al peso no tanto de los años como de tanta grandeza, el emperador Carlos V, dueño de un imperio como no se había conocido hasta entonces, pues que fué mayor que el de Alejandro, Roma y Carlo Magno, retiróse al monasterio de San Yuste, convencido, según, él de que la fortuna no favorecía á los viejos, trocando el ruido de la corte por la soledad del claustro.

Aquí acaba, hijos míos, aquel reinado, el más grande de nuestra España, el que asombró al

mundo con sus conquistas y gigantescas empresas, y no pudiendo seguir adelante porque se haría ya demasiado pesada la conferencia de esta noche, dejó para mañana el decirnos algo del reinado de su hijo Felipe, que heredó la corona al renunciarla Carlos para sepultarse en una de aquellas sombrías celdas donde acabó sus días dos años después.





Velada décima-quinta.

I. Felipe II y su política exterior.—II. Sucesos interiores.—III. Felipe III.

I

Hijos míos: Voy esta noche á ocuparme de otros dos reyes de la casa de Austria. Prestad atención.

Al heredar el trono de España Felipe, el *Prudente*, como le califican algunos, había llegado aquél á su máximo esplendor; la estrella de los austrias tocaba el cénit de su recorrido; de aquí en adelante había de caminar declinando siempre, hasta hundirse en el ocaso al que la empujaron con marcada precipitación los últimos vástagos del emperador Carlos.

Pero no es mi propósito hacer el epílogo esta

noche de los cuatro reinados que aún nos resta conocer de la austriana rama, no; me ocuparé sólo de los dos que sirven de epígrafe á la conferencia de hoy empezando, como es natural, por el hijo del retirado de Yuste, cuyo carácter sombrío y lleno de severidad se retrata de cuerpo entero en el magnífico monasterio que, enclavado en la falda de la sierra carpetana, se levanta al norte de Madrid y á poca distancia, conocido con el nombre de El Escorial.

Apenas Felipe II ocupa el trono cuando Enrique II de Francia, que había heredado de su padre Francisco I con la corona el odio á la casa de Austria, provocó una guerra que tuvo para el francés desastrosos efectos.

El Duque de Alba y el de Saboya son los generales de Felipe encargados de hacer sentir al vecino reino la todavía pujante fuerza del poder de España. Derrota el primero en Italia á un ejército francés, y, cerca de Roma, hace entreveer al Papa, aliado de Enrique II, un nuevo saqueo, por lo que temeroso el Pontífice, se desune de la liga. En tanto el duque de Saboya penetra en Francia, encuentra á los franceses en San Quintín y los derrota completamente, tomando posesión de esta plaza el 10 de Agosto de 1575. Para conmemorar tan fausto hecho de armas, mandó Felipe II levantar el monasterio de El Escorial, que ya os he indicado.

Pero los pueblos estaban cansados de guerras y ansiosos de paz, por lo que se estipuló la de *Chateau-Cambresis*, que ponía término por entonces á la guerra franco-española; y digó por entonces, porque á poco de tal concierto hubo de estallar una guerra religiosa en Francia, la que recibía impulso del rey de España, que apoyó á los católicos con grandes sumas de dinero y con ejércitos, hasta que convencido de los inmensos tesoros que lucha tan infructuosa consumía, reconoció por rey de Francia á Enrique IV, y volvió á España después de una contienda que nada útil pudo proporcionar al reino.

Pero si desastrosas por los efectos poco prácticos obtenidos de ellas le fueron las guerras sostenidas con Francia, no lo fueron menos las que ocasionó la enemistad de Felipe II con Isabel de Inglaterra, soberana que no perdonaba medio de manifestarle su odio.

Así, pues, empezó una guerra sorda y de intriga entre los dos soberanos. La reina inglesa alentaba la rebelión de las Alpujarras, al paso que consentía que el aventurero Drake devastase las colonias españolas de América. En tanto Felipe avivaba el fuego que consumía en Inglaterra á protestantes y católicos, suscitando toda clase de obstáculos, lo mismo en el interior que en el exterior, al gobierno de Isabel.

Tal estado de cosas no podía terminar sin que

estallara una guerra entre las dos naciones, y sirvió de pretexto para llegar á ella, aparte de los muchos motivos que por una y otra parte ya había, la sangre inocente vertida en el cadalso de la bella reina católica de Escocia, María Stuard, mandada ejecutar por Isabel con implacable saña, suplicio que movió á Felipe II á declarar la guerra á la protestante reina de la gran Bretaña, lanzando á los mares una formidable escuadra, tan grande como no se había conocido hasta entonces, por lo que recibió el nombre de *Invencible*, la cual hizo rumbo, saliendo de Lisboa á las costas de Inglaterra.

Un serio contratiempo detuvo á la *Invencible* cuando aún no había abandonado por completo las costas de España. A la altura del cabo de Finisterre un desecho temporal hizo zozobrar á ocho de sus hermosos navíos, dispersando á los demás. Rehechos y puestos en orden, siguieron avanzando hasta dar vista á las costas inglesas; pero el duque de Medinasidonia que había reemplazado á Don Alvaro de Bazán, muerto poco antes de salir la escuadra, nada conocedor de la ciencia náutica y de las prácticas marítimas, se dejó sorprender por los voladores barcos de Drake, que pegando fuego una noche á los que componían la *Invencible* consiguieron, ayudados por una tempestad, destruir la escuadra mayor que hasta entonces habían sostenido los mares.

Cuando Felipe II recibió la noticia de la destrucción completa de su escuadra, se redujo á decir con la rigidez de su imperturbable carácter: «no la envié yo contra Dios, sino contra los hombres».

Suceso más importante en apariencia que en realidad, fué la incorporación en este reinado de Portugal á la corona de España.

Muerto en la batalla del Alcázarquivir el rey D. Sebastián, del vecino reino, Felipe II requirió el trono, para el que hubo algunos pretendientes, alegando derechos como sobrino de don Sebastián; pero los portugueses no quisieron reconocerle rey, por lo que envió al Duque de Alba que ganó la célebre batalla de *Alcántara* al mismo tiempo que Santa Cruz bombardeaba y rendía á Lisboa, hechos que bastaron para que Portugal quedase agregado á la corona de Castilla, llevando tras sí las muchas colonias que poseía el reino lusitano, agrandándose considerablemente los dominios españoles.

Pero el hecho que sin duda alguna reviste más importancia en el reinado que reseñamos es el siguiente:

El pujante poderío que había alcanzado el imperio de Turquía durante Solimán, y las incesantes correrías que los turcos llevaban á cabo por el Mediterráneo, apoderándose de las plazas fuertes de todo el litoral, tenían amedrentada á Euro-

pa. Proyecta Solimán dejar caer sus ordas musulmanas sobre Occidente, y la cristiandad lanza un grito de horror al conocer las intenciones del altivo soldán de Turquía, que moría poco después, dejando como sucesor á su hijo Selín II, quien señala á su gente como presa segura la isla de Chipre. El papa Pío V predica una cruzada invitando á los príncipes cristianos á formar una coalición contra el turco, pero su voz no es escuchada más que por el cristianísimo Felipe II de España y la república de Venecia, que, unidas al Pontificado, se propusieron detener el poder de los turcos. A las órdenes de D. Juan de Austria parte de las costas de Italia la escuadra de la Liga y avístase con la turca, compuesta de mayor número de barcos, el 7 de Octubre de 1571, á la entrada del golfo de Lepanto.

De pronto el poético lucir del alba es interrumpido por densas nubes de humo que cubren una extensión considerable: había empezado un duelo á muerte entre ambas escuadras, no oyéndose más que el seco estampido del cañón ahogando con su ronco bramido los ayes y gritos de dolor lanzados por los que caían heridos ó despedazados sobre las cubiertas de los buques. Arrécia el combate y las tripulaciones se lanzan al abordaje. De pronto la capitana de los turcos es asaltada por los soldados del buque que tremolaba el estandarte de la Liga; cae mortalmente herido el

efe musulmán y el golfo de Lepanto es el escenario donde se cosecha una de las más brillantes victorias, respirando ya la cristiandad libre de aquel peligro que le amenazaba, y siendo aclamado Don Juan de Austria por el incomparable triunfo alcanzado contra el turco poder de Oriente. En este combate, hijos míos, fué herido en un brazo Cervantes, el que poco después había de asombrar al mundo con su incomparable obra, vertida hoy á todos los idiomas, que no ha querido privarse ninguna nación del gusto de saborear el *Quijote de la Mancha*, producción que ha inmortalizado al manco de Lepanto, nombre por el cual se le conoce también á su autor.

Mas si Felipe II pudo apuntar en sus anales hechos tan notables como la conquista de Portugal y la victoria de Lepanto, debidos al esfuerzo de sus aguerridas tropas, vió amargados estos triunfos ante la soberbia rebelión de los Países Bajos que fué causa de muchos desastres, consumiendo en un dilatado periodo de treinta y dos años que duró la guerra inmensos tesoros, vertiendo rios de sangre y haciendo que se estrellara la fama de sus más valientes y avisados generales.

En efecto; Felipe II, como español que era, trataba á los flamencos con la misma dureza que su padre Carlos había tratado á los castellanos, y así como la desconsideración hacia éstos del Em-

perador hizo estallar la guerra de las Comunidades, el poco afecto de Felipe hacia aquellos sus estados provocó la infausta guerra de los Países Bajos.

En vano son mandados miles de soldados para reprimir la rebelión; inútil fué ensayar la crueldad y el castigo más duro, impuesto por el célebre *Tribunal de la sangre*, ni tampoco dieron resultado los temperamentos de prudencia y transición puestos en práctica más tarde, pues si por breves momentos el incendio parecía extinguirse, no era más que aparentemente para asomar después con más fuerza devorándolo todo con el aliento devastador de su llama revolucionaria.

El Duque de Alba, Requesens, D. Juan de Austria, Alejandro de Farnesio, el Conde de Fuentes, los más grandes prestigios militares de Felipe II, se estrellaron ante la indomable resolución de los flamencos decididos á sacudir el yugo opresor que los afrentaba, por lo que conociendo el rey lo inútil de tanto desastre renunció sus derechos, dando estos estados á su hija Isabel, casada con el Archiduque Alberto, concluyendo de este modo lo que en la historia se conoce con el nombre de *Guerra de Flandes*.

II

Qué sucesos ocurrieron en el interior del reino durante este periodo, es lo que nos resta conocer para dar fin á este reinado.

El austero y rígido carácter del segundo de los Felipes, por una parte, y el deseo ardiente de los moros granadinos de conseguir la libertad perdida con la bella ciudad dieron motivo á una revolución formidable y sangrienta cuyos baluartes fueron los agudos picos de las Alpujarras.

Cierto es que con los habitantes musulmanes no se procedió con gran tino como exigía lo delicado de su situación, y, por el contrario, se les vejaba constantemente, prohibiéndoles su culto, sus prácticas, requiriéndoles á que pagaran exagerados tributos, aparte de otras violencias de que eran objeto, por lo que aquellas gentes sobornadas á viva fuerza, se alzaron en armas eligiendo rey á un descendiente de los Omniadas y fijando las heladas crestas de la sierra granadina como campo de batalla.

Dos años duró la lucha dándose á conocer en ella actos de heroísmo y ferocidad por ambas partes, y sólo cuando la sangre ahogó los últimos gritos del vencido hijo de Agar, pudo darse por

terminada una guerra imprudente, suscitada por odios de raza, alimentados por el intemperante carácter del rey Felipe.

Pero donde más se echa de ver el déspota y absorbente poder de este rey es en la batalla que libró contra los fueros y privilegios de las ciudades, hasta que consiguió levantar el pedestal de su poder absoluto sobre las ruinas de las libertades de sus reinos.

Fijo siempre en esta idea, un fútil motivo le dió pretexto para que el hacha del verdugo die-
ra cuenta de las franquicias aragonesas.

Acusado Antonio Pérez, secretario de Felipe II, de la muerte de Juan Escobedo, que lo era de D. Juan de Austria, fué procesado, pero huyó á Aragón acogiéndose al fuero de la *Manifestación*. Reclamado por el Santo Oficio, por supuestos delitos religiosos, el pueblo aragonés se opone á la prisión del válido y le da libertad, internándose Antonio Pérez en Francia. Irritado el rey por la huida y viendo burlada su autoridad, manda numerosas tropas sobre Zaragoza. La campana del Pilar vibra en los aires tocando á somatén y de todas partes acuden los hijos de Aragón á defender sus fueros y libertades, pero son completamente derrotados por las tropas reales, es preso el Justicia Mayor y al día siguiente cae la cabeza de D. Juan Lanuza al golpe rudo de la cuchilla del verdugo, acabando Felipe II de una vez con

aquella suprema magistratura que podía ponerse frente á frente del rey. Así terminaron las libertades aragonesas, y el pueblo aquel tuvo que caer rendido por la fuerza, ahogando los gritos de rabia y despecho, á los pies del soberano.

Sombrío y misterioso en todos sus asuntos de Estado era lo mismo para los sucesos interiores ó de familia. De ahí el misterio que rodea la prematura muerte de su hijo D. Carlos, habida en un calabozo, donde fué encerrado por orden del padre, sin que nadie pudiera averiguar la causa de tal muerte, que permanece aún en el más impenetrable de los secretos de su reinado.

Fatigado de una vida tan activa y después de cuarenta y dos años de gobierno, entregó su alma á Dios, dejando heredero de sus estados á su hijo Felipe III.

No queremos emitir los encontrados juicios que ha merecido este rey, sin duda el más discutido de los monarcas españoles, ni mucho menos consignar el nuestro; pero sí concluiremos este reinado con algunas palabras. Frio é impasible, Felipe II, no le exaltaban los triunfos ni le conmovían los reveses: por eso, cuando el turco sucumbió en Lepanto, no tuvo una sonrisa para sus triunfantes guerreros, como tampoco se inmutó su semblante al saber el desgraciado fin de su *Invencible* escuadra. Quiso hacer un pueblo de creyentes y matemáticos sujeto sin obtáculos n^o

condiciones al poder omnímodo de su brazo, y para conseguirlo hizo funcionar con más frecuencia de lo que hubiera sido de desear el tribunal de la Inquisición, la que habría instituido si no la hubiese encontrado establecida. Le hastiaba la grandeza y la factuosidad, y á diferencia de su padre, el Emperador, que rigió la política de su tiempo con la punta de la espada, rodeado siempre de una brillante corte, el rey Felipe concibió y ejecutó todos sus planes en la soledad de uno de los cuartos del Escorial con la punta de su pluma. Allí, bajo las bóvedas claustrales del sombrío y colosal monasterio, yacen sus restos, y el viajero puede contemplar al visitar esta maravilla artística un cuarto donde una vetusta mesa, un sillón y un tintero dan idea de la austera figura del rey austriaco, cuya sombra parece ahuyentarse al turbar la soledad de aquella estancia el incierto paso del visitante.

III

Siéntase Felipe III en el trono de los austrias á los diecinueve años de edad, y ciertamente no era éste el príncipe que necesitaba España si había de detenerse en la rápida pendiente de su iniciada decadencia. Débil de carácter y sin con-

diciones de gobierno, dejó los asuntos del Estado huérfanos de la tutela real, entregados á ambiciosos favoritos. De ahí lo desastroso de su reinado.

Apenas se llamó rey, llama á su lado al Duque de Lerma, que reverdeció con sus ridículas ideas conquistadoras los odios y guerras del anterior reinado, siquiera en éste fueran doblemente grave funestas para la nación.

Así, pues, las armas españolas pudieron contar con algunas victorias en los Países Bajos; pero el tratado de la Haya daba definitivamente la independencia á Holanda, después de haber desangrado la ya exhausta nación por las guerras anteriores.

Decide el de Lerma llevar la lucha á Inglaterra y nuevamente es destrozada una escuadra española al avistar las costas inglesas, cual si los elementos protegiesen á la nación británica.

El hecho culminante de esta época, no diremos si favorable ó abverso, pues de todo tiene según desde los puntos de vista que se le considere, fué la expulsión de los moriscos decretada al fin por Felipe III tras largas indecisiones.

Las continuas pruebas que daban los moros de su aversión á los católicos; los tratos secretos que sostenían con los berberiscos de Africa y los piratas del Mediterráneo, tratos en que fueron sorprendidos; el gran deseo de llegar á la unidad religiosa que consideraba como un obstáculo sério



á su realización, así como una afrenta, la estancia en España de los apóstatas árabes, aspiración sentida igualmente por el pueblo que por el religioso monarca, éstas y algunas otras fueron causas para que se decidiera la expulsión de los moriscos que salieron de España en número considerable, (algunos hacen llegar la cifra de los que dejaron el suelo español á tres millones) muriendo muchos de ellos al llegar á las costas africanas, donde encontraron sólo el robo y el asesinato, sufriendo, no pocos, rigores y desdichas sin cuento en otras inhospitalarias naciones donde arribaron.

Si la idea religiosa pudo encontrar disculpa á tal medida, la idea política no puede menos de condenar una orden que arrancaba de España cientos de miles de brazos necesarios al fomento de la agricultura, de la industria y del comercio.

En guerra continua España, lo mismo en éste que en los demás reinados, necesitaba todos sus hijos para sostener el poder de sus banderas: de ahí que los moriscos trabajasen los campos, que llegaron á dar tres cosechas anuales, fomentasen siempre en creciente progreso la industria, y sostuviesen el comercio con sus tratos y mercancías. Por eso, al dejar el suelo patrio, los campos quedaron eriales, la industria sufrió un rudo golpe y el comercio decreció en importancia viniendo



todo á perjudicar notablemente los intereses de la nación; y si á esto se añade que á su salida llevaron consigo las cuantiosas riquezas de que eran dueños, habrá que confesar que la expulsión de los moriscos fué una medida antipolítica y antisocial, siquiera se consiguiera con ella dar gusto á los deseos del Papado y á las incesantes reclamaciones del pueblo hechas en este sentido, al que no le permitió ver más allá su fanatismo religioso.

Después de un reinado tan próspero como fecundo en tristes acontecimientos para la patria, Felipe III, dejó de existir, legando la España á su hijo Felipe IV, puesta en el camino de la más rápida de las decadencias que se han conocido en la historia, decadencia á que fué precipitada por el inhábil monarca, que más atento al cultivo de las artes liberales que á regir el Estado, dejó éste en poder de favoritos como el duque de Lerma y el de Uceda, hombres sin condiciones de gobierno, que no trataron más que de halagar sus pasiones y ambiciosos proyectos, siquiera llevara aparejada la satisfacción de sus propósitos el desmembramiento de la patria, que ya por entonces conocía el desgaste inútil de sus tesoros é hijos.

Y como ya es hora de que termine por hoy, haré punto esta noche y mañana os presentaré las figuras históricas del cuarto Felipe y de Carlos II, últimos reyes de la casa de Austria, haciendo, á modo de resumen, un estudio ligero del

estado de la nación desde el tiempo que Felipe el Hermoso ocupó el trono hasta que acabó el periodo austriaco con el último de sus bástagos, Carlos el Hechizado, época en que, según un historiador, al vigor de la nación se debe sólo que no desapareciera del mapa, después del reparto que se llevó á cabo por el tratado de la Haya.

Hasta mañana, pues.





Velada décima-sexta.

I. Felipe IV.—II. Carlos II.—III. Progresos realizados durante la casa de Austria.

I

No era la España al empezar á reinar Felipe IV, hijo de Felipe III, la nación aquella que en tiempo de los primeros austriacos marcaba, la política que habían de seguir todas las cancillerías del mundo; muy lejos de esto, la pobreza y el abatimiento á que había quedado reducida, la hacían, si bien formar parte del concierto europeo, se escuchara ya su voz sin estremecimientos, relegada más bien á segundo término.

Y, sin embargo, continúan en este reinado las mortíferas luchas esquilmando el país y empujándole á una verdadera y pronta ruina.

Por eso la guerra arde en Francia, en Italia, en Portugal, en los Países Bajos...; qué más, territorios españoles enclavados en el suelo patrio, sueñan con la independencencia, y Barcelona sostiene una campaña tenaz y sangrienta que hizo más daño á la nación que todas las extranjerías juntas, con ser tantas y tan desgraciadas para las armas españolas.

Joven Felipe IV cuando hereda á su padre y no ciertamente con marcadas aptitudes para el gobierno, entrega éste en manos del funesto conde-duque de Olivares. Por entonces reinaba en Francia Luis XIII, decimos mal: gobernaba con un poder supremo el cardenal Richeliú, el cual tenía como uno de sus objetivos principales el abatir la casa de Austria.

La primera figura política de su tiempo atrajo así todas las miradas de sus émulos, y el de Olivares ó quiso ponerse á su altura y derribarle, ó por lo menos soñó con hacerse respetar de él. Pero Francia comenzaba la primavera de su vida, mientras España se hallaba ya cerca del ocaso de su grandeza, y el resultado no pudo ser más funesto para la nación en aquella tremenda guerra de los *Treinta años*, en la que, si bien los tercios españoles hicieron prodigios de valor y

rayaron á la altura del heroismo en sitios como el de *Breda*, no pudieron oponerse á los triunfos del francés que destrozaba nuestra infantería en *Rocroy*, donde murió con el general conde de Fuentes el prestigio de los batallones castellanos, terminando tan infausto periodo con la paz de *Wesfalia*, y más tarde con la de los *Pirineos*, por la cual se concertaba el matrimonio de María Teresa, hija de Felipe IV, con Luis XIV, si bien renunciando los derechos á la corona de España á cambio de 500.000 escudos en oro, lazo perfectamente tendido por el astuto Richeliú; á la pérdida de no pocos estados, pasando unos á la corona de Francia y otros á ser independientes, como Holanda, y la cesión del puesto de honor que en las ceremonias internacionales ocupó hasta entonces el embajador español, sitio que heredó el francés.

Alentado el Portugal por los reveses de las armas españolas y no pudiendo aguantar los crecidos tributos y exajeradas exigencias del de Olivares, empeñado por entonces en la represión de las revueltas del Principado, sublevóse proclamando rey al duque de Braganza, con el nombre de Juan IV, el cual *había cometido la locura de dejarse proclamar rey*, según el de Olivares dijo al monarca al anunciarle los acontecimientos, creyendo sin duda le sería fácil someter á los descontentos portugueses; pero su desencanto debió

de ser grande al ver sus tropas derrotadas en *Villaviciosa*, derrota que obligó al rey Felipe á reconocer la independencia del reino lusitano.

Pero á no dudar, el hecho más desastroso del reinado de Felipe IV fué, como ya hemos indicado, el levantamiento de Cataluña. El poco tacto del Conde-Duque obligó á los catalanes á tomar las armas en defensa de sus privilegios, asesinando al conde de Santa Coloma, virrey del Principado. Larga y sangrienta fué esta guerra fratricida que consumía fuerzas necesarias en otros lugares; é hizo más tenaz por el auxilio prestado por los franceses á la rebelión, la cual acabó por fin, después de la toma de Barcelona por Don Juan de Austria con el tratado de los *Pirineos*.

Desastres tan repetidos afectaban grandemente el ánimo del rey y fueron de seguro la causa principal de su muerte.

Al meditar sobre su reinado, vemos desde luego su figura eclipsada por la de su favorito el Duque de Olivares, que apoderado del carácter débil del rey, hizo y deshizo á su antojo hasta que los repetidos fracasos le llevaron á la degradación. Por lo demás, si el reinado de Felipe III mostró ya debilidad para oponerse á las acometidas extranjeras, el de Felipe IV fué impotente para sostenerse dentro de sus mismos dominios. Por eso al morir dejó el edificio del Estado cuar-

teado por todas partes, necesitando de un brazo fuerte que le alejara del borde de la tumba en que se había colocado y le salvara de la infamia y de la muerte á la que caminaba con pasos de gigante; y, ¡oh dolor!, para llevar á efecto tan gran empresa lega la corona á un niño de cinco años, dejando entreveer las tristes escenas á que había dado lugar la aspiración á poseer la tutoría del niño y la gobernación del Estado, hasta el punto de que al empezar este reinado parece como que de un salto nos hemos vuelto á colocar en los revueltos tiempos de Alfonso el de las Navas, ó Alonso el Justiciero.

II

Carlos II el niño enclenche, raquítico y enfermizo, era el soberano de España á la muerte de Felipe IV, de la abatida España que necesitaba en aquellos momentos el poderoso brazo del Cid, ó el conquistador carácter de Carlos I para poder recobrar su abatida grandeza hecha girones por la torpeza de sus antecesores, y la cual iba él á acabar de hundir en el cieno de la degradación con su imbécil carácter.

Y, efectivamente, el reino tan luego como fué á manos tan desgraciadas, comenzó á sufrir las consecuencias de su mala fortuna.

La reina madre se encarga de la regencia y supedita su acción á los consejos de su confesor, el extranjero Nithart, volviendo á perturbar la paz interior las intrigas puestas en juego por la nobleza para derribarse de las alturas del poder, y sucederse en la privanza del monarca.

La perniciosa política del P. Nithart, acabó con su destierro, al mismo tiempo que por don Juan de Austria, que le sucedió en el mando, eran deportados la reina madre, Valenzuela y otros.

La Francia, que no desaprovechaba momento para arruinar á España, exigió á ésta el dote de María Teresa, y como no pudiera pagársele dada la penuria del tesoro, declaró la guerra á nuestra nación conquistando importantes plazas enclavadas en territorio español. Larga y penosa fué la contienda y aún hubiera durado más si el estado agonizante de Carlos II no hubiese puesto sobre el tapete la sucesión á la corona de España, teniendo en cuenta que el monarca no dejaba hijos, por lo que se firmó la paz de *Bressvik*, devolviendo por ella Luis XIV, generosamente, las plazas conquistadas, siquiera obedeciendo más que á un sentimiento de espontáneo desprendimiento, á una previsora conducta en perspectiva de los acontecimientos.

En tanto la persona real en vez de respeto no inspiraba más que lástima. Las crisis consecutivas

sufridas por Carlos en su salud fueron agravando más y más su estado, y si á esto se añade la debilidad de carácter y la poquedad de espíritu de que siempre dió pruebas, veremos como fueron causas bastantes para hacerle incapaz en todo momento de gobernar por cuenta propia. Como si esto no fuera bastante, dió en propalarse la idea de estar el rey *endemoniado*, sometiéndole á las preces y exorcismos de la Iglesia con el fin de lanzar de su cuerpo los espíritus malignos, conociéndosele por esto con el nombre de *Hechizado*.

El rey prevé su muerte y piensa en sucesor; pero juguete de los dos bandos que se disputaban la herencia, tan pronto ofrecía la corona á Leopoldo de Austria, como dejaba el reino á la rama borbónica de Luis XIV de Francia.

Muere, al fin, y una sacudida de febril curiosidad hizo que convergieran todas las miradas de Europa en su testamento, produciéndose un movimiento de admiración al saber que Carlos II dejaba de heredero al trono de España á Felipe de Aujou, hijo segundo del Delfin de Francia.

Entristece al ánimo el tener que recordar los dias de este aciago reinado. La decadencia rápida á que fué conducida España por los anteriores reyes halló su colmo en éste. Con razón ha dicho un escritor, resumiendo en pocas palabras los rasgos principales de carácter de los reyes austriacos, que Carlos I fué rey y general;

Felipe II fué sólo rey; Felipe III y Felipe IV no supieron ser reyes, y *Carlos II, ni siquiera fué hombre.*

A esto se debe sin duda que en sus ya últimos años llegaron las demás naciones á repartirse á España en las conferencias de la Haya y Londres, á esta nación que hacía un siglo había impuesto su voluntad de hierro en todo el mundo, cuando rigieron sus destinos reyes como Fernando V de Aragón y Carlos I de Gante, y que á la fecha á que nos referimos tuvo que contemplar impasible, doliéndose de su impotencia, su desmembración, al extremo de que hubiera dejado de existir como nación á no haberse llamado España.

El *Hechizado* llaman al *Augústulo* de la casa de Austria todos los historiadores, más yo creo que más que *Hechizado* fué un *imbécil* que hizo pagar á la nación bien caro su endeblez de cuerpo y su flojedad de espíritu.

Dejémosle para ocuparnos del estado en que se encontraba España á su muerte, y de los adelantos conseguidos durante el tiempo que la casa de Austria estuvo dando reyes á nuestra nación.

III

Políticamente el reino perdió aquella fuerza que en periodos anteriores llegó á tener para intervenir por medio de sus Cortes en la resolución de los negocios de Estado.

Contrariado Carlos I por las trabas que desde los primeros momentos de su mando pusieron á sus proyectos las Cortes, fué siempre su idea rebajar aquel prestigio, desoyendo los consejos que en varias ocasiones le dieran y preparando el camino para que más tarde, su hijo Felipe II, ejerciera un gobierno del todo absoluto, quedando casi anuladas aquellas asambleas que habían admirado al mundo con sus sabias disposiciones.

En lo que España estuvo dirigida por el brazo fuerte del Emperador, ó rigieron sus destinos la política y sagacidad del segundo de los Felipes, no fué muy de notar la falta de fuerza tan poderosa; mas tan luego como el poder llegó á las manos de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, incapaces para gobernar por si solos, los efectos fueron desastrosos, y el no poder intervenir el pueblo por medio de sus Cortes en aquellos gigantescos proyectos de los reyes aus-

triacos fué la causa de las sensibles pérdidas territoriales y económicas que gradualmente iban sintiéndose, llegando la nación en el periodo del último austria á el más lamentable estado de política decadencia.

Como consecuencia del continuo guerrear de aquella época, desatendiéronse las fuentes de riqueza del país, fiados en los grandes tesoros que de la América venían y que apenas bastaban para mantener nuestras numerosas tropas repartidas en toda Europa; y si en tiempo de Felipe II dejóse ya sentir la miseria pública, en las épocas posteriores llegó el hambre á advertirse en proporciones horribles al punto de que Felipe IV puso cepillos en las iglesias en las que se pedía limosna para las necesidades del reino.

A tal estado llegó la desmoralización en los gastos y tal fué la penuria de la Hacienda, que Felipe II decía que *cada día pensaba de lo que iba á vivir al día siguiente*, y Carlos II tuvo que empeñar sus alhajas y la plata de las iglesias para sostener las necesidades de su casa; y si esto sucedía á los reyes, júzguese á que estado más lamentable no se vería reducido el pueblo con aquellos imprevisores monarcas.

Consecuencia legítima de tan infausta manera de gobernar fué el abandono completo de ramos que en el reinado de los reyes Católicos habían sido impulsados y adquirido vida propia, merced

á la constante protección que les dispensaron: nos referimos á la *agricultura, industria y comercio*.

Ocupados todos los brazos en el manejo de las armas, los campos quedaron yermos y sin cultivo; la *industria*, careciendo de primeras materias, que no daba la tierra, sufrió un considerable atraso, y el *comercio* fué nulo si se tiene en cuenta que careciéndose en todas las comarcas de lo más preciso mal podían hacerse cambios y establecerse trueques. Si á la falta de hombres que se dedicaran al cultivo de estas fuentes de riqueza se añade que veíanse oprimidas por los anerosos impuestos con que continuamente eran grabadas, se concebirá que no pudieran vivir por más tiempo y mucho menos sostener la competencia con las industrias extranjeras. Vino á hacer el mal irremediable en este sentido la torpe expulsión de los moriscos, únicas manos en que estaban vinculadas las escasas fuerzas productivas del país que quedaron, al abandonar los mahometanos nuestras costas, completamente muertas para mucho sucesivo tiempo.

Y si de aquí alzamos la vista para fijarla en otras esferas donde pudiera retratarse la actividad de la inteligencia humana, veremos que su atraso corre parejas con el advertido en los ramos que hemos reseñado.

El vuelo del espíritu tuvo que ceñirse á los

moldes raquíticos de las exigencias inquisitoriales, y con tales trabas no podía conseguir la ciencia grandes alturas; únase á esto la apatía é indiferencia con que la casa de Austria miró cuanto significara progreso en el terreno científico, y se encontrarán las causas del retraso en las investigaciones serias de esta época. Apesar de estos obstáculos, se columbraba ya por Pérez Oliva la invención del *telégrafo eléctrico*; Núñez inventaba el micrómetro, llamado *nonius*, Guillén la *brújula de variación*, Rivero, las *bombas* para achicar el agua y por Escribano y Bautista Porta se hacían los primeros ensayos sobre la navegación por el vapor. En *medicina*, llegaron los médicos españoles á imponerse en todo el mundo, distinguiéndose en ésta época el segoviano Andrés Laguna.

Pero el ingenio humano, espantado del campo científico por la intransigente censura del Santo Oficio, desplegó sus alas en las regiones literarias descollando en toda la época austriaca figuras eminentes que cultivaron el idioma, haciéndole poco menos que universal, atrayendo así á todas las demás naciones que bebían en nuestra literatura geniales concepciones y artísticos giros llenos de corrección, galanura y originalidad. Díganlo sino las hermosas é imperecederas producciones de Garcilaso de la Vega, Rioja, los Argensolas, Balbuena, Alcázar, Villegas, el Divino

Herrera, Lope de Vega, Tirso de Molina, Cervantes, Calderón de la Barca, Fray Luis de León y de Granada; Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Góngora, Quevedo y tantos otros como brillaron en aquella época feliz para las letras patrias.

Las bellas artes, en sus diversas manifestaciones, tampoco hicieron grandes adelantos, sosteniéndose solamente por el impulso que de atrás habían recibido.

No obstante, *la música* española, sencilla pero majestuosa, es inspirada por notables compositores que lucen sus aptitudes en las catedrales y monasterios, cultivando el género religioso, y las hermosas composiciones á que dieron origen resuenan aún hoy bajo las augustas bóvedas de la Capilla Sixtina.

La pintura y *la escultura*, apesar de que carecían de la libertad necesaria al arte para expresar su verdadero fin, encontraron genios como los de Murillo, Velázquez, Ribera y Zurbarán, la primera y Berruguete, Juanes y Villegas la segunda que immortalizaron con sus obras la época en que vivieron, obras que hoy son admiradas con deleite por los que *sienten y comprenden el arte*.

La arquitectura, en la época que estudiamos, nos legó bellísimas obras del más puro estilo en los primeros reinados, viniendo después á pade-

cer el atraso de todas las demás manifestaciones, como puede verse en los tan degenerados como escasos monumentos del tiempo de Felipe IV y Carlos II.

Produce sus últimos destellos el arte *mudéjar* y es reemplazado por el estilo *plateresco*, en un principio, caracterizado por la abundancia de adornos. A esta época corresponden también el *greco-romano* que puede admirarse en el soberbio monasterio del Escorial, construido bajo la dirección de don Juan Herrera, en tiempo de Felipe II; hace su aparición en la historia del arte el estilo *churrigueresco*, que toma este nombre de su mantenedor Churriguera encarnado, en la portada del Hospicio provincial de Madrid, San Juan de Letrán de Valencia y en el palacio de San Telmo de Sevilla.

Diremos para terminar por esta noche este sencillo recorrido histórico, que *el ejército* sufrió como nadie la influencia de aquel rápido decaer de los reyes austriacos. Carlos V sostuvo con su genio militar la preponderancia de nuestras tropas en el extranjero, donde eran tomadas como modelo, lo mismo por su indumentaria que por su ilustración y virtudes militares: ya en el reinado de Felipe II resintióse bastante la disciplina del soldado, pues teniendo que guerrear éste cuando se le adeudaban considerables sueldos no podían evitarse ciertas insubordina-

ciones, impuestas por el hambre, y en los reinados posteriores, es decir, en tiempo de los dos últimos Felipes y de Carlos II, el ejército español, compuesto en su mayoría de gente asalariada é ignorante, llegó á un estado de inmoralidad é indisciplina tal, que asusta recordar los excesos cometidos por las compañías de soldados cuando, llegadas á una población, se entregaban al robo y al pillaje. Con gente así no podían cosecharse más que derrotas; y, ya lo hemos visto, á los triunfos y laureles recojidos por nuestros tercios en Italia, Francia y los Países Bajos durante el primer periodo de los austriacos, se suceden los desastres y derrotas en el segundo, perdiendo por fin en *Rocroy* la infantería española la fama de invencible que, desde la toma de Toledo por Alfonso VI, se había conquistado.

Y si apartamos la vista de las fuerzas terrestres para fijarnos en nuestro *poder naval*, no podremos menos de reconocer que en nada se patentizó más aquella precipitada marcha hacia la impotencia y la pobreza como en la *marina*.

Carlos I logra con sus escuadras imponer respeto en el Mediterráneo y en las costas africanas; Felipe II sostiene el prestigio de las armadas de España, y destruye el poder marítimo de los turcos en Lepanto, pero las olas tragan las naves españolas en las costas inglesas, debilitándose mucho nuestro poder naval, que tiene

que ceder el primer lugar á la marina inglesa; y en los reinados de Felipe III y Felipe IV, la falta de dirección acaba de desorganizar en vez de reconstituir la marina española, al punto de que en la época de Carlos II, la crítica extranjera, escarnece el nombre de España dando cuenta de su marina con el siguiente refrán: *la escuadra de España, dos navíos y una tartana.*

Esta era la nación que se disputaban las cortes extranjeras á la muerte de Carlos II. A tal estado había llegado la señora del mundo, aquel vasto imperio creado por Isabel la Católica y Carlos I, que asombró al Universo con sus conquistas territoriales, artísticas y científicas, que fué el arsenal de donde se surtieron de sabios y maestros las universidades de los demás países, y que al finalizar el siglo XVII, ofrecía el más triste cuadro de desolación, abatido é impotente para poderse sobreponer á sus desgracias seculares.

Y nada más por esta noche. Hasta mañana, hijos míos, que os comience á explicar la historia del periodo borbónico, que empieza en España con Felipe V de Anjou.





Velada décima-séptima.

I. Felipe V y Luis I.—II. Fernando VI.—III. Carlos III.

I

Nebuloso aparecía el horizonte político al morir Carlos II de España. Las potencias habían hecho un reparto de esta nación, pero una sacudida violenta hizo trepidar todos los tronos al conocer el sucesor del *Hechizado* rey, que no era otro que *Felipe de Anjou*, nieto de Luis XIV de Francia. La Europa mira con recelo la preponderancia borbónica al reunir en su familia dos

coronas tan importantes, y al disponerse el rey de Francia á recoger la herencia de su nieto sentándole en el trono español, Leopoldo de Austria reclamaba la corona de España para su hijo Carlos segundo.

Ya no hay Pirineos, había dicho Luis XIV al dar cuenta al cuerpo diplomático del nombramiento de Felipe de Anjou como sucesor de Carlos II, á lo cual contestaron las potencias temiendo por el equilibrio europeo: *eso, lo dirán las armas*, y, en efecto, toda la Europa se declara por Carlos de Austria formando la *grande alianza*, y España y Francia tienen que hacerla frente en aquella heroica lucha que en la historia se conoce con el nombre de *Guerra de Sucesión*.

La guerra surge enconada y sangrienta por ambas partes, y aunque el mismo rey Felipe y los mejores generales franceses y españoles hacen prodigios de valor logrando la gran victoria de Almansa, los aliados consiguen grandes ventajas y derrotan sucesivas veces á los partidarios del de Anjou, apoderándose de importantes plazas del litoral mediterráneo y llegando á entrar en Madrid el mismo Carlos al frente del ejército aliado.

Como si no fuera bastante la fuerza representada por las naciones coaligadas, Cataluña, que no había olvidado los excesos cometidos por los franceses en los reinados anteriores, levanta sus

pendones por el austriaco, distrayendo tropas que se necesitaban para combatir al extranjero.

La lucha era larga y costosa en sangre y dinero, por lo que, teniendo en cuenta Luis XIV la penuria de su erario, sométese á la ley del vencido y solicita la paz; más las potencias aliadas engreídas en sus triunfos quieren imponer al rey de Francia tan exajeradas y onerosas condiciones, que el francés las rechaza airado, reanudándose si cabe con más encarnizamiento la guerra. En el extranjero perdíamos importantes territorios, como Nápoles, el Milanesado y Bélgica, y plazas como Cerdeña y Orán, y sólo la gran victoria de Villaviciosa obtenida por el rey Felipe contra los aliados detiene los triunfos del austriaco pretendiente.

La muerte del emperador de Austria llamó la atención de las potencias, por ser Carlos el indicado para sustituirle en el trono de aquella nación; y como la principal causa de la *Guerra de Sucesión* fué el evitar que Felipe reuniera algún día las dos coronas de Francia y España, encontrábanse con el mismo inconveniente si persistían en la idea de sentar á Carlos en el trono de España, después de haber heredado el imperio austriaco, y no pudiendo consentir esto el equilibrio europeo se abrieron negociaciones que dieron por resultado la paz de *Utrecht* en la cual

se reconoció á Felipe de Anjou como rey de España, si bien haciéndole abdicar sus derechos al trono de Francia, abdicación que hizo, conquistándose así el afecto de los españoles. Por este tratado perdió la nación española *Gibraltar*, *Sicilia*, los *Países Bajos*, el *Milanesado*, *Nápoles*, *Cerdeña* y algún otro territorio.

Dado el carácter del borbón Felipe V y la necesidad conocida por él de una paz bien necesitada por el reino, es seguro que se habría conseguido si el favoritismo no hubiera vuelto á influir en el ánimo de los reyes empujando á la nación á infructuosas empresas que no contribuyeron más que á empobrecerla aún más de lo que estaba.

Durante la Guerra de Sucesión había jugado un papel importantísimo en la política internacional, y sobre todo española, la princesa de los Ursinos, dama de la reina Luisa de Saboya, esposa de Felipe V; pero muerta ésta, sucedióla en el regio tálamo nupcial Isabel de Farnesio, deponiendo á la de los Ursinos y elevando al lugar que en palacio ocupaba á un ambicioso italiano llamado Alberoni.

Su carácter conquistador y aventurero comprometió á España más de una vez, pero en nada fué tan funesta su ingerencia política como en la guerra que provocó al querer conquistar los territorios italianos cedidos por el tratado de

Utrecht á las demás naciones y en particular á Austria.

Apercibidas las potencias de los intentos de Alberoni, apesar de la reserva en que trató de envolverlos, formóse por Inglaterra, Francia, Austria y Holanda una liga con el nombre de *cuádruple alianza*. Los repetidos triunfos obtenidos por los aliados hicieron á Felipe V acojerse á la paz de *la Haya*, por la cual cedía todo el terreno conquistado en los primeros días de la campaña, siendo esta guerra la causa de que cayera de su altura Alberoni, única ventaja que obtuvo España de ella.

Asegurada la paz, todo parecía entrar en una nueva y próspera era, pero fatigado el rey Felipe de una vida tan activa, acaso, ó influido su ánimo por otras determinaciones (la causa principal es por completo desconocida) abdicó la corona en su hijo Luis I, retirándose á San Ildefonso, sitio construído por él á imitación de Versalles.

Mucho contrarió á los españoles esta resolución de su monarca, cuando de él esperaban medidas salvadoras en todas las órdenes de la vida nacional, que contribuyeran á levantar el decaído espíritu del país; pero saludaron al nuevo rey, en quien veían buenas disposiciones, dándole el nombre de *bien amado*.

Éfímero este reinado, pues sólo días cinco

Luis I la corona de Castilla, arrebatado de este mundo por unas malignas viruelas, el testamento del hijo, las necesidades del Estado y el deseo de todos los españoles, proclamaron á Felipe V otra vez por rey, comenzando el segundo periodo de su mando.

La muerte del rey de Polonia enciende la guerra en Europa, y España tomó el partido de Francia en esta contienda, ganando los españoles y franceses la gran batalla de *Bitonto*, y después, las de *Parma* y *Guastalla*, ajustándose la paz por la cual quedó, entre las cláusulas estipuladas, reconocido como rey de las dos Sicilias Carlos, hijo tercero de Felipe V.

Felipe V muere, por fin, cuando aún podía esperar mucho la nación de él, sucediéndole en el trono su hijo segundo, Fernando VI. La historia conoce al primer monarca francés que hubo en España con el sobrenombre de el *Animoso*.

Mucho costó á los españoles esta resolución de su monarca. II
medidas salvadoras en todas las órdenes de la vida nacional, que contribuyeran á levantar el
De edad madura, cuando subió al trono de España Fernando VI, comprendió bien pronto que el cáncer mortal que corroía á la patria eran

las continuas y desastrosas guerras sostenidas por sus antecesores, por lo que formó el firme propósito de sostenerse en una inalterable paz, único medio de que la nación pudiera cobrar fuerzas y reconstituir su hacienda, harto quebrantada en aquella época.

Con tal pensamiento y deseosas todas las naciones de terminar la guerra de Italia, que recibía como herencia, ajustóse la paz de Aquisgrán por la que se concedieron á Felipe, hermano de Fernando VI, los ducados de *Parma*, *Plasencia* y *Guastalla*, con la condición expresa de que no pudieran volver á la corona de España, y se afirmaba en el trono de Nápoles y las dos Sicilias á don Carlos.

Asegurada la paz en sus estados, sólo el mejoramiento de su pueblo embargó el ánimo del rey el corto periodo de su fecundo reinado, inspirándose en consejos de ministros tan notables como Carvajal, Ensenada y Valparaíso, que, con sus acertadas medidas, contribuyeron no poco á la prosperidad de la nación, sedienta de reformas y medidas bienhechoras.

En vano es sollicitado para tomar parte en las contiendas que siguieron agitando á Europa; ni compromisos de familia, ni las más halagadoras ofertas, le hicieron cambiar de ruta, contestando á Francia que le invitaba á formar una alianza contra el Reino Unido aquellas célebres palabras

que han pasado á la posteridad en forma de refrán: *Con todas las naciones guerra; pero paz con Inglaterra*. Sin embargo, Fernando VI no se descuidaba para cualquier eventualidad y la paz que dió á su reino fué una paz armada que le hacía temible á sus enemigos, construyendo fortalezas, aumentando el ejército y reorganizando la marina hasta dotar á España de poderosas escuadras.

No quiso, empero, la fortuna que los españoles disfrutasen mucho tiempo un reinado tan próspero, y Fernando VI, afectado profundamente por la muerte de su esposa, muere á los trece años de haber subido al trono, en su castillo de Villaviciosa de Odón, población á corta distancia de Madrid, dejando heredero de la corona de España á su hermano Carlos, rey de las dos Sicilias, siendo llorado por sus súbditos que llegaron á llamarle *padre de los pobres*, conociéndole la Historia por Fernando VI, el *Prudente*.

III.

Al morir Fernando VI sin sucesión, sube al trono su hermano Carlos III, rey de Sicilia, dejando este reino á su hijo primogénito, Fer-

nando, y trayendo á España á su otro hijo, Carlos, que había de heredarle en el trono de esta nación á su muerte.

Príncipe de grandes virtudes, había ya dejado sentir la eficacia de su bienhechora mano en el estado italiano que abandonaba, por lo que vino á España precedido de grande fama, lo que hizo que los españoles le dispensaran un recibimiento cariñoso y entusiasta.

Fecundo en acontecimientos felices para la patria habría sido este reinado si se hubiera ceñido á la política pacífica de su hermano y antecesor Fernando VI; mas, al llegar á España, encontrósese con una nación fuerte y capaz para satisfacer la venganza que le animaba contra Inglaterra, y por eso suscribió el celebre *Pacto de familia* que tan pernicioso fué para España y tan poca gloria dió al periodo de su mando.

Por este *pacto* quedaban unidos los destinos de Francia, España y Sicilia, de tal modo, que la ofensa inferida á cualquiera de estas naciones podía reputarse como hecha á todos.

No tardó mucho en dar sus frutos esta alianza, pues Inglaterra, contra quien iba dirigida, aprestó sus escuadras y se apresuró á declarar la guerra á España, guerra funesta que acarreó sólo el desmembramiento del territorio español, después de sensibles pérdidas en hombres y dinero.

La Gran Bretaña dirige sus naves á las co-

lonias españolas y se apodera de Cuba, Manila y la Trinidad, en tanto que los españoles derrotaban á los ingleses en Buenos Aires y tomaban á los portugueses, que se habían aliado á Inglaterra, la colonia del Sacramento. Pérdidas y ventajas próximamente equiparadas aconsejaban la paz, y se estipuló el tratado de *Fonteneilleau*.

No fué ésta la única guerra sostenida por Carlos en el extranjero: insurreccionadas las colonias anglo-americanas y declaradas en abierta rebeldía contra la metrópoli, las naciones que mantenían el *Pacto de familia* ayudaron á los países americanos á sacudir el yugo inglés y quedaron rotas de nuevo las hostilidades. Los españoles tomaron, después de rudo sitio, posesión de Menorca, é hicieron blanco de sus tiros la plaza de Gibraltar. El cerco fué riguroso y terrible para los sitiados que se veían constantemente bombardeados por los barcos españoles, en tanto que el ejército de tierra les cerraba el paso del Continente. Próximos se hallaban ya á capitular, pero apelando los ingleses al empleo de balas rojas, prendieron fuego á los barcos españoles, que tuvieron que abandonar la plaza completamente destrozados por las llamas.

En el Nuevo Mundo, no obstante, nos eran más prósperos los sucesos, pues las armas españolas conquistaron la Florida, Jamaica y las

Bahamas, por lo que tuvo Inglaterra que pedir la paz, reconociendo la independenciam de las colonias americanas, (ejemplo pernicioso que había de ser imitado poco después por otros estados del continente de Colón!) cediendo á España la isla de Menorca y las dos Floridas.

En tanto el rey en su política interior conseguía grandes mejoras y daba impulso á todo cuanto significara progreso.

Pretendió por esta época el marqués de Esquilache, ministro de Carlos III, hacer desaparecer el sombrero gacho y la capa larga que usaban los españoles, atribuyendo al uso de estas prendas de vestir multitud de asesinatos y malas acciones, y publicó un bando en este sentido. El pueblo de Madrid se amotinó al grito de «*viva el rey y muera Esquilache*» quien por su calidad de extranjero no era bien visto por los madrileños, pidiendo la abolición de tal medida, y no hubo medio de que se calmara hasta no asegurarle la revocación del bando y la destitución de Esquilache, cosas que tuvo que prometer el mismo rey desde el balcón de su palacio.

Puesto en pugna el poder civil con el poder eclesiástico y receloso el rey de la exagerada influencia adquirida por los jesuitas en el confesionario y en la cámara regia, decidió expulsarles de España, hecho que se llevó á cabo en este reinado con gran quebranto para la nación, que per-

dió con ello hombres de incuestionable valía en el cultivo de las ciencias, siquiera con tal medida consiguiera calmar los deseos de la opinión justamente indignada por la prepotencia del clero.

Carlos III, después de consagrar el resto de su vida al cuidado y engrandecimiento de su pueblo, entregó su alma á Dios, luego de haber reinado en España 29 años, en los cuales, impulsó el progreso nacional de tal modo, que el nombre de esta nación volvía, sin haber transcurrido un siglo, á ser grande ante las demás, temible por la fuerza que representaba, y admirada por los adelantos obtenidos.

A su muerte le sucede su hijo segundo, Carlos IV, y tanto este reinado como los posteriores, déjolos para la velada siguiente, pues cuanto más vayamos aproximándonos á nuestros días, tanto más interés han de tener para nosotros los sucesos habidos en nuestra nación.





Velada décima-octava.



I. Carlos IV.—II. Fernando VII.—III. Isabel II.

I.

Cuando Carlos IV empezó á reinar, Francia era presa de profundo vértigo revolucionario. El Estado llano, influido por las ideas y teorías sustentadas por los filósofos de aquella época, se propuso trastornar el régimen existente é implantar las reformas sociales que hacía un siglo venía pidiendo, tirando por tierra los feudos y privilegios que aún se sostenían en Francia por el rey, la nobleza y el clero.

— La Asamblea Constituyente proclama la república y funda la *Convención*, este alto tribunal donde el pueblo convocado dictó sentencias y gobernó á la Francia desde los primeros momentos en que estalló la sangrienta *Revolución francesa*, que por este nombre se conoce en la historia tal suceso.

Las demás naciones dirigen sus miradas por cima de sus fronteras al cráter de aquel volcán que amenazaba con el incendio y hacía trepidar con sus violentas sacudidas á todos los estados de Europa.

El populacho, á cuyo frente se coloca el fogoso *Mirabeau*, legisla por un poco tiempo y se entrega á los más exajerados excesos de la demagogia. La *Convención* necesitaba algo que ejecutara sus sentencias de muerte y surge como diabólico artefacto la *guillotina*, bajo cuya cuchilla caen las cabezas de multitud de ciudadanos arrojados en la fría plancha por los sanguinarios instintos de *Dantón*, *Marat* y *Robespierre*.

En tanto la Francia, dividido en departamentos, ardía y se despedazaba en una guerra civil entre realistas y republicanos. Luis XVI, presagando acaso la suerte de que iba á ser objeto por parte de las iras de aquella desbocada plebe, trata de huir: abandona el trono y sale de París con su familia disfrazado de aldeanos; pero reconocido en el camino, es conducido de nuevo á la ca-

pital, encerrándole en las Tullerías hasta ser juzgado por la *Convención*, y aquel terrible tribunal fulmina su sentencia condenando á muerte al rey de Francia, que es entregado como el más vulgar de sus vasallos al filo de la *guillotina*.

Las coronadas testas llenas de terror y espanto, se levantan airadas ante aquel salvaje crimen, y los prusianos saltan la frontera alsaciana, los austriacos repasan los Alpes y los españoles salvan los Pirineos, invadiendo el territorio de la República, y comenzando aquella guerra en que la Francia revolucionaria tuvo que luchar dentro, en su propia casa, con los realistas y con los ejércitos extranjeros que amenazaban á París.

Pero aquel sinnúmero de soldados que de toda la Francia surgen rechazan á las tropas internacionales empujándolas hasta sus fronteras. Generales expertos y afortunados guían á los batallones franceses y consiguen invadir los territorios de las demás naciones. Así se salva la Francia de aquella invasión decretada por la protesta armada que habían levantado los excesos del populacho al hacer rodar la cabeza del borbón Luis XVI al brutal golpe de la guillotina.

Un soldado se distinguía ya por entonces entre aquellos valientes generales: *Napoleón*, que había vencido en Egipto es, por fin, elegido cónsul perpétuo, y, con este hecho, puede darse por terminado el periodo revolucionario francés, puesto

que, poco después, es proclamado *Emperador*, volviendo la Francia á entrar en una era de paz.

Esta fué, hijos míos, la célebre Revolución francesa que marca en la historia del mundo un punto con el cual se relacionan los sucesos de todos los países, dando comienzo, en tal época, lo que llamamos *Historia Contemporánea*, si bien en España no comienza este período hasta nuestra gloriosa *Guerra de la Independencia*.

Ahora ya podemos estudiar los días de mando de nuestro monarca Carlos IV. Dos ministros ejercieron el gobierno en los primeros momentos del reinado de este rey: Floridablanca y Aranda. Terminada la guerra que España sostuvo con la revolucionaria Francia por la paz de Basilea, con la que perdimos la isla de Santo Domingo, un hombre de obscuro nacimiento, un guardia de *corps*, es llamado á dirigir los asuntos de España, reemplazando á los dos ministros de Carlos. Este hombre era Godoy.

El tratado de Basilea ratificóse con la paz de San Ildefonso, negociada por el funesto Godoy, que recibió por ello el título de Príncipe de la Paz. Por este tratado España unió sus destinos á la Francia, comprometiéndose á auxiliarla en sus vastas empresas con un cierto número de soldados y barcos.

Inglaterra arma sus escuadras y declara la guerra á España. Cádiz es bombardeado por los

barcos ingleses, y aunque Puerto Rico rechaza bizarramente el poder naval de éstos, es, sin embargo, destrozada una escuadra española en las aguas de San Vicente. Se firma una tregua, que duró bien poco, comenzando de nuevo la guerra, y señalándose en este segundo periodo la gloriosa batalla de *Trafalgar*, en 1805.

La escuadra franco-española, mandada por el almirante francés Villeneuve, recibió orden de Napoleón de hacerse á la mar y buscar á la inglesa que, comandada por Nelsón, bordeaba las costas de España. En contra de la opinión de los marinos españoles, salió de las aguas de Cádiz avistándose con los barcos ingleses al doblar el cabo de Trafalgar, empezando aquel glorioso combate en que los españoles solos hicieron frente á la escuadra inglesa, que compró en tal batalla los lauros de la victoria con la muerte de su almirante y la pérdida de muchos de sus barcos.

Combate glorioso donde recibieron el premio de la inmortalidad los valientes Churruca, Gravina y Alcalá Galiano, haciendo con su heroismo que el fuego, las balas y la muerte corrieran de uno á otro bando combatiente, repartiéndose la gloria por igual, el vencido y el derrotado, y hundiéndose en aquellas aguas el último aliento de nuestro poder naval.

Francia desiste de aquella guerra, y Na-

poleón, que ya por entonces paseaba las águilas tirunfantes del Imperio por las cortes de Europa, contando entre sus señalados triunfos las grandes victorias de *Austerlitz*, *Jena* y *Friedland*, concerta con Carlos IV por medio de su ministro Godoy, el tratado de *Fontainebleau*, por el cual, un ejército francés, reforzado por otro español, había de conquistar á Portugal, recibiendo el favorito en pago de este servicio el principado del Algarbe, tan luego como fuera conquistado.

Numerosas tropas francesas invaden la Península de paso para Portugal, ocupando todas las plazas fuertes que eran halladas al tránsito, lo que no dejó ya de llamar la atención de los españoles.

Por entonces, disgustos de familia suscitados por el mismo Napoleón, dieron motivo á que el 17 de Marzo de 1808, estallara un motín en Aranjuez. El pueblo, justamente indignado, contra el funesto gobierno del Príncipe de la Paz, le busca por todas partes pidiendo su destitución, y, á no haber mediado el mismo Fernando VII, es seguro que hubiera sido víctima de las iras del populacho.

Los sucesos de Aranjuez ponen de manifiesto el disgusto que sentía el pueblo por el desacerchado reinado de Carlos IV, así como patentizó también sus simpatías por el Príncipe de Asturias, todo lo que dió motivo para que

Carlos IV abdicara la corona en su hijo, abandonando el trono aquel bondadoso, pero apocado monarca, que puso con su irresoluto carácter en manos del ambicioso de Europa los destinos de la nación.

II.

Napoleón, que sólo pensaba en la conquista de España, procura llevar á Francia á la familia real española. Para ello, finge el deseo de una entrevista con los reyes, y, con engaños y subterfugios, les hace llegar á Bayona, donde los declara prisioneros, obligando al débil Fernando VII á renunciar la corona de España en manos del tirano de la Europa, que nombró á su hermano José para sustituirle.

Aún quedaban en el real palacio de Madrid los príncipes don Francisco y don Antonio, y Murat, general que tenía ocupada la Villa y Corte militarmente, recibió orden de que fueran conducidos á Francia, y, para efectuarlo, se fijó el 2 de Mayo.

Era muy de mañana y los alrededores de palacio se vieron desde los primeros momentos invadidos por una multitud de madrileños en ap-

titud expectante. La mameluca guardia francesa fué reforzada, y, poco después, viéronse llegar dos coches que pararon ante la puerta del regio alcázar. El ir y venir de los agentes y ayudantes del duque de Berg, hizo comprender al pueblo que, efectivamente, se trataba de arrebatar de su seno á los últimos vástagos de la familia real española.

Aquella compacta multitud fué herida en la más delicada de sus fibras cuando vió al infante don Antonio, niño aún, oponer sus débiles lágrimas á la fuerza de los que trataban de hacerle entrar en uno de los coches, y la chispa prendió en aquel reguero de pólvora, no encontrando ya freno la furia popular.

Opónense las turbas á que partan aquellas últimas víctimas reales de la perfidia francesa, y cortan los tiros de los coches, entablándose una lucha heroica, por defender su honor lastimado por el de Berg y su gente, entre el pueblo y las tropas francesas, lanzando el grito aquel que conmovió á España y admiró al resto del ya acobardado mundo.

Ayes, voces de dolor, rugidos de venganza, sangre por todas partes, cientos de héroes que surgen donde hay un francés, todo, todo se apaga, se extingue ante la brutal acometida, ante la africana crueldad del caudillo; y sólo, al terminar el día, las últimas tintas del crepúsculo no

puieron alumbrar más que el pabellón de España flotando sin mancilla sobre los montones de cadáveres, los vapores de sangre de ellos emanada y el humo de la pólvora.

En aquella gloriosa jornada del 2 de Mayo de 1808 sucumbieron, dirigiendo al pueblo, los valerosos capitanes Daoiz y Velarde y el teniente Ruiz, cobardemente sacrificados por la mame-luca soldadesca en aras de su patriotismo.

Aquel tremendo grito repercutió en todos los ámbitos de la Península, y sus hijos se apercibieron al combate con el fin de rechazar al coloso francés, quedando declarada la guerra.

Nada pinta mejor el entusiasmo con que los hijos de España, ardiendo en deseos de venganza, se agruparon para vengar su nombre ultrajado, como esta tan sentida como valiente décima que entresacamos de una hermosa composición literaria dedicada á este día.

Guerra exclamó ante el altar
el sacerdote con ira;
guerra repitió la lira
con indómito cantar;
guerra gritó al despegar
el pueblo que al mundo aterra,
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: «venganza y guerra»

En efecto; el taller, el campo, la cátedra, todo fué abandonado por la juventud española para acudir con el fusil á rechazar aquella invasión que amenazaba ahogar la independencia patria.

El primer triunfo obtenido por los españoles es el de *Bailén*, en que fueron destrozados los generales franceses por Castaños, y la vieja Europa contempló admirada á España la grande, la noble, la altiva, la conquistadora, la magnánima, viéndola renacer bella, joven, valiente, sacudiendo el yugo de sus desgracias seculares y arrojándose en ímpetu de gallardía suprema al rescate de su robada independencia.

Esta victoria lograda por los españoles contra las águilas del Imperio hizo ver á las asustadas naciones que Napoleón podía ser derrotado, y los gritos de esta batalla resonaron en las apartadas costas del Báltico, donde un ejército español á las órdenes del marqués de la Romana, servía los designios de Bonaparte, embarcándose para la madre patria que demandaba el esfuerzo gallardo de todos sus hijos.

José Bonaparte huye espantado sintiendo trepidar su vacilante trono, y la guerra de la *Independencia española* atrae las miradas del mundo culto.

Inglaterra ofrece su apoyo á España, y, aceptado, un cuerpo de tropas inglesas desembarca al

mando de Lord Wellesstey. La guerra se formaliza en todas partes y Napoleón, viendo la derrota de sus banderas, viene en persona á dirigir sus huestes; entra en Madrid y vuelve á colocar á su hermano José en el alcázar regio; pero la Europa del Norte se levanta y el coloso de la Francia tiene que acudir á empujarla otra vez hacia sus acantonamientos.

Los sitios de Zaragoza y Gerona, y las batallas de *Talavera*, *Tamames*, *Chiclana*, *Albuera*, *Ciudad Rodrigo*, *Arapiles*, *Vitoria* y *San Marcial* dijeron bien claro al francés que no era fácil avasallar á un pueblo amante de su independencia como el español; y si bien es cierto que Napoleón pudo apuntarse algunos triunfos en su guerra con España, no lo es menos que esta guerra fué la palanca de que se valieron las demás naciones para conmovier su pedestal y producir la estrepitosa caída del desterrado de Santa Elena, al que después la historia ha llamado el *Tamerlán* de un pueblo viejo.

Libre ya, Fernando VII, desembarcó en la Península, y su primer acto fué abolir la Constitución que las Cortes españolas habían jurado en la isla del León bajo el fuego de los cañones enemigos, declarándose abiertamente por el gobierno absoluto, conducta política que dió lugar á pronunciamientos y sublevaciones militares capitaneadas por Laci, Mina, Porlier y otros que

perturbaron constantemente la paz de la nación con sus gritos sediciosos, cuyos sucesos ocasionaron fusilamientos, destierros, persecuciones y, por último, una intervención francesa en 1823, entrando en España 100000 soldados al mando del duque de Angulema, para restablecer el absolutismo francés.

Reprimidos algún tanto los excesos y vencidos los constitucionales, Fernando VII volvió á implantar el absolutismo real, disolviendo las cortes y haciendo funcionar de nuevo al Santo Oficio, que inmolaba víctimas ilustres como Riego, Torrijos, El Empecinado y algunos más. La reacción más espantosa cometía los más viles atropellos, y la sangre española volvía á correr, siempre generosa y abundante, por las calles vertida á mano airada por el absurdo fanatismo realista sostenido por Fernando en persona.

Mal pagó el rey el esfuerzo gigante que tuvo que hacer su pueblo para librarle de las garras del francés, á las cuales él cobardemente se había entregado. Y en tanto que esta intranquilidad reinaba en España y el triunfo de un sistema político á otro embargaba todo el pensamiento del rey, nuestras posesiones americanas, influidas por el ejemplo pernicioso dado por las colonias inglesas y vejadas por explotadores avaros y rapaces, se rebelaron contra la madre patria y poco á poco fueron constituyendo territorios indepen-

dientes, perdiéndose así aquel vasto imperio colonial que hasta principios del siglo XIX nos dió una importancia harto grande respecto á las demás naciones, y que al desgajarse del tronco en tiempo de Fernando VII tan robustos brazos, dejáronle mutilado y reducido considerablemente. Entonces sacudieron el yugo español erigiéndose en estados libres, después de inútiles esfuerzos hechos por la madre patria para sofocar la rebelión y reducir las á la obediencia, Chile, El Paraguay, Uruguay, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador; El Perú, La Plata, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, San Salvador y Méjico.

Pero la existencia del rey veíase minada por oculta enfermedad, por lo que, viendo cercana su muerte, publicó la pragmática sanción, que abo-
lía la ley sálica de Felipe V, la cual excluía á las hembras de heredar el trono en tanto hubiera varones en línea directa ó transversal, y murió en 1833 dejando como reina de España á su hija, Isabel II, habida con su cuarta esposa María Cristina, á la que la nación aclamó tan luego como expiró Fernando VII.

III

El supremo silencio de la cámara mortuoria vióse, desde los primeros momentos, perturbado por el ruido de los dos bandos que en derredor de la corona giraban.

Carlos, hermano de Fernando VII, había ya, antes de morir éste, descubierto sus aspiraciones á heredarle en el trono que debía de dejar vacante á su muerte, fundando sus derechos en la ley sálica, y, ni quiso reconocer validez á la pragmática sanción, que derogaba á aquélla, ni reconoció tampoco á su sobrina Isabel como reina tan luego como llegó el momento, proclamándose así mismo rey de España con el nombre de Carlos V.

Los estridores del combate mecieron la cuna de la tierna niña, y España empeñóse en una mortífera guerra civil que sostúvose por espacio de siete años, dando lugar á escenas de verdadero horror é insaciable crueldad llevadas á cabo por uno y otro bando.

Los carlistas extendieron la guerra por toda la Península, llevando el incendio, el saqueo y la devastación á todas las comarcas españolas.

Zumalacarreguí, Cabrera, Villarreal, Elío y otros aguerridos jefes de este bando disputan el terreno palmo á palmo á los cristinos generales Espartero, Córdova, Valdés y Rodil, y, seguramente, hubieran prolongado más este sangriento periodo en que se cometieron las más repugnantes escenas de ferocidad á no haber mediado el abrazo de Vergara, llevado á efecto por el general carlista Maroto y el isabelino Espartero, hecho que, si no puso fin á la guerra, hirió de muerte al partido del pretendiente que vió mermada su fuerza, y tuvo, poco después, que repasar el Pirineo con el resto de sus bizarros batallones, siendo reconocida Isabel II, y encargándose de la regencia su madre María Cristina, que al poco tiempo tuvo que ceder el puesto á Espartero huyendo á Francia.

Declarada mayor de edad y casada con su primo, el serenísimo señor infante don Francisco de Asis y Borbón, empezó á gobernar constitucionalmente bajo gobiernos moderados y progresistas presidiendo, los primeros, Narváez, Bravo Murillo, Sartorius y González Bravo, y siendo jefes de la agrupación contraria, O'Donnell y Espartero, sin que por esto cesaran los pronunciamientos y sediciones dentro de la Península, que por algo se ha llamado á esta época *la de las revoluciones*.

Como suceso exterior se descubre en este

reinado la guerra que España tuvo que sostener en 1859 á 60 con el imperio de Marruecos, por ofensas inferidas á nuestra bandera por las cábilas del norte de Africa, y á las que no quisieron dar cumplida satisfacción.

El ejército español, al mando del entonces ministro de la guerra, general don Leopoldo O'Donnell, pasó en número de 40000 hombres de todas armas, el Estrecho, y bien pronto se apoderó del *Serrallo* y venció á los moros en la memorable batalla de los *Castillejos*, donde se cubrió de gloria el general Prim y sus tercios.

Abrióse paso hacia el corazón del imperio, y, el 4 de Febrero, tomó la importante plaza de *Tetuán*, venciendo poco después á los marroquíes en la batalla de *Gualbrás* que abrió al ejército español el camino de Tánger, por lo que, recelosas las demás naciones de las rápidas conquistas de las tropas expedicionarias y convencidos los moros de la superioridad de nuestras armas, ajustóse la paz en la que se marcaron los límites de nuestros dominios africanos, con un campo neutral, y se estipulaba la indemnización de guerra de 400 millones de reales que Marruecos pagó á España por aquellos 26 triunfos obtenidos en otros tantos combates que los españoles sostuvieron con los moros en el tiempo que duró la gloriosa campaña de Africa, la cual puso de manifiesto, una vez más, el indomable brío del soldado español el

que, en suelo extraño, supo vencer tres enemigos á un tiempo, cuales fueron: la peste, el hambre y la guerra.

Tampoco debemos pasar en silencio un hecho glorioso llevado á cabo por la marina de guerra á 4.000 leguas de la madre patria. Me refiero al bombardeo del Callao, formidable plaza chilena defendida por buenas baterías y torres blindadas con la que libró combate una insignificante escuadra española, el 2 de Mayo de 1866, consiguiendo con su temerario arrojo imponer silencio á la plaza sitiada, después de un combate rudo en que el jefe español contestó á los almirantes francés é inglés que se interponían entre la plaza y los barcos españoles aquellas célebres palabras que han hecho inmortal el nombre de Méndez Núñez: *más quiero para mi patria honra sin barcos que barcos sin honra*, amenazando á las escuadras extranjeras con hacer fuego contra ellas si se oponían al bombardeo del Callao.

Pero los días del reinado de doña Isabel estaban contados. Los partidos políticos se sucedían en el poder, derribándose los unos á los otros por la fuerza y las intrigas palaciegas. Las ideas liberales veíanse aprisionadas por la reacción más odiosa; la Hacienda pública presentaba un aspecto desconsolador, y todos empezaron á trabajar por derribar la dinastía encarnada en Isabel II. Comenzaron los destierros y deportaciones,

Varios generales y diputados fueron enviados al extranjero, y nuestro archipiélago canario sirvió de refugio á no pocos. La hora aciaga había sonado y la bahía de Cádiz sostuvo sobre sus aguas los barcos que, al mando del brigadier Topete, lanzaron el grito de sedición, el 18 de Septiembre de 1868.

Serrano, Prim, Dulce y Caballero de Rodas vuelven de sus destierros y desembarcan, poniéndose á la cabeza de las tropas revolucionarias que habían respondido al grito dado por la marina en Cádiz.

La reina en tanto se hallaba en Zarauz, cerca de Francia, y allí llegó también el grito de la revolución de, ¡abajo los borbones! El gobierno manda un cuerpo de tropas con el marqués de Novaliches al frente á detener á los insurrectos, pero avistado con ellos en el puente de Alcolea quedaron por completo derrotadas las fuerzas del gobierno, con cuya batalla triunfó la Revolución de Septiembre, internándose, al saber la derrota de sus tropas, la reina, en Francia, terminando así su proceloso reinado aquella segunda Isabel, que vió sus días perturbados constantemente con luchas civiles y sublevaciones en las que no dejaba de tomar muchas veces parte activa el pueblo, todo ello debido, sin duda, á una política reaccionaria, y á haber entregado las riendas del gobierno á hombres incapaces los

unos, sobradamente ambiciosos, crueles y desautorizados los más, que ocasionaron aquel largo periodo de intranquilidad para la patria, y, por último, la caída de la dinastía borbónica.

Aquí haré ya punto. Mañana terminaré con los últimos sucesos acaecidos en nuestros días hasta llegar al reinado de don Alfonso XIII, actual monarca español, así como también estudiaremos el progreso realizado por España durante el gobierno de los Borbones y su estado actual en todos los órdenes de la vida social.





Velada décima-novena.



- I. Amadeo, I.—La República y Alfonso XII.—II La Regencia y Alfonso XIII.—III. Progresos de España durante la casa de Borbón.—IV. Estado actual de la nación española.

I.

Nos encontramos al final, queridos hijos, de nuestro ligero recorrido histórico.

Esta noche nos hemos de ocupar de los últimos hechos que han tenido lugar en nuestra patria en épocas demasiado recientes, y por esto, y por estar aún entre nosotros muchos de los personajes que actuaron de protagonistas en

aquéllos, presumo yo que ha de interesaros bastante lo que voy desde luego á referir.

Vencida la dinastía Borbónica en el puente de Alcolea, el duque de la Torre hizo su entrada en Madrid, el 3 de Octubre, donde fué acogido por el pueblo con marcadas muestras de entusiasmo, procediendo á contituir el *Gobierno Provisional*, encargándose el mismo general Serrano de la Presidencia del Consejo de ministros. Convocadas las Cortes constituyentes abrieron sus sesiones el 11 de Febrero de 1869, tomando entonces el gobierno el nombre de *Poder Ejecutivo*, presentándose al poco tiempo por una comisión de las mismas Cortes una Constitución, inmediatamente jurada por todos sus individuos, empezando á regir en la nación, bajo la regencia del Excelentísimo señor Duque de la Torre.

Sin embargo; la efervescencia que impulsaba al pueblo en el reinado de Isabel II á tener en un continuo sobresalto á la nación no había desaparecido del todo. Las muchas lumbres, teniendo una idea muy equivocada de los principios liberales que supo hacer triunfar la revolución de Septiembre, perturbaban de vez en cuando la paz pública con actos de violencia, dirigidos generalmente contra aquello que significaba algo de la caída dinaetía, ó bien haciendo blanco de sus iras muchas veces á innumerables

conventos y monasterios profanados sin temor, dando con todo ello motivo á la extinción de preciosidades históricas y arqueológicas que perdió la nación por los excesos cometidos por los mantenedores de las nuevas y triunfantes ideas.

Desde luego comprendieron los españoles que la nación no podía continuar en un perpétuo periodo de interinidad y pensaron en la persona que había de ocupar el trono de España.

Varios fueron los pretendientes que aspiraban á regir á los españoles, pero la candidatura de don Amadeo de Saboya, duque de Aosta, é hijo de Victor Manuel, que por entonces conseguía con la unidad italiana poderse titular rey de aquella península, salió triunfante en la gran sesión celebrada por las Cámaras el 16 de Noviembre de 1870, quedando proclamado por tanto rey de España el príncipe italiano y dando principio con él en nuestra patria el *Periodo saboyano*.

Aceptada la corona por el nuevo rey, hizo su entrada en Madrid, el 2 de Enero de 1871, siendo su primer acto jurar la Constitución de 1869, hecha por aquellas mismas Cortes que le eligieron.

Mucho contrarió á don Amadeo la noticia del asesinato cometido en la persona del general Prim, hecho que tuvo lugar en la calle del Turco, yendo en su coche el entonces ministro de

la guerra, cuya muerte aún continúa en el más impenetrable misterio y por lo tanto impune; más dotado de grandes aptitudes para el gobierno y adornado de hermosas virtudes morales, pensó en normalizar la vida nacional harto necesitada de paz por el azaroso ya largo periodo de intranquilidad que venía arrastrando. Sin embargo; amortiguáronse sus ilusiones viendo la imposibilidad de gobernar á los españoles conforme él quería, por lo que renunció la corona el 11 de Febrero de 1873, proclamándose el mismo día la República unitaria, bajo la presidencia de don Estanislao de Figueras. Sucediéronse en la suprema magistratura de la nación y en el tiempo que duró la forma republicana, los señores Pi Margall, Salmerón y Castelar, que ocupó la presidencia hasta que el general Pavía, disolviendo las Cortes con un piquete de guardia veterana, implantó el *Poder ejecutivo de la República*, bajo la presidencia del Duque de la Torre.

En tanto los partidarios de la monarquía conspiraban contra el régimen constituido y trabajaban por la reposición Borbónica, hecho que consumó don Arsenio Martínez Campos sublevándose en Sagunto con las tropas del centro, y proclamando rey de España á don Alfonso de Borbón y Borbón, hijo de Isabel II, el 27 de Diciembre de 1874.

El nuevo rey entró en Madrid triunfalmente el 14 de Enero de 1875, y comenzó á gobernar constitucionalmente contando, apenas, 20 años de edad, con el nombre de Alfonso XII.

Cuando el duodécimo Alfonso se sentó en el trono de San Fernando, dos guerras á cual más crueles consumían la España: una provocada de nuevo por el partido carlista, que, inquebrantable en sus pretensiones, aspiraba á revindicar los derechos preferentes que Carlos VII tenía, según la ley sálica, para ceñir la corona; otra sostenida en nuestras colonias americanas, en la isla de Cuba, por los naturales descontentos conocidos desde entonces con el nombre de filibusteros, laborantes y separatistas, los que aspiraban á separar aquella perla antillana de la madre España.

En efecto; don Carlos de Borbón y de Este, duque de Madrid, conociendo los trabajos que algunos elementos hacían para reponer en el trono la dinastía derrocada por la Revolución de Septiembre y sabiendo también que el candidato designado por los monárquicos españoles para ocupar el sólio que dejó vacante Isabel II, al huir á Francia era el hijo de ésta y primo suyo, Alfonso de Borbón y Borbón, protestó exponiendo sus mejores derechos para ser elegido rey, y, no siendo atendidas sus observaciones, se lanzó á una nueva guerra civil queriendo con-

quistar con la fuerza lo que le negaba una vez más la razón, poniéndose á la cabeza de sus parciales é inaugurando un nuevo periodo de fratricida lucha, el 16 de Julio de 1873.

La sangre corrió generosa y abundante desde los primeros momentos en que dió comienzo esta contienda civil, en la cual volvieron á reproducirse actos de verdadero valor é inaudita crueldad por uno y otro bando. Alfonso XII conoce bien pronto que su prestigio como rey está en dar la paz á su nación, concluyendo aquella guerra de familia que ensangrentaba las campiñas españolas y empobrecía el cada vez más exhausto erario nacional, y, puesto á la cabeza de sus tropas, dirige en persona la guerra en el Norte dando pruebas de un valor temerario y haciendo concebir á los españoles las más halagüeñas esperanzas, al ver á su rey siempre en los sitios de mayor peligro, atrevido y osado, buscando sin cesar la muerte ó la victoria. El mismo año de 1875 tomó, Alfonso, después de una terrible resistencia, la importante plaza de Estella á los partidarios del pretendiente, y don Carlos, viendo ya lo inútil de la lucha, repasó la frontera francesa, el 28 de Febrero de 1876, con doce de sus bizarros batallones y acompañado por Caserta, Lizárraga, Perula, Arjona y otros, terminando así aquella sangrienta lucha que por espacio de tres años hizo innumerables víctimas de españoles.

Conseguida la tranquilidad interior, había que pensar seriamente en aquella guerra separatista que ensangrentaba los campos de Cuba desde la infausta fecha de 7 de Octubre de 1868, en que la maldita planta del separatismo halló modo de manifestarse á la superficie aprovechando el estado perturbador ocasionado en la Metrópoli por la Revolución de Septiembre y lanzando el grito de la rebeldía en *Yara*, sancionado después, en Febrero de 1869, por el levantamiento ya imponente de las *Villas*, desde cuya fecha ya pudo apreciarse la magnitud de aquel incendio. Muchos miles de soldados pagaron con sus vidas el homenaje á la patria; no tantos doblaron sus cabezas al plomo del enemigo como á lo insalubre de un clima preñado de enfermedades mortales, hasta que, Martínez Campos, estipuló con los insurrectos cubanos la paz de Zanjón, en Marzo de 1878, después de diez años de mortífera lucha, sin que por esto quedara por completo pacificada la Isla, que volvió á reproducir una nueva guerra, terminada en 1880, la cual se conoce en la historia con el nombre de *guerra chiquita*.

El feliz resultado de las dos campañas, conseguido con el valor y prudencia de don Alfonso, que se le conoció por ello con el nombre de *el Pacificador*, permitió á este rey ocuparse de la reorganización del Estado, empezando por proclamar la Constitución de 1876.

Casado con su bellísima prima, la virtuosa Mercedes de Orleans, hija de los duques de Mompensier, todo parecía sonreír á los nuevos monarcas adorados por los buenos españoles; pero la parca cortó la vida de la reina Mercedes cuando aún no hacía un año que departía el tálamo regio con el inconsolable Alfonso, llevando el luto á toda la nación, que lloró mucho tiempo tan infausto suceso.

Unido, en segundas nupcias, con una princesa austriaca, con María Cristina de Hasburgo, reina después de inestimables virtudes, dedicóse en la paz á labrar la prosperidad de España. Dos grandes agrupaciones políticas aconsejaron á Alfonso alternativamente desde el poder: el partido liberal y el conservador. En este reinado tratóse de normalizar la Hacienda y levantar el crédito nacional, se hicieron grandes reformas en todos los órdenes de la administración; el comercio, la industria y la agricultura hallaron protección en los elementos directores y así pudieron progresar, y todo recibía impulso y vida en este venturoso periodo de paz; pero los días del augusto monarca estaban contados, y el 25 de Noviembre de 1885, entregaba su alma á Dios el doce Alfonso, abandonando para siempre á un pueblo que le adoraba por tener puestas en él sus legítimas esperanzas. Por eso la nación española vistió de luto por mucho tiempo su corazón,

que no había de ser sólo la enseña nacional la que exteriorizara el duelo con sus crespones, homenaje justamente tributado á aquel príncipe que tanto amó á sus españoles, como lo probó repetidas veces y siempre que la desgracia fustigaba á sus vasallos, ó alguna catástrofe llenaba de luto á las ciudades españolas.

Díganlo, sino, las comarcas andaluzas que siempre recordarán la visita hecha por el malogrado Rey, el año 84, cuando en violentas sacudidas la corteza terrestre sembraba el luto, el espanto y el pavor en el mediodía de España con terribles terremotos; peligros que no intimidaron nunca al infeliz monarca, como no le intimidó, poco después, la epidemia colérica, á la que desafió visitando los hospitales de atacados de Aranjuez y alentando con su presencia de ánimo á aquellas poblaciones que eran azotadas sin piedad por la peste del año 85, todo en alas del amor grande que profesaba á sus españoles, inspirando fuerzas, él que tenía ya minada su existencia y el germen de pérfida enfermedad hacía progresos gigantes hasta hacer doblar su cuerpo á los pocos días....!

II

Apenas había espirado el Rey Alfonso XII es jurada la princesa de Asturias, doña María de las Mercedes, niña de cinco años, reina de España, encargándose de la regencia la desde entonces viuda de don Alfonso, doña María Cristina.

El partido conservador, que gozaba del poder á la muerte del rey, cedió su puesto al liberal, comenzando un turno pacífico que han venido disfrutando los dos bandos políticos en todo el periodo de la Regencia.

El 17 de Mayo de 1886, nació el póstumo hijo del difunto rey, y como la Constitución española exige sea preferido en la herencia de la corona varón á hembra, la nación saludóle como rey con el nombre de Alfonso XIII, comenzando una larga minoría que tuvo como último día el 17 de Mayo de 1902, en que fué jurado mayor de edad el actual monarca, y, en la cual, la reina regente, su amantísima madre, ha dado inequívocas pruebas de saber con excesiva prudencia conducir la nave del Estado á través del proceloso mar de la política española.

María Cristina ha sabido imponerse á todos,

propios y extraños, por sus grandes cualidades personales.

Es el compendio de todas las virtudes; madre de familia ejemplar, reina constitucional de una corrección sin ejemplo, sólo piensa en hacer bien, para lo cual parece haber venido al mundo, y esto hace que no tenga enemigos, aun cuando cuente algunos adversarios políticos, si bien estos, son, más que de la ex-reina, enemigos de la monarquía.

Veló con asíduos cuidados por la educación de su hijo, al que trató de presentar, el día que espiró el plazo de la regencia, en condiciones de saber gobernar á su pueblo. La más esquisita corrección y bondad inspiraron todos sus actos políticos interiores y exteriores como jefe del Estado, para cuyo desempeño mostró inestimables condiciones.

Comprendiendo las ideas democráticas que alentaron la época de su pasajero mando, procuró establecer una corriente favorable de aproximación entre el pueblo y la corona, abriendo las puertas del regio alcázar á todos sus súbditos, y los sentimientos de su tierno corazón á las súplicas de sus amados españoles.

Supo dejar, con frecuencia, el severo salón del trono, donde se exige la más rigurosa etiqueta palatina del tiempo aún de los primeros borbones, para confundirse con sus madrileños

en las exposiciones populares ó festejos públicos, donde tiene palabras para todos: obreros, hombres de ciencia, políticos, artistas, etc. Por último, su inagotable caridad le conquista la maternidad de todos los españoles, pues en los supremos momentos, en que la necesidad empuja sus puertas para derramar miserias y horrores, es detenida por la mano de la egregia dama que rigió á España.

Tal fué la reina regente, de la que sólo elogios pueden escucharse, lo mismo dentro que fuera de la nación, siendo admirada en todos los países que de ella llegan á tener noticia.

Y, sin embargo; ella que hubiera deseado dar en su periodo de mando una imperturbable paz á su país, aprovechándole para empujarle por el camino del progreso, ha sentido sus días amargados por algunos sucesos políticos, algunos tan importantes, que difícilmente se borrarán de su impresionable corazón, donde están de seguro grabados con saña cruel.

Demasiado recientes, no creemos oportuno darlos á conocer, pues, aun cuando ya pertenezcan á la historia, no entran, en nuestro sentir, todavía en el dominio de ésta por referirse á nuestros días.

Dejemos, pues, para los que en periodo posterior intenten relatar los hechos de nuestra época contemporánea, la reseña del alzamiento

que con carácter republicano tuvo lugar en Madrid, en Septiembre de 1886, bajo la dirección del brigadier Villacampa; movimiento abortado no tanto por la energía con que se procedió á reprimirle en los primeros momentos, como por no haber respondido las fuerzas comprometidas, siendo batidos los insurrectos en las calles de la Corte donde hubo sensibles víctimas, y cayendo el jefe del pronunciamiento en manos de las tropas reales, el que fué condenado á muerte é indultado después por la generosidad de la magnánima reina Cristina.

Hechemos también un velo sobre los últimos acontecimientos coloniales.

¿Aqué evocar la triste fecha del 24 de Febrero de 1895, en que lanzaron al viento en *Baire*, los eternos enemigos de España, el grito de «*viva Cuba libre?*» ¿A qué recordar los ríos de sangre vertida en los dos años que duró la lucha, y los inmensos tesoros gastados para sostener la integridad del territorio, primero, y el honor de la bandera después, en aquella ingrata tierra cubana? ¿Para qué pasar revista á esa serie de catástrofes que inauguró la guerra de los Estados Unidos con su intervención armada so pretexto de pacificar la Isla, cuyo recuerdo sonroja el rostro al contemplar tanto desastre sufrido en Cavite como en Santiago de Cuba, para venir á parar al funesto tratado de París, de 10 de Di-

ciembre de 1898, donde hallaron sangriento fin aquellas tremendas desgracias nacionales? No, no recordamos tan luctuosas fechas; sepamos sólo que en tan desgraciada campaña, perdimos un inmenso imperio colonial representado por Cuba, Puerto Rico, Filipinas y todas las demás islas del archipiélago Magallánico.

Las causas de tanto desastre? Ni queremos ni debemos exponerlas. Acaso no sea tiempo aún para decirlo, aunque muchas de ellas sean hartó conocidas. Ya llegará día en que la historia, esa deidad severa, revele á las generaciones futuras con verdadero lujo de detalles que causarán el asombro, la indignación y la vergüenza de los verdaderos españoles, esta fatídica odisea de la última guerra cubana, con la que sacudieron el yugo de la madre España los ingratos separatistas.

Nos resta, para terminar con la velada de esta noche, el estudio histórico que desde el principio me propuse daros á conocer, dándoos idea del estado social de España desde la época de Felipe V, en que empezó á gobernar nuestra patria la casa de borbón, y la altura en que nos encontramos al presente con respecto á las naciones que marchan á la cabeza del mundo civilizado.

Y como va ya resultando algo larga la conferencia de esta noche, voy, en pocas palabras, á reasumiros lo siguiente:

III

Los españoles tan amantes del gobierno constitucional, tuvieron una profunda decepción al observar los primeros pasos del borbón Felipe V, encaminados á gobernar por sí y ante sí, sin consultar á nadie en la magna cuestión de la política nacional. No podía suceder otra cosa: Francia estaba por entonces regida por Luis XIV que, dueño de un absorbente absolutismo, decía «*el estado soy yo*», y nuestros borbones quisieron seguir al pie de la letra este sistema de gobierno de su antecesor, que sí pudo ser disculpable en los primeros vástagos de aquella rama desgajada del trono de Francia, dió los más pésimos resultados al ocupar el trono el imbécil Carlos IV y el perjuro Fernando VII.

Mantenedores como dejamos dicho del absolutismo real, claro es que aquella secular institución de las cortes españolas recibió un golpe mortal, no llegándose á reunir más que en raras ocasiones durante los primeros reinados, hasta que el peligro nacional provocado por la invasión francesa convocó las célebres sesiones de aquella incomparable Asamblea reunida entre el

estruendo del combate y bajo la lluvia de la metralla, pudiéndose asegurar que sólo á ella fué posible sacar á flote con su enérgica actitud y sabias disposiciones el territorio sagrado de la nación, comprometido en nuestra inmortal *guerra de la Independencia*, dando al viento la famosa Constitución de 1812; y aunque Fernando VII, en su afán de reinar de una manera absoluta, provocó serios conflictos, no pudo evitar fuera ganando terreno la aspiración de los españoles de gobernarse constitucionalmente, funcionando las cortes de 1820 á 23, que sólo cedieron á la intervención armada de Francia, para constituirse, después, á la muerte del inhábil rey, de una manera permanente con el nombre de *Estamentos de próceres y Procuradores del reino*, conociéndose las hoy con el nombre de Congreso de los Diputados y Senado, y habiendo brillado en su recinto oradores ilustres que han puesto á una altura inconmensurable el parlamentarismo español.

En política internacional, España volvió á representar una fuerza respetable ante los demás países, logrando los primeros borbones galvanizar el cuerpo yerto de la nación española, estado á que fué conducida por los últimos vástagos de la rama austriaca.

Pero si los reyes borbones fueron siempre un obstáculo en el ejercicio de los derechos políticos

del ciudadano, desechando de una manera sistemática la constitución de las cortes, dieron vida y abrieron las puertas al cuerpo social, haciendo que saliera de aquel estancamiento en que se había estacionado en todo lo que significara progreso material y actividad intelectual. Así, pues, los españoles pudieron agrandar su ilustración con fundaciones como la universidad de Cervera, el Seminario de Nobles, las Academias de la Lengua, de la Historia y de Medicina, institutos que con la Biblioteca Nacional, fueron abiertos por Felipe V al raudo vuelo de la inteligencia española. Fernando VI con las Academias de Nobles Artes y de Buenas Letras dió motivo á los artistas para fundar sus creaciones pictóricas, escultóricas, musicales y arquitectónicas en principios sólidos y firmes, fijando los cimientos del gran adelanto artístico é intelectual observado en España durante todo el siglo XIX. Es cierto que nuestras luchas civiles y extranjeras, por un lado, y la atonía propia del carácter español por otro, han hecho que España en ilustración no haya podido aún colocarse en el puesto que desde luego le tienen asignado la historia y las naciones; pero no deja por eso de estar á una altura honrosa en el terreno intelectual; y sí á los esfuerzos hechos por los primeros borbones para colocar á España en el sitio que demandaba su situación política se

añaden instituciones como las escuelas de Veterinaria é Ingenieros, el Colegio de Sordo-mudos, llevadas á cabo por Carlos IV, y la difusión de la enseñanza pública, llevada á término por el gran número de seminarios, escuelas y universidades que en los posteriores reinados se han establecido, se comprenderá que el movimiento intelectual tuvo y sigue teniendo un gran avance en nuestra nación.

Y si esto ocurrió en punto á la instrucción en general, científica y literariamente el reino hubo de encontrar un fuerte y decidido impulso en los reyes borbones, siquiera viéranse supeditados los adelantos científicos y literarios á la influencia francesa.

Distinguíéronse, en el cultivo de la ciencia, el P. Feijóo, Jorge Juan, fundador del Observatorio Astronómico, Ortega, Valdeflores y, por último, don Francisco Salvá, que descubrió el telégrafo eléctrico en 1796. Fundóse por María Cristina la facultad de ciencias, y en 1847 quedó constituida la Academia destinada á estos estudios, habiendo adquirido un gran impulso en nuestros días las investigaciones que se llevan á cabo en el terreno científico, al extremo de que nuestros sabios han jugado y juegan un papel no despreciable en los congresos internacionales convocados con objeto de solucionar algún problema donde la razón humana

haya de batir sus alas en inconmensurables alturas.

Los hombres de letras, libres en este periodo borbónico de la férrea mano del Santo Oficio, que aunque no abolido funcionaba ya sin autoridad y trabajosamente, avanzaron en el cultivo literario, si bien sacrificando al gusto francés nuestros hermosos giros y soberbias concepciones, que no hallaban espacio para desplegarse en los raquíuticos moldes del extranjero clasicismo.

Distínguense en esta época, Iriarte, Samaniego, el P. Isla, don Ramón de la Cruz, Cienfuegos, García de la Huerta, Moratín, Espronceda, Larra, Zorrilla, el duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Quintana, Ventura de la Vega y otros que no acierto á recordar, cuyos nombres honraron bastante el parnaso español, dedicándose unos á la fábula, otros al teatro, no faltando quien cultivara el romanticismo, sirviendo algunos para dar á conocer las escenas populares.

Las *Bellas Artes* renacieron é hicieron progresos manifiestos durante la época de los primeros borbones, merced á la decidida protección dispensada á los artistas. Así, bajo el dominio de la casa de borbón, produjeron inimitables obras *pictóricas* Bayen, Carnicero y Goya; y en estos últimos tiempos, Rivera, Madrazo, Gisbert, Pradilla y Palmaroli, cotizándose sus producciones

á elevados precios y figurando sus cuadros, llenos de color y vida, románticos los unos, inspirados en el más puro realismo los otros, en los salones y palacios de los más aristócratas próceres tanto españoles como extranjeros, consiguiendo en las exposiciones internacionales los más valiosos y señalados premios y distinciones.

No produjo iguales frutos la *escultura* en los primeros pasos de los borbones monarcas. Sin embargo, hoy pueden verse multitud de estatuas, levantadas en honor á la virtud, al valor ó al mérito, repartidas por las plazas y calles de las grandes capitales, que dan idea del progreso realizado en este sentido.

En *arquitectura* era preciso desterrar el ridículo estilo de Churriguera. De ahí que Felipe V, Fernando VII y Carlos III, protegiendo con afán esta noble arte, dieran vida á soberbias construcciones como el Real Sitio de San Ildefonso, verdadera maravilla arquitectónica y escultórica, las Salesas de Madrid, edificio levantado en tiempo del segundo borbón, y el Museo de Pinturas, la casa de Correos, hoy ministerio de la Gobernación, la Aduana, la Puerta de Alcalá é infinidad de monumentos que al aliento de Carlos III tomaron forma, todos ellos inspirados en el más severo estilo, sostenido por los arquitectos del siglo XVIII, Ventura Rodríguez y Villanueva. En el siglo XIX, aunque muchas sean las construc-

ciones llevadas á cabo, se advierte un visible retroceso, no marcándose un estilo propio, adoptándose, bien el *romano*, ya el *árabe* combinado con el gótico ú ojivo, como puede observarse en la iglesia de Santa Cruz de Madrid, recientemente construída por el notable arquitecto marqués de Cubas.

Respecto á las fuentes de riqueza que dan vida al país, la *agricultura*, *industria* y *comercio*, no podían estar más abatidas al sentarse en el trono el primer vástago de la rama borbónica.

De aquí que hubiera necesidad de un gran impulso á fin de sacarlas del marasmo en que se encontraban sumidas.

La *agricultura*, terminada la guerra de sucesión, cobró nueva vida en el reinado de Felipe V y adquirió una importancia grande en el de Fernando VI con la creación de los pósitos locales, sostenidos por los labradores con objeto de que los menesterosos encontraran siempre grano para comer y sembrar. Carlos III siguió impulsando el desarrollo agrícola y creó la escuela práctica de Aranjuez, abrió los canales de este nombre y Murcia, é hizo de las fragosidades de Sierra Morena una rica colonia agrícola, trayendo 6000 extranjeros para poblarla; y, aunque más tarde la guerra de la Independencia y las guerras civiles del último siglo arrancaron á la tierra multitud de brazos útiles, no obstante, los cam-

pos españoles producen mucho y bueno, gracias á las acequias, pantanos y canales que hoy surcan la Península, si bien, en este punto, queda mucho por hacer todavía.

La *industria*, muerta por la falta de protección en los últimos reinados de la casa de Austria, la encontró en los reyes borbones muy decidida. A-í, pues, todos ellos concedieron franquicias y privilegios á los industriales extranjeros que venían á nuestro país; fundaron multitud de fábricas, como las de Guadalajara, Béjar, Brihuega, Segovia y otras muchas que se dedicaban á la elaboración de diferentes objetos; suprimieron unos y rebajaron otros de los impuestos que gravaban de una manera mortal la antigua industria, y así, con estas y otras beneficiosas medidas, el artesano cobró aliento y pudo, sino competir con las manufacturas extranjeras, por lo menos distar poco de su nivel en el siglo que ha poco ha expirado.

Como consecuencia lógica el *comercio* adquirió también impulso en los siglos XVIII y XIX con la próspera vida industrial y agrícola. Se hicieron aranceles, se abrieron vías de comunicación que facilitaran el transporte, se regularizaron las salidas de los barcos mercantes que llegaron bien pronto á sostener un activo cambio de productos con nuestras posesiones ultramarinas, y de este modo los puertos de Barcelona,

Cádiz, la Coruña y Santander y algún otro, vieran en su aguas reflejarse los palos de multitud de buques nacionales y extranjeros, llegando en las últimas décadas del décimo nono siglo á tener España un comercio floreciente y digno para la nación, lo mismo marítimo que terrestre, como lo prueban las estadísticas publicadas que dan idea de la importación y exportación de productos.

Diremos para acabar el estudio que venimos haciendo de la casa de borbón, que el ejército sufrió una profunda modificación, adaptándose en un todo al tipo y á las prácticas francesas. Es cierto que se restableció la disciplina tan relajada en los últimos días de los austrias y se instruyó á la tropa con la creación de escuelas prácticas y de estudios; más todo fué á costa de las tradicionales costumbres y constitución de aquellos inimitables cuerpos que tanta gloria supieron dar á las armas de España.

Felipe V. creó los guardias de corps, las guardias españolas y las compañías de alabarderos, llegando á contar, después de terminada la guerra que le confirmó en el trono, con 120 batallones, 100 escuadrones y 340 piezas de artillería, con una buena organización en los cuerpos de zapadores é ingenieros, unidades que se elevaron en los posteriores reinados. Así, pues, el ejército español en el siglo XIX está constituido

conforme exigen las necesidades de la época, contando con instrucción sólida y brillante en la oficialidad salida de nuestras academias militares de artillería, infantería, caballería, administración, ingenieros y estado mayor, y con disciplina y valor en el soldado, el cual en nada disiente de los que supieron pasear nuestra triunfante bandera por la Europa de la Edad media.

La marina, complemento siempre del ejército de tierra en naciones que como la nuestra abarcan un extenso litoral, quedó reducida al finalizar el siglo XVII al estado angustioso en que la encontró Felipe V, cuando burlescamente se decía que la marina de España la componían un navío y una tartana.

La casa de borbón hizo gigantes esfuerzos por dotar á España de marina de guerra; por eso, Felipe V, empleó grandes sumas, llegando á los pocos años de reinado á tener 20 navíos, cuyo número siguió en aumento en los reinados de Fernando VI y Carlos III, el que ya hizo respectable el nombre de nuestra nación en los mares, por el poder naval que representaba; pero la batalla de Trafalgar abrió con el siglo XIX una era fatal para la marina de guerra, llegando en sus postrimerías á sostener, después de los desastres marítimos de Santiago de Cuba y Cavite, un risible número de barcos sin condiciones defensivas ni ofensivas, y sin que puedan competir con los

acorazados y cruceros de las demás naciones que están al tanto de la última palabra respecto á arquitectura naval, apesar de las grandes sumas empleadas en los últimos tiempos en la reorganización de la escuadra.

IV

Terminaré la ya larga conferencia de esta noche con lo siguiente:

Hemos dado comienzo á un nuevo siglo: al XX; y España ha empezado á gozar de un nuevo reinado: el de D. Alfonso XIII.

¿Cuál es el estado actual de la nación española?

Vamos á indicarlo en pocas palabras.

Hoy que todas las naciones cultas parece como que llegan al cénit de su actividad artística é intelectual; hoy que todas ellas han alcanzado una altura envidiable resolviendo, ó estando en camino de resolver, los problemas político-sociales; hoy que la ciencia con sus descubrimientos ha marcado una revolución completa en la vida industrial y comercial, España, ocupa, en su categoría de potencia de segundo orden, un lugar muy secundario en el concierto de las naciones que forman el cónclave del progreso humano.

Es cierto que aisladamente tiene notabilidades que la honran y enaltecen ante el extranjero, notabilidades en ciencias, política, artes, letras, etc., que han sido reconocidas como celebridades europeas; más esto no hace en modo alguno que nuestro atraso no sea harto visible en todos los órdenes de la vida social. En lo que nada tenemos que envidiar á las demás naciones es en punto á libertades públicas, pues que hoy, España, puede ufanarse de haber dado á sus ciudadanos todos los derechos que en el estado social pueden conceder los países libres.

Dígalo, sino, el sufragio universal, la libertad de imprenta, el matrimonio civil, la libertad de cultos y de conciencia, la ley de asociaciones, el jurado, la libertad de enseñanza y algunos más derechos concedidos al pueblo, demostrando con ello que hemos llegado en punto tan esencial como la proclamación de los derechos del hombre á una altura envidiable. Pero después de tantas libertades, después de tantas facilidades dadas al ciudadano, nos falta ese sentido práctico y de aplicación de que han echado mano los demás países, si hemos de conseguir salir del marasmo en que al presente nos encontramos.

Seguramente, hijos míos, la nación española atraviesa al presente una profunda crisis, de cuya solución depende su vida ó su completo exterminio.

Las Cortes, institución que en España tiene cual en ningún otro sitio verdadero carácter y una importancia suprema, son las llamadas á dar principio á la magna obra de nuestro renacimiento y salvación, después de los desastres que en un periodo demasiado reciente han puesto á España en una situación violenta y difícilmente comprometida. Y debemos esperar con fundamento de ellas. El Parlamento español es el depositario de todas nuestras glorias, es el baluarte de nuestra libertad, y por él se ha sabido en las grandes crisis de nuestra historia que había patria, que había una España. Es cierto que se necesitan unas Cortes cual las de 1812, en las que no se discutió más que por la patria y para la patria; por eso supieron arrancar á la codicia del coloso el territorio nacional; pero las habrá y las habrá decididas á plantear y resolver los áridos problemas que hoy esperan solución con urgencia, y todas esas incógnitas que se presentan en esta época, que pudiéramos llamar de transición, incógnitas que nos hacen contemplar un porvenir preñado de esperanzas y temores, tendrán una feliz solución, y así, la *enseñanza*, marchará por nuevos derroteros, la *hacienda*, se salvará de la bancarrota á que camina, las *letras*, las *artes* y las *ciencias*, adquirirán nueva vida, y con ella nueva vida, el problema *agrícola*, base de nuestra riqueza material, será

resuelto, la *industria* y el *comercio* podrán alzar su abatido vuelo, y LA ESPAÑA DE SIEMPRE PODRÁ SACUDIR EL YUGO DE SUS DESGRACIAS SECULARES LANZÁNDOSE EN SUPREMO ESFUERZO Á CONQUISTAR SU PUESTO EN EL CONCIERTO EUROPEO.

Y así, el joven rey, al que no dejan de estimular grandes alientos, podrá proseguir la obra regeneradora emprendida por esta nación tantas veces grande como desgraciada, volviendo á conquistar para la patria días tan gloriosos en el terreno científico, político y social como pudieron serlo los alcanzados en nuestras legendarias y gloriosas campañas militares.

¡Dios dé, hijos míos, acierto á nuestro monarca; Dios alumbre la inteligencia de don Alfonso XIII, guiando su corazón, para que pueda responder á las grandes esperanzas que en él tiene depositada la nación española, digna por su historia y virtudes de suerte mejor á la que soporta al presente con la resignación grande que le inspiró siempre su clásica hidalguía é inmaculada nobleza. .!

FIN.

ÍNDICE.

<i>Dos palabras</i>	5
<i>Velada preliminar</i>	5
<i>Velada primera.</i> —Divisiones de la historia — Primeros pobladores	11
<i>Velada segunda.</i> —Fenicios y griegos.—Carta- gineses.—Sagunto.	19
<i>Velada tercera.</i> —Cartagineses. Romanos — Cultura social.	27
<i>Velada cuarta.</i> —Los bárbaros del Norte. —Re- yes visigodos	41
<i>Velada quinta.</i> —Segundo periodo de la monar- quía visigoda: Guadalete —Cultura social.	49
<i>Velada sexta.</i> —Los árabes: Covadonga. —Re- yes de Asturizs.	59
<i>Velada séptima.</i> —Navarra, Cataluña, Aragón y Castilla.—El Califato de Córdoba	71
<i>Velada octava</i> —Reyes de León.—Bermudo II, Calatañazor y Fernando I.	81
<i>Velada novena.</i> —Alfonso VI y el Cid: Alfon- so VII. —Cultura social	93
<i>Velada décima.</i> —Reyes de Castilla y León.— San Fernando, Alfonso el Sabio y Sancho el Bravo.—Cultura social.	103
<i>Velada undécima.</i> —Fernando IV.—Alfonso XI. —Pedro el Cruel, Enrique II y Juan I — Cultura social.	119
<i>Velada duodécima.</i> —Enrique III.—Juan II. — En- rique IV.—Cultura social	139

<i>Velada décima-tercia.</i> — Los Reyes Católicos Conquistas de Granada.—América y Ná- poles.—Cultura social	155
<i>Velada décima-cuarta.</i> —Felipe de Austria.— Carlos V.—Lutero y Barbarroja.—El Nue- vo Mundo.	169
<i>Velada décima-quinta.</i> —Felipe II.—Sucesos in- teriores.—Felipe III.	195
<i>Velada décima-sexta.</i> —Felipe IV.—Carlos II.— Cultura social.	212
<i>Velada décima-séptima.</i> —Felipe V.—Fernan- do VII.—Carlos III.	227
<i>Velada décima-octava.</i> —Carlos IV.—Fernan- do VII.—Isabel II.	239
<i>Velada décima-novena.</i> — Amadeo I.—La Repú- blica y Alfonso XI.—La Regencia y Alfon- so XIII.—Cultura social.—Estado actual de España	259





G 31639

31639